Escalera, Juan V.

Campaña de Cuba

(1869–1875)

Madrid,

1876.

CAMPAÑA DE CUBA.

CAMPAÑA DE CUBA

(1869 Á 1875).

RECUERDOS DE UN SOLDADO,

POR

D.ⁿ JUAN V. ESCALERA.

MADRID:
IMPRENTA DE LOS SEÑORES ROJAS,
Tudescos, 34, principal.
1876.

L. M. PÉREZ

AL EXCMO. SEÑOR

D. MANUEL PAVIA Y RODRIGUEZ DE ALBURQUERQUE,

TENIENTE GENERAL DE LOS EJÉRCITOS NACIONALES, ETC., ETC.

Mi respetable general: mandaba V. E. el Regimiento en que yo militaba, cuando recibí mi bautismo de fuego; y hoy que con la publicacion de este modesto libro recibo el bautismo literario, porque no pueden llevar tal nombre los insignificantes trabajos de este género que antes de ahora he tenido ocasion de hilvanar, le pido á V. E. con encarecimiento respetuoso me autorice para estampar su nombre al frente de estas páginas, escudándolas así con su valía del ningun mérito que encierran.

Aprovecha esta ocasion de reiterarle el respetuoso cariño que le profesa su humilde subordinado y

S. S. Q. B. S. M.

JUAN ESCALERA.

PRÓLOGO.

Desde que regresamos á España, hace muy pocos meses, nos ha preocupado la idea de escribir un libro, á propósito de la empeñada guerra que nuestra pátria sostiene contra los que, siendo hijos suyos, reniegan de la madre amorosa que con tanta solicitud y cariño los ha tratado. Empero apartábanos de tal empresa la idea de nuestra insuficiencia, porque el que se ha consagrado desde su adolescencia á la milicia, claro está que ha de ser torpe é incorrecto en el manejo de la pluma. Sin embargo, nuestros escrúpulos han sido vencidos por el amor que profesamos á España, porque lo que habremos de decir redunda en pró del patriotismo, del valor, de la abnegacion que resplandecen en el soldado español; más grande, cuanto ma-

yores son las penalidades que atraviesa; más bravo, cuanto son valientes los enemigos con quienes lucha; más obstinado, cuanto que es persistente la resistencia que encuentra á su denuedo.

Refiriéndonos solamente á nuestras impresiones, relatando aquello que hemos visto, claro está, que no vamos á escribir una historia de la guerra de Cuba, lo cual estaria además fuera de la esfera de accion de nuestras fuerzas. Nuestro libro no abarca, pues, sino una parte de la campaña de Cuba, y el lector ha de juzgar por sí mismo la importancia é interés que tenga.

Hoy mismo, al trazar estos mal pergeñados renglones, nuestro espíritu no puede menos de recordar vivamente las glorias conquistadas por el soldado español en aquellas apartadas tierras, donde el aire que respira, el sol que le ilumina, la selva que le dá sombra, la fruta que lleva á su boca, el agua con que apaga su sed, son como los enemigos que le asesinan, casi impunemente, desde la manigua. Nuestro propósito no es otro que referir con el colorido de la verdad (única gala de estilo que

aspiramos á poseer) las escenas íntimas del campamento, las marchas, los encuentros, las acciones, el heroismo individual, las fatigas, los padecimientos, las esperanzas, las alegrias, en fin, todo ese conjunto que en la guerra como en la paz forma los contrastes del corazon humano.

CAPÍTULO I.

Por qué fuimos á Cuba.—Fuerzas que marcharon con nosotros en el vapor *Guipúzcoa*.—Salida á operaciones.—Planes de ataques.—Operaciones desde Potrerillo.—Aprehension de un convoy enemigo, y captura de 12 insurrectos.—Los prácticos.—Su importancia y servicios.—Accion de Viajaca.—Comportamiento de los voluntarios de Potrerillo.—Marcha á Villa-Clara.

Habia estallado la revolucion de Setiembre. La era de libertad que se abria para nuestra patria, iba á poner sobre el tapete de la política cuestiones candentes. Acaso el ejército iba á verse envuelto en esas discordias civiles que serán eternamente una ignominia para los que las alientan.

El telégrafo de la Habana nos habia comunicado que se habia dado allí un grito de insurreccion, el grito de ¡muera España! ¡viva Cuba libre!

Pensamos desde luego que era preferible ir á morir á aquellas apartadas regiones sosteniendo la integridad de nuestro pabellon á perecer aquí oscuramente, víctimas del cumplimiento de un deber, ménos noble y generoso.

Decidimos, pues, alistarnos como voluntarios, y en el vapor *Guipúzcoa,* que zarpó de Cádiz el 28 de Febrero de 1869, nos hicimos á la mar con rumbo á Cuba. Iban en aquel buque el medio batallon de la derecha, cazadores de Andalucía al mando del teniente coronel D. Antonio Perez y Perez, y los brigadieres Sres. Escalante y Buceta.

Despues de una breve y feliz navegacion llegamos á la Habana, desfilando por delante de la capitania general y atravesando las calles, cuyas casas se encontraban colgadas y llenas de espectadores, que manifestaban su entusiasmo por medio de hurras y de vivas.

Ligero fué nuestro descanso, porque á los pocos dias emprendimos ya las operaciones.

En efecto, la insurreccion se hallaba en su apogeo, no sólo en el departamento Central (que fué donde estalló) sino en el Oriental y las Villas. Por consiguiente, nuestros generales concibieron el proyecto de darles un rudo ataque en Siguánea, punto ocupado por el enemigo. Cuatro columnas deberian caer sobre él en combinacion, saliendo de Cienfuegos, Trinidad, Cumanayagua y La Esperanza. Nosotros formábamos en esta

última, compuesta de cuatro compañías de Aragon, una pieza de montaña, cuatro compañías de Andalucía y una escolta de caballería.

.El movimiento salió perfectamente combinado, pero los insurrectos se disiparon como el humo ante los primeros disparos. Acampamos en el llano, que está limitado por todas partes por elevadas montañas, desde donde el enemigo perturbó nuestro sueño, haciéndonos contínuos disparos que ni siquiera nos cuidábamos de contestar. Al dia siguiente recibimos órdenes de regresar á las posiciones de donde procediamos, y nuestra compañía fué poco despues destinada á Potrerillo, que era, digámoslo así, como la avanzada de la insurreccion.

Desde este momento comienza para nosotros una série no interrumpida de encuentros con las partidas insurrectas, que ha durado siete años, durante los cuales hemos adquirido la firme y profunda conviccion de que al lado del valor y de la serenidad, necesita el soldado español en Cuba una suma tal de perspicacia y sagacidad, sin la cual está siempre en inminente peligro de muerte, ante un enemigo que, careciendo de entereza, busca siempre los medios solapados de

vencer al que reputa que es más que él en brios. y poder.

Confesamos que este juicio nuestro nos ha preservado de asechanzas y peligros que hubiéramos corrido de otra suerte.

Durante nuestra permanencia en Potrerillo tuvimos ocasion de prestar algunos servicios á nuestra patria, ya desbaratando algunas pequeñas partidas de insurrectos, ya quitándoles cuantos medios ponian en juego para dar crecimiento á su faccion.

Por una confidencia se supo que con el pretesto de abastecer un potrero se llevaban para los insurrectos dos carretas que contenian víveres y barras de estaño, sin duda para dedicarlas á proyectiles; captura á la que siguió la de doce hombres que custodiaban una casa donde se contenia arroz en gran cantidad y otros efectos.

El pueblo de Potrerillo habia quedado casi desierto. La mayor parte de sus familias se hallaban en la insurreccion, y nuestro mayor y más constante deseo era encontrar al enemigo, empresa no siempre fácil.

El que tenga una idea de la naturaleza en los trópicos, comprenderá las dificultades con que se lucha para hallar á un enemigo que huye y que tiene tantos medios de ocul-

tarse. De aquí la necesidad de los prácticos, á cuya buena fé fia el ejército sus vidas, y lo que vale más todavía, su honra. Así es que tiene la guerra allí algo de lo que en la caza se llama rastreo, y no es raro encontrarse con que una compañía se halla de hoz á coz, como suele decirse, con un número de hombres diez ó doce veces mayor que el suyo. ¡Ay de los nuestros, si el temor los embargara entonces y volvieran su espalda al adversario! Pero sea dicho en honor de nuestras armas, eso no sucede nunca, y el enjambre de insurrectos desaparece á la vista de nuestros soldados, que tienen la seguridad de no ser heridos más que á traicion.

Dispúsose que saliesen 30 hombres de nuestra compañía, á las órdenes del alférez D. Manuel Dominguez, seguidos de 20 voluntarios mandados por su capitan Sr. Hidalgo, persona no sólo de grandes condiciones de carácter, sino conocedora del país y de la clase de lucha que teníamos empeñada. La direccion que tomamos fué la de la Loma de Viajaca, donde sabíamos que una gruesa partida de insurrectos se encontraba construyendo una especie de campamento. La travesía que teníamos que hacer era corta, y de Potrerillo á aquel término nos fueron sufi-

cientes dos horas de jornada para caer sigilosamente sobre nuestros enemigos. A las seis y media de la mañana las avanzadas insurrectas echaron el quién vive á nuestra vanguardia, que en vez de contestar, apresuró su paso para penetrar en el campamento, en vista de lo cual el enemigo rompió el fuego, dando la voz de alarma á los suyos. La celeridad con que marchaban nuestros soldados fué causa de que se encontrasen todos á los pocos minutos dentro del campamento, empeñándose un combate personal de breve duracion, por habernos dejado dueños del campo, y sin poder efectuar una persecucion imposible, dada la vegetacion y las condiciones de aquel terreno.

Los voluntarios de Potrerillo probaron en esta ocasion ser en un todo iguales en esfuerzo y decision al ejército, á cuyo lado combatian, y no seríamos justos si no tuviéramos aquí una frase de merecido elogio para su bravura y la del capitan que los mandaba, y que recogió allí los lauros que alcanzaron los pocos de nuestros soldados que midieron sus armas con un enemigo cinco veces mayor en número.

El campamento lo componian unos veinte bohios (casas de guano, material con que se

fabrican en el campo las viviendas), unas cuantas tarimas, asientos y tablados, á los que prendimos fuego. Al consumirse por las llamas uno de los bohios, observamos que salian de él disparos como de cápsulas hacinadas allí por la mano de los insurrectos.

Aquel mismo dia, con las armas cogidas y los caballos de que pudimos apoderarnos, regresamos á Potrerillo.

Poco despues dispúsose que la compañía destacada allí con el resto del batallon, situado en San Juan de los Yeras, marchase á reconcentrarse á Villa-Clara, que iba á ser atacada, segun confidencias, por el enemigo.

Teníamos deseos de verle frente á frente, de empeñar con él una accion séria y decisiva, porque abrigábamos la persuasion íntima de hacerle morder el polvo.

¿Lo conseguiríamos?

Los hechos deberian contestarnos á esta pregunta, sobre la cual, por nuestra parte, no podiamos, responder de una manera afirmativa.

CAPÍTULO II.

Villa-Clara.—Actitud de sus habitantes.—Hazañas de los rebeldes en la loma de la Cruz.—Cobardes profanaciones.—Nuestra indignacion.—Disparo con fortuna.—Pastora Gonzalez.—Nuestra hidalguía con la misma.—Penalidades en Siguanea.—Relevo.—Encuentro de Veguitas, Loma Alta y Cañas Bravas.—Un episodio.—El obsequio de los pavos —Bailes y regocijos en Cumanayagua.—Destruccion del campamento de Narciso Jimenez.—Sucesos del ingenio del Progreso.

Villa-Clara es una ciudad situada entre las dos Vueltas, la de abajo y la de arriba, y es una poblacion compuesta de unos 12 á 16.000 habitantes, que se dedican principalmente á los ramos de la agricultura. En la época á que nosotros nos referimos habia salido de Villa-Clara casi toda la poblacion que podia sufrir el peso de las fatigas de la guerra para engrosar las filas insurrectas que merodeaban por todos aquellos alrededores, siempre en acecho de los nuestros para hostigarlos ó caer sobre ellos cuando el número ó la ocasion les fuera propicia.

Como se temia que los insurrectos atacasen la poblacion, donde se hallaba el grueso de nuestra fuerza, se habian tomado algunas

disposiciones defensivas y los voluntarios construyeron barricadas en algunas calles.

Sin embargo, trascurrian los dias y el enemigo no se atrevia á buscarnos sabiendo donde estábamos. Sus hazañas se reducian siempre á caer sobre nuestros soldados cuando los podian anonadar con su número.

Al tenerse noticia en Villa-Clara que treinta hombres de Tarragona habian sido atacados por una numerosa partida insurrecta, capitaneada por el cabecilla Lorda, dispuso el comandante general del departamento saliese una columna sin pérdida de momento, por si conseguia socorrerlos ó dar alcance á aquella y castigarla con rudeza.

La marcha se hizo con cuanta celeridad y urgencia reclamaba el caso, emprendiendo la direccion de la loma de la Cruz, donde segun nuestras noticias se habia verificado el encuentro.

A mitad de camino nos encontramos con un soldado que traia á lomos un pobre cabo, cuyos brazos se hallaban horriblemente macheteados. Por él supimos que el destacamento de treinta hombres de que él formaba parte habia sido sorprendido al practicar un reconocimiento, batiéndose en retirada hasta penetrar en una casa que solo

tenia en pié las cuatro paredes á consecuencia de un incendio. Aparapetados en este sitio nuestros soldados consumieron sus municiones hasta que no pudieron contestar al fuego de los enemigos, que se acercaron á mansalva, derribando sobre ellos los muros y penetrando despues entre las ruinas para dar la muerte á los que no habian acabado de matar los escombros.

Aceleramos nuestra marcha todo lo humanamente posible, y no tardamos en presenciar el espectáculo, ante cuyo recuerdo todavía sentimos que se estremece de indignacion nuestro corazon de soldados y de españoles.

Ya sabemos nosotros que en la guerra hay por donde quiera el espectáculo de la sangre y de la muerte: no era esto lo que nos indignaba, sino el presenciar los cadáveres de nuestros compatriotas, heróicamente tendidos allí, despreciando toda capitulacion, horrorosa y villanamente mutilados, abiertos en canal y llenas sus entrañas de galletas y otros comestibles colocados allí por una mano cobarde, que ni siquiera supo respetar la grandeza ni el aliento de sus adversarios. De los 24 muertos que encontramos ni uno solo, escepto el capitan que tenia su pecho

atravesado por una bala, se hallaba con las heridas que hubiera podido producirles la muerte, viéndoseles á todos ellos abiertos como se hace con las reses en los mataderos.

Si despues de este espectáculo hubiéramos encontrado al enemigo, por grande que hubiera sido su número al lado del nuestro, hubiéramos castigado aquella inícua profanacion, más incalificable que para nadie para el soldado que sabe matar y morir, pero que desconoce la saña de los buitres, aunque en el combate tenga la fiereza de los leones.

Dimos tierra á los cadáveres de aquellos gloriosos compañeros, erigiéndoles un pobre monumento, grande por el recuerdo de su proeza, y emprendimos tras la pista de los insurrectos, ávidos de hallarlos para castigar su salvaje comportamiento. Por desgracia hasta tres ó cuatro dias despues no pudimos avistarles, y eso desfilando por una loma fuera del alcance de nuestros fusiles; sin duda por esto el jefe de la columna, coronel don Ezequiel Salinas, dispuso que se le cañoneara, alcanzándole una granada con tan buena suerte, que dejó fuera de combate siete individuos. En persecucion de esta partida capturamos á Pastora Gonzalez, conocida en aquel país por la Reina de las Villas.

Es esta una mujer como de 30 á 32 años, tipo alto, grueso, especie de matrona en cuya mirada se lee algo de varonil y enérgico. Era la propagandista más audaz y perseverante de la causa insurrecta, y por donde quiera que pasaba predicaba la guerra y esterminio contra el nombre español, cuya sangre queria que regase las campiñas del suelo en que habia nacido.

Indudablemente marchaba en compañía de los insurrectos, pero bien por lo poco acelerado de su marcha, ó por otras razones, se quedó á retaguardia, pretestando que á consecuencia de lo infestado que se hallaba todo aquel territorio de enemigos de España habia formado el próposito de cambiar su residencia del Hoyo de Maniaragua por el de Villa-Clara.

El coronel mandó á la Pastora presa á Villa-Clara custodiada por una fuerza de 60 hombres montados, de Tarragona, y á los pocos dias esta mujer, cuyas condiciones de filibusterismo son plenamente conocidas en Cuba, gozaba de la más completa libertad.

¿Qué quiere decir esto, que ha ocasionado muchas hablillas y murmuraciones?

Una cosa muy sencilla, que se esplica bien, conociendo el carácter y la hidalguía caste-

llana: que no podemos tomar en sério á ciertos enemigos cuando se escudan con la debilidad de su sexo.

Desde el Hoyo de Manicaragua salimos para Siguanea dos compañías de Tarragona y otras dos de Andalucía, con objeto de ocuparnos allí de obras de fortificacion.

Hasta entonces conocíamos los peligros de la lucha, las fatigas de la marcha, los calores tropicales, las lluvias que á manera de torrentes inundan el espacio; no conocíamos lo que íbamos á conocer, las penalidades del hambre. En efecto, las pocas raciones de que marchábamos provistos, se concluyeron, y en aquellos parajes donde nos acechaba constantemente el enemigo, no podíamos separarnos para nada.

Poseíamos algunas reses, pero en cambio nos faltaba la sal y todo género de condimentos, y durante un mes esta fué la alimentacion única que podíamos permitirnos. Parece mentira, pero la sal es de tal modo necesaria, que á pesar de toda el hambre que padecíamos, muchas veces llegamos hasta el estremo de sus horrores, porque nuestros paladares se negaban á dar entrada á la carne, cuyo dulzor nos producía unos grandes vómitos y náuseas.

Poco despues de haber sido relevada la columna, relevo que vimos con la más singular alegria, porque ponia término á nuestros padecimientos, encontramos una partida numerosa de insurrectos en Veguitas, Loma Alta y Cañas Bravas, distante cinco leguas de Siguanea. El fuego se rompió por ámbas partes durante una hora. En las guerrillas donde nos encontrábamos, la circunstancia de habernos separado un tanto del resto de la columna, siguiendo á un insurrecto que marchaba á caballo por en medio de un potrero,—llámados así los parajes donde está alta la yerba y ofrecen una ancha y plana estension,—fué causa de que nos estraviáramos, no sin conseguir dar muerte al enemigo; pero cuando quisimos retroceder vimos, mirando sobre nuestra izquierda, nada ménos que un campamento de insurrectos, que preparaban unas viandas sobre unas tarimas. Indudablemente éramos perdidos si llegaban á descubrirnos. Teníamos descargada la carabina, y como era del antiguo sistema, no podíamos manejar la baqueta sin producir ondulaciones en la yerba que tal vez nos denunciaran al enemigo. ¿Qué hacer? Por el instante lo único que se nos ocurrió fué despojarnos de la blusa,

sacar la camisa y arrancar la escarapela del sombrero, por si teníamos la mala ventura de caer en manos de los insurrectos, echárnosla de criollos para desarmarlos, estando á las contingencias de lo futuro para aprovechar la primera coyuntura de volvernos á nuestro cuerpo. Desde el sitio en donde nos hallábamos en tan premiosa situacion, mirando furtivamente, veíamos á los insurrectos tendidos sobre las tarimas y llegaban á nuestros oidos sus palabras y dicterios contra los *patones*, como llaman en su lenguaje á los hijos de España.

Confesamos que nuestra perplejidad era mucha. De pronto oimos el toque de llamada de la corneta de nuestra compañía, que sin duda nos avisaba que estaba dispuesta á marchar, y poco despues un grito que pronunciaba nuestro nombre. Aquel grito no sólo fué pronunciado una vez, sino dos y tres, á cada instante más cercano, lo cual puso en cuidado á los insurrectos que se hallaban cerca de nosotros. En este tiempo habíamos vuelto á vestirnos la blusa, y cuando creimos cerca á los compañeros que nos buscaban, nos levantamos de improviso, y echando el fusil á la cara dimos como órdenes de atacar por allí. El ciervo no huye

con tanta velocidad como huyeron los que nos habian dado tan mal rato, y un cuarto de hora despues, nos hallábamos sentados á la mesa que ellos tenian allí con sus correspondientes y abundantes provisiones, con los que habian ido en nuestro seguimiento y que nos creian muertos, porque habian oido nuestro disparo, que confundian con el que pudo hacerse sobre nosotros.

Cuando regresamos á nuestras filas todo el mundo nos felicitaba, pues nos daban por muertos; pero el magnífico rifle que llevábamos atestiguaba que el órden de los factores, á pesar de lo que dice el axioma aritmético, habia alterado para nosotros ventajosamente el producto.

La fatiga habia sido grande, nuestra compañía acampó á la sombra de unas mangueras, en tanto que se disponia el rancho de la tarde.

Apenas dimos con nuestro cuerpo en tierra, era tal el cansancio que sentíamos que nos quedamos profundamente dormidos. Se nos despertó á la hora del rancho, y nuestra estrañeza no dejó de ser grande al ver en las ollas asomar como restos de aves.

—¿Qué es esto?—preguntamos.

—Que hemos encontrado una manada de

pavos y queremos solemnizar el dia comiéndonoslos.

—¡Pavos! —no pudimos menos de replicar.

—Sí, pavos, y pavos que vuelan.

Entonces caimos en la cuenta de que los pavos á que aludian los rancheros eran unos pájaros bastante parecidos á estos animales, que se les conoce allí con el nombre de *Auras tiñosas,* y que se alimentan de carnes en putrefaccion. Tienen estas aves la propiedad de que les produzcan una especie de vómitos los hombres vivos, sin duda porque así les dan asco, y quisieran hallarlos de otro modo.

A pesar de nuestras amonestaciones, la mayor parte de los soldados no despreciaron la racion, fundándose en el adagio castellano de «Ave que vuela, á la cazuela,» y hubo quien las encontró parecidas á los bocados más esquisitos.

Aquella misma tarde regresamos á Cumanayagua, donde se hallaba la plana mayor del batallon cazadores de Simancas, la cual para dar una prueba de afecto y compañerismo á los oficiales de nuestro cuerpo, dispuso un baile y regocijos y fiestas para los soldados.

La noche se pasó por consiguiente de una manera deliciosa, como si no tuviéramos al dia siguiente que empuñar las armas y buscar al enemigo por entre las encrucijadas y las malezas donde se hallaba constantemente oculto.

En Cumanayagua se habian refugiado todas aquellas familias amigas de los españoles que no querian verse espuestas á las depredaciones de las partidas, alevemente enemigas de cuantos no ayudaban de una manera ó de otra sus propósitos liberticidas. Por esta circunstancia eran muchas las niñas que podian concurrir á aquellos festejos improvisados, y todas se disputaban el tener la gloria de bailar con los valientes de que ellas conocian tan bien las hazañas.

Poco despues de oscurecido, las músicas de los batallones llenaban los aires de armonía, prolongándose el ruido de la fiesta hasta las primeras horas de la madrugada, paréntesis breve de placer en aquel contínuo batallar.

Esto era en los últimos dias de Junio. En los primeros de Julio, yendo de operaciones, dimos con el rastro de una partida insurrecta, y guiados por él, caimos sobre el campamento del cabecilla Narciso Jimenez, des-

baratándole y causándole numerosas bajas, que hubieran sido mayores si el enemigo hubiera prolongado su resistencia.

Despues nos dirigimos hácia Seibabo, distante de allí cuatro leguas, y al tener nuestro jefe, el entonces coronel D. Ramon Menduiña, noticia de que los insurrectos solian bajar al ingenio del Progreso, que se halla allí, dispuso que se quedara la compañía en que formábamos, marchándose él con su fuerza para situarse emboscado en las inmediaciones, con objeto de presentarse de improviso si se lo avisaba el tiroteo de la accion que se empeñara. Recogimos por consiguiente todos los negros al servicio de aquel ingenio, y los hicimos penetrar en el interior de la casa-vivienda, practicando un agujero, un metro por encima de la puerta, para tapiar la cerradura, con objeto de que los que vinieran nada pudieran atisbar por ella.

Nosotros, por mandato del capitan, de pié sobre un taburete, aplicábamos el ojo para examinar el esterior.

Como á la media hora de haberse marchado la columna, apareció en la esplanada (batey) que se halla delante de estos edificios un negro que se apeó de su caballo, dirigiéndose á la puerta en actitud de llamar.

—¿Cuántos?—nos preguntó el capitan en voz baja.

Nuestra contestacion fué solamente la de levantar un dedo. Al poco rato llegaron otros tres negros que empezaron á hablar entre sí diciendo: «esos patones parece que se han llevado la negrada.»

Volvió á preguntar, el capitan que se apercibia por el ruido de la gente que llegaba, y volvimos á contestarle por los dedos; pero tras aquellos cuatro fueron llegando sucesivamente hasta doce, y cuando dirigimos la vista hácia el punto de donde aquellos procedian, vímos con asombro, que aunque á paso corto, se aproximaban hácia el ingenio sobre 200 hombres, lo cual pusimos inmediatamente en conocimiento del capitan. Los doce insurrectos, de los cuales nos separaba solamente la puerta de la casa vivienda del ingenio, á medida que llegaban, arrimaban á la pared sus armas.

Ordenósenos por el capitan que saliéramos con seis números para apoderarnos de aquellos, sin hacer uso de las armas. En efecto, se abrió de improviso la puerta, y á la carrera nos lanzamos á la esplanada para ver de cumplir lo que se nos habia prevenido; pero al divisarnos los insurrectos em-

prendieron una precipitada fuga, por lo cual nos vimos obligados á herirlos al arma blanca por temor de que fueran á prevenir á la partida que avanzaba, que nos encontrábamos allí.

Trabóse pues una lucha que para nosotros fué de algun riesgo, por la circunstancia de habérsenos apoderado dos de la carabina que tuvimos miedo llegaran á quitarnos, valiéndonos en estremo la ayuda de un compañero que vino en nuestro socorro, y con la cual quedamos felizmente desembarazados.

En la faena de esta lucha no habíamos podido percibir un ginete que á brida suelta avanzaba sobre nosotros. No quisimos disparar sobre él para evitar contravenir á las órdenes recibidas; pero al separarnos para precavernos de su embestida, el soldado que nos acompañaba fué alcanzado por el machete del insurrecto, casi al mismo tiempo que nosotros le tirábamos con ímpetu el fusil, sosteniéndole por la garganta de la culata con lo cual conseguimos arrojarle al suelo, cayendo en seguida sobre él para darle la muerte.

Al mismo tiempo que este combate parcial nuestro, tenian lugar otros de igual na-

turaleza; y sin duda aquel dia hubiéramos causado un destrozo cierto á la partida insurrecta que avanzaba, si no hubiera sonado un disparo en la refriega, que la hizo cambiar de direccion y alejarse rápidamente, malográndose asi los deseos que manifestara el coronel al emboscarse á cierta distancia.

De los insurrectos que llegaron á la esplanada ni uno solo quedó con vida, no habiendo sufrido nosotros otra baja que la del soldado muerto por el machete del que habia penetrado á caballo. La columna, en vista de que se hacía esperar el ataque, se presentó en el ingenio al oscurecer, donde todos pernoctamos.

CAPÍTULO III.

Vado del Mataguá.—Serenidad y valentía de una cantinera. —Ataque y defensa de Arroyo-blanco.—Tretas de los insurrectos.—El cólera morbo.—Sus estragos.—Causas que á nuestro juicio le hicieron tan terrible.—Lo que hicimos ante los primeros síntomas de la epidemia.—Comportamiento del coronel Menduiña.—La epidemia asalta los campamentos insurrectos, dispersándolos.—La columna de Lesca.—Nuestra alegría al ser relevados de Arroyo-blanco.

No gozábamos ni un sólo momento de reposo, y si era cierto que el enemigo no se presentaba nunca á nuestra vista, tampoco dejábamos de encontrarle llevando el propósito firme y decidido de buscarle.

Los dias 10 y 11 de Julio nos encontrábamos sobre el rio Mataguá que serpentea todo el camino que conduce de Seibabo á Manicaragua, y en uno de los vados nos vimos atacados por fuerzas insurrectas, que nos obligaron á perseguirlas por en medio de la manigua, á consecuencia de lo cual nuestra cantinera, que se quedó en la retaguardia, fué atacada por algunos insurrectos' que intentaban apoderarse de las acémilas en que aquella conducia sus comestibles y bebidas, hasta

el punto de obligarla á que hiciera uso del rewolver, dándoles á entender que tenian que habérselas con una mujer que poseia alientos y corazon de soldado.

Por fortuna, las avanzadas nuestras no tardaron en reaparecer, desapareciendo para la cantinera los peligros que la amagaban.

Hasta Arroyo-blanco no volvimos á tener ocasion de tropezar con el enemigo, lo cual nos disgustaba, hechos como estábamos á las diarias escaramuzas y refriegas. Situada nuestra columna en el término de aquel nombre, en donde nos ocupábamos de la construccion de un fuerte, puesto que era aquel punto el tránsito de las partidas, y muy conveniente para poner los nuestros al abrigo de toda emboscada, se nos atacó por dos flancos, cañoneándonos con un cañon de madera, cuyos fuegos se apagaron por sí mismos, puesto que reventó al segundo disparo. Los insurrectos apelaron entonces al fuego de la fusileria, y recordamos que un grupo que se puso con bandera á tiro, gritaba que «nos entregáramos, que se habia proclamado en Barcelona la república, que depusiéramos las armas y seríamos conducidos á Cienfuegos para ser embarcados para la Península.»

Las bocas de nuestros fusiles se encarga-

ron de contestar á la arenga, y la lucha se empeñó más y más, cediendo por fin los insurrectos, que era constante cejaban despues del primer ímpetu, buscando las selvas y lo más intrincado del bosque como su más seguro refugio.

En el curso de nuestra campaña, aunque breve, habíamos conocido toda clase de privaciones y de plagas; íbamos á conocer una más terrible; la del cólera morbo.

Cuando pensamos en las escenas de aquellos mortíferos y terribles dias, en que sólo algunas cortas horas bastaron para separarnos eternamente de amigos queridos y compañeros de armas, no puede dejar de anublarse nuestra frente, agrupándose en ella tristes y dolorosos pensamientos.

Declaramos que nuestro corazon, que no le habíamos sentido desfallecer al frente del enemigo, rodeados de verdaderos peligros, vaciló estremeciéndose (¿por qué lo hemos de negar?) ante el miedo que nos inspiraba la muerte allí, en la soledad, en el desamparo.

No sólo carecíamos de botiquin, sino de auxilio alguno facultativo; no sólo de los medios facultativos, sino de aquellos más naturales para una sana alimentacion; vol-

víamos á encontrarnos sin sal y sin raciones, teniendo por único recurso la carne de las reses, que sin duda alguna habian traido consigo los miasmas mefíticos que emponzoñaron la atmósfera, viciándola hasta el punto de causar en dos ó tres dias 120 defunciones.

Decimos esto, porque se habia cometido la imprevision de no sepultar las entrañas del ganado vacuno, que para nuestra alimentacion se mataba diariamente, y que aquel sol de fuego ponia rápidamente en descomposicion á la proximidad del fuerte que se construia, y del cual no era prudente separarse por las asechanzas del enemigo, de tal naturaleza, que guiado sólo por el acento de la voz del alerta de los centinelas, hacía sus disparos sobre ellos. Calcúlese, pues, hasta dónde podrian alojarse nuestros soldados para atender á ninguna clase de faenas.

Uno de los primeros atacados fué un compañero nuestro, que sucumbió á los tres cuartos de hora, en medio de los calambres y contracciones más horrorosas.

¡Ay! cómo sentíamos nosotros que no hubieran cortado las balas ó el machete, aquellas existencias aguerridas, en el ardor de la accion, bullendo la sangre en las venas, con

el nombre de la patria en los lábios y la religion de la familia en el corazon!

Nosotros estábamos allí; pero ¿quién sabe si ocuparíamos una misma fosa, si nos cubririan unas mismas paletadas de tierra?

El primer dia fallecieron 35, casi una tercera parte de los atacados; el segundo 42 y el tercero 43. Los que quedábamos, parecia que pertenecíamos más bien al mundo de las sombras que al mundo real; no éramos hombres, éramos espectros.

De nuestra parte sabemos decir que el segundo dia sentimos como circular helada la sangre por nuestras venas, crispársenos los dedos y discurrir por toda nuestra piel un sudor frio y pegajoso. ¿Por qué ocultarlo? Vimos destacarse enfrente de nosotros la muerte, que acababa de hundir en la sepultura á jóvenes más vigorosos que nosotros.

Lo único que se nos ocurrió hacer entonces, fué vaciar nuestro frasco de coñac en el estómago, y aunque hacía un sol abrasador salir á dar vueltas, más que aceleradas, vertiginosas alrededor del fuerte.

Tres horas permanecimos, sin hipérbole, en aquel violento ejercicio hasta que el cansancio nos obligó á suspender el paseo

que á nosotros mismos nos habíamos recetado.

Ignoramos si nuestro procedimiento fué ó nó empírico; lo que sí podemos decir que á las pocas horas sentíamos un grandísimo alivio, y la parte moral habia tambien recobrado fuerzas.

Por fortuna la epidemia cedió con la misma rapidez que nos habia atacado, recobrando el ánimo de todos, la serenidad, turbada por los estragos terribles del viajero del Ganjes.

Solos estuvimos sin medio alguno de curacion; pero no seríamos aquí justos, si no consagráramos algunas palabras de agradecimiento al jefe de la columna, coronel don Ramon Menduiña, cuya solicitud paternal llegó con todos al mayor estremo, sin duda comprendiendo la deplorable situacion en que se hallaban sus soldados á quienes consideraba como hijos.

Al terminarse aquellos espantosos dias, se dispuso la salida de 100 hombres al mando de un capitan para practicar algunos reconocimientos y volver con provisiones de las que pudiera suministrar el campo, tales como boniato, yuca, plátanos, etc. Entonces tuvimos ocasion de saber que la epidemia

que nos habia asolado, tambien habia causado sus horrores entre nuestros enemigos, obligándoles á levantar el campo.

Casi todos los dias al regresar al fuerte los soldados que habian salido para estos reconocimientos, volvian con mujeres y niños que recogian vagando por los bosques, por lo cual el fuerte tuvo á poco la vecindad de un verdadero poblado con las casas que se fabricaban para su vivienda.

Nos llamó sobradamente la atencion una mañana de Octubre percibir un rudo fuego hácia la parte del camino de Villaclara y todos nos volvimos conjeturas sobre las fuerzas entre quienes se habia empeñado la lucha. El señor coronel Menduiña dispuso en el acto que salieran 150 hombres al mando del capitan Sanchez Bueno en direccion al sitio en donde sonaban las descargas, y así se hizo; pero antes de llegar nos encontramos con la vanguardia de la columna del señor general Lesea, que avanzaba hácia nuestro fuerte. Lo que habia sucedido es que los insurrectos al variar de campamento, creyendo que nosotros tendríamos necesidad de racionarnos, se habian emboscado en los puntos que dominan el camino que juzgaban que teníamos que recorrer para sacarlas de Villa-

clara, habiendo atacado la columna del general, ya que nosotros no les habíamos dado ocasion para ello.

La alegria que esperimentaron los soldados del fuerte al verse relevados fué grande, más que grande, inmensa, y la relacion hecha por el señor coronel Menduiña, al pintar con sus propios colores la peste del campamento, causó un verdadero estremecimiento de horror en el general y lós jefes y oficiales que le acompañaban; pero para el tristísimo caso de que volviera á reproducirse, con la columna que habia llegado, venian no solamente mantas, sinó boti quin y médicos.

Quedaron pues en relevo de los que salimos del fuerte dos compañias de Simancas, emprendiendo nosotros la marcha en la columna del general Lesea, que debia continuar sus operaciones por Placetas, Guaracabulla, Báez, Jumento y Güinia de Miranda.

Al alejarnos de aquel sitio no pudimos menos de arrojar una mirada de horror sobre aquel lugar donde nos habia diezmado la muerte; pero no la que nos hiere peleando contra un enemigo visible y mortal como nosotros, sino á sangre fria, llenándonos de impotencia y desfallecimiento.

Venturosamente en los siete años de con-

tinuada lucha y casi siempre iguales privaciones y sufrimientos, fué esta que dejamos referida la única epidemia que asaltó el campo en que nosotros nos encontrábamos y que nos ha llenado de terror para toda la vida.

Aqui en Madrid, recientemente hemos visto un compañero de aquellas luctuosas jornadas, el cual no nos habla nunca de sus hazañas militares ¡él que es un valiente! pero en cambio todavia palidecen sus mejillas ante el recuerdo del cólera de Arroyo blanco.

CAPÍTULO IV.

Paralelo entre la guerra de Cuba y la de España.—Indole de aquellos enemigos.—Lo que postra el clima.—Táctica de los insurrectos.—Aspecto del campamento cuando la llegada del correo.—Penalidades.—Diferencia del recibimiento de las columnas entre los pueblos de Cuba y los de España.—Efectos del armamento y correaje en aquellas sofocantes latitudes.—Carácter del soldado español á pesar de todas las molestias y privaciones.

Muchas veces despues del cansancio y la fatiga que se apoderan del soldado cuando ha tenido que ejecutar largas marchas, ó que reñir empeñado combate, no podíamos ménos de hacer un paralelo dentro de nuestra mente, entre las diferencias tan esenciales que existen entre la guerra en España y la que nosotros hacíamos allí, donde no sólo eran enemigos los que se nos presentaban delante, sino el sol, el aire, la lluvia, en fin, la naturaleza toda.

En España cuando el soldado deja de pelear, á la sombra de cualquier bandera, encuentra en los pueblos, en los caseríos donde penetra para pernoctar, la franqueza, la

amistad del hermano; y no es raro ver al soldado que se olvida de su fatiga y que apela al cántico y al baile, con la alegria del que dispone de las horas del descanso, para recobrar nuevo vigor con objeto de llenar al dia siguiente el cumplimiento de sus deberes militares.

Cuando nosotros acampábamos, el soldado sólo atendia á dar con su cuerpo en tierra, y si alguna conversacion calorosa se trababa de individuo á individuo, era un constante recuerdo de la patria y de la familia.

Preciso es además tener en cuenta que es muy poco comun que se hallen, aun los que están obligados á las fatigas de la campaña, en su cabal salud. Los que no padecen esas enfermedades que postran ó inutilizan la accion del individuo, sufren, ó la estenuacion que engendra la vida activa que llevan, ó cuando ménos la debilidad causada por los ardores de aquel clima mortífero de por sí, aun dentro de una existencia cómoda y regalada.

Descartada por consiguiente de la vida militar de Cuba la alegria del campamento, no le queda al soldado otro entretenimiento que el que le producen los hechos de armas, las fatigas y los padecimientos, que bien de

una manera, ya de otra, son el tema obligado de su situacion en aquellos países.

Más tarde al saber que España se hallaba sumida en una sangrienta guerra civil, no dejábamos de pensar, leyendo sus horrores, que todo aquello se empequeñecia, comparándolo con la lucha en Cuba empeñada, no por la clase de los adversarios, sino por la manera de hacer la guerra y las condiciones climatológicas que distinguen á Cuba.

Con seguridad, el más pusilánime de nuestros soldados hubiera manifestado un loco contento al ser trasladado desde aquellas regiones á las nuestras, en que la lucha fuera más viva y empeñada, porque aqui sabe que tendria siempre de frente al enemigo.

Puede decirse que en nuestra antilla el soldado no cuenta, ni ha contado, con las horas necesarias para el reposo.

El enemigo tiene la táctica de dejarle que se estropee y se canse en su busca y perseguimiento, para caer sobre él, perturbándole cuando ménos, al entregarse al descanso durante la noche.

En el curso de nuestra narracion tendrá el lector ocasion de notar esto, porque ya veremos que los insurrectos apelaban con gran frecuencia á este sistema de sorpresas,

que sin causarnos pérdidas ni sobresaltos, conseguian ahuyentar el sueño de las columnas.

El espectáculo, por demás curioso, era la llegada del correo peninsular á nuestro campo con noticias de la patria y la familia.

Aquellas fisonomías curtidas y demacradas por las privaciones y los trabajos, parecian entonces recobrar nueva vida y espresion.

Qué contento se mostraba el que podia enseñar á sus compañeros un paquete de cartas diciéndoles al propio tiempo con el sello de placer en sus frases:—esta de mi padre ó de mi madre:—esta de mi amigo de la infancia:—estotra de mi hermano:—esta de mi novia: pero al mismo tiempo ¡qué tristeza para el que no tenia noticias de los suyos y se abandonaba á tristes conjeturas!

Sin embargo, todas aquellas impresiones morian ó se debilitaban, ante los riesgos del mañana; puede decirse que en Cuba lo ménos principal para el soldado es el combate. Lo que más le aniquila y le postra son aquellas continuas marchas en que no sólo trabajan los pies, sino que es preciso ir abriéndose camino por entre las malezas, con el machete en la mano para desembarazarse de las ramas que obstruyen su paso.

Aun en el caso de que el enemigo no perturbe su descanso, todavia le quedan para mortificarle, cuando aspira á que el sueño repare sus abatidas fuerzas, esa nube de cínifes contra los cuales no tiene más remedio que cubrirse la cara con la manta, prefiriendo la asfixia á ser alanceado por esos alados escuadrones.

Por otra parte las condiciones del terreno en que operan nuestras tropas, casi no permiten que el soldado pueda ir vestido.

Los zapatos, si las lluvias han reblandecido el terreno, se hacen insoportables en los piés, puesto que el barro gredoso que se les pega, dificulta completamente la marcha. Por eso preferíamos andar con el pie desnudo; y en cuanto á las ropas, con decir que son ligeras y que ibamos constantemente entre zarzas, se comprenderá facilmente su estado. Por fortuna únicamente en las madrugadas sentíamos nuestra desnudez, que procurábamos remediar vivaqueando en nuestro campamento.

¡Qué diferencia la que se echa de ver entre la entrada de una columna en un pueblo de la Península con la que se observa al penetrar en uno de aquellos caserios (poblados)!

Aquí todos los vecinos acuden á examinar nuestras tropas, siquiera les sea antipática la causa por la que combaten; allá la soledad rodea nuestras filas y no asoma ni siquiera una persona por los huecos de las casas.

Los soldados, en vez de alojamiento, ocupan algun barracon deshabitado, y si acaso, por toda visita tienen la de algun compatriota que viene á enterarse de nuestras fatigas y á compartir con nosotros los recuerdos de la patria y las esperanzas de la victoria; porque aunque es verdad que existen en los poblados muchos criollos, partidarios de nuestra causa, no se atreven á dar pruebas claras de su españolismo por temor á la poblacion insurrecta que los acecha y los fiscaliza.

Añádase á esto que el armamento es mucho más pesado y que se nècesita un gran repuesto de cápsulas; que el correaje en un país tan cálido como aquel, por estar tan inmediatamente sobre la piel, se hace mucho más sensible, y que por lo ardiente del clima, la sed tiene siempre secas las fauces del soldado, que no encuentra ocasion ni medios de apagarla.

Pero sea dicho en honor de nuestro ejér-

cito: hambre, desnudez, fatigas, combates, asechanzas, sorpresas y todo género de adversidades, eran sufridas por nuestros compañeros de armas, en quienes ha resplandecido siempre en todos tiempos y latitudes la virtud de la abnegacion en el grado más sublime y heróico.

Algunas veces, aun en medio de tantas privaciones y vicisitudes nuestros soldados improvisaban, ya sobre el sitio en que acampábamos ó en los poblados, fiestas que tenian todo el carácter de los regocijos de nuestras diversas provincias, y algunos habian tomado tan bien las costumbres del pais, que cantaban como los guajiros (habitantes del campo), guarachas y lo que allí llaman décimas.

Asi, mientras en un lado se oian las notas lentas y monótonas de la danza prima asturiana, en otro se escuchaba, ya la jota aragonesa, ya el vito ó la malagueña, ya la seguidilla manchega ó la popular muñeira, ó un coro de catalanes.

Y ante aquellos aires nacionales parecia que todos recobraban la vida y la animacion, que desaparecia el cansancio y que agitándose imbuidos con las memorias de la madre patria, todos adquirian la vida y la

fuerza, cada dia más necesarias en aquella porfiada campaña.

Viendo esto nos decíamos; «para que Cuba deje de ser española, sería preciso que no tuviéramos ni un hombre que traer á estas zonas, cuando ni los abate el clima ni ningun género de contrariedades.»

Por desgracia, las marchas eran tan continuadas y penosas las vigilias, que era raro que el soldado se encontrara dispuesto con frecuencia á las espansiones naturales de los campamentos.

Como ya hemos dicho que el enemigo procura huir siempre delante de nuestras bayonetas, acechándonos en nuestros descansos con objeto de causarnos inquietud y alarma, se hace necesaria una estremada vigilancia, por lo cual no era raro que los pájaros nocturnos que revolotean entre la manigua ó las *jutias*, ratas enormes que comunmente trepan por los árboles dieran ocasion al grito de ¿quién vive? de los centinelas, causando la alarma consiguiente. De manera que el soldado español en la campaña de Cuba tiene que dormir solo con un ojo, como los gigantes de la fábula.

Al dia siguiente la diana nos encontraba siempre dispuestos para continuar las esplo-

raciones, en busca de aquel enemigo que solamente aprovechaba el silencio y la quietud de la noche para alarmarnos con sus ataques, que no solian producirle resultado alguno.

CAPÍTULO V.

Ataque del campamento de Limones.—Emboscada del cabecilla Peña.—Desercion de nuestro práctico.—Incidente de las abispas.—Marcha sobre Manicaragua.—Su poblacion.—Su riqueza.—Ataque de Arroyo-hondo.—Victoria de Ojo de Agua.—Rastreo de los insurrectos.—Accion de la Sierrecita.

Ya hemos dicho que la fuerza de nuestro batallon, que guarnecia el fuerte de Arroyo-blanco se incorporó á la columna del general Lesea, compuesta de unos 800 á 1.000 hombres.

El primer encuentro que tuvimos con el enemigo fué en Güinia de Miranda, atacando su campamento llamado de Limones, situado casi enfrente de aquel poblado.

Los insurrectos, á pesar de su crecido número, no ofrecieron resistencia séria, por lo cual siguió la columna su marcha hasta Mabugina, donde sufrimos una brusca emboscada del cabecilla Lico Peña, que mostró gran empeño en apoderarse de las dos piezas de montaña que marchaban con nosotros. Sus esfuerzos no consiguieron, sin embargo,

realizar sus deseos y despues de una lucha reñida y tenaz, abandonaron el campo duramente escarmentados.

Al terminarse la accion y al ordenarnos para ponernos nuevamente en marcha, echamos de ménos al práctico, que se habia pasado al enemigo, y por consiguiente sin guia alguno que nos trazara la marcha por en medio de aquel mar de vegetacion virginal. Hicimos alto, y al preguntarse entre nuestras fuerzas si habia algun soldado que conociera el camino de Manicaragua, ofrecióse uno de Tarragona á servir de guia hasta á aquel pueblo.

Como era ya tarde, como la fuerza no habia comido aun el rancho y como la lluvia habia calado los vestidos de la tropa, se ordenó que acampáramos allí para emprender la marcha á la madrugada siguiente.

Venida la noche, encendiéronse hogueras, y todos ó la mayor parte de los soldados empezaron á desnudarse para secar sus ropas á la lumbre.

Ocurrió entonces una escena que no deja de ser cómica. Héla aquí:

Alrededor de una hoguera, en la cual se hallaba un grueso peloton de soldados, se colocó uno que traia, como un grueso madero

en el hombro para alimentar el fuego. A penas estuvo un breve momento sobre las llamas, cuando salieron de él un enjambre de abejas que empezaron á clavar sus aguijones entre los confiados y desnudos espectadores de aquella escena, los cuales desaparecieron como por ensalmo lanzando enérgicas interjecciones y azotándose la parte herida.

Como se adivinará, lo que el soldado tomara por tronco de árbol, no era otra cosa que una colmena, cuyos industriosos habitantes hicieron pagar bien caro el atentado que se habia cometido con ellos.

Despues de la diana del dia siguiente marchamos hácia Manicaragua, poblacion situada en una vega sumamente agradable y pintoresca. Dedícanse la mayor parte de los industriosos habitantes de esta poblacion á los trabajos de la agricultura, principalmente el ramo del tabaco, que es uno de los artículos que gozan en la isla más fama y crédito aun en competencia con el de la Vuelta Abajo.

El pueblo estaba casi desierto. Los insurrectos habian penetrado en él causando toda clase de vejaciones. No sólo habian quemado muchas casas particulares, las más ricas, si no la iglesia del pueblo, llevándose las

campanas para destinarlas á los usos de la guerra.

Despues de un ligero descanso, como nuestro afan y más constante deseo era buscar el enemigo, dejando un pequeño destacamento en Manicaragua salimos de allí, emprendiendo la direccion de Villa Clara con objeto de dejar los enfermos y emprender otra direccion.

En vista de que los insurrectos se habian corrido hacia la jurisdiccion de Remedios, sin duda con objeto de incendiar los numerosos ingenios que se encuentran por aquella parte, dispúsose que una compañia montada saliese á situarse al ingenio Panchita, para precaver de este modo el pillaje y los atropellos de aquella parte, hostilizando á cuantas partidas intentasen pasar por aquella zona.

El 3 de Febrero se presentó al capitan D. Eduardo Sanchez Bueno, á quien estaba confiado el mando de nuestra fuerza y 20 guardias civiles, un insurrecto, manifestando que en el punto llamado Arroyo-hondo, habia una partida de 30 hombres. Retúvose á aquel paisano y al dia siguiente muy de madrugada dejando el ingenio custodiado, nos pusimos en camino, guiándonos el mismo

hombre que habia dado el soplo y que habia mostrado el dia anterior gran empeño de que se llevara á efecto inmediatamente la acometida.

Al avistarnos con lo que el insurrecto habia llamado partida de 30 hombres, nos encontramos con una de 300, bastante bien armados y todavia mejor atrincherados. Como aun la luz del dia no habia aparecido, al dar los centinelas el grito de ¿quién vive? á nuestra vanguardia, esta respondió: «Cuba libre;» y como se hallaban, segun supimos despues, esperando más fuerzas, no pusieron obstáculo á nuestra entrada, trabándose acto continuo un combate personal que nos aseguró la victoria; pues el enemigo, al vernos dentro de su mismo campamento, huyó espantado, causándole 17 muertos, todos al arma blanca, entre ellos la del insurrecto que nos habia engañado, apoderándonos de muchas hamacas, ropas, caballos y numerosos víveres y carnes tasajeadas, que tenian los insurrectos para su consumo.

Halagados por este feliz hecho proseguimos la persecucion por espacio de unos cuantos dias, batiéndolo en las Lomas de Figueredo, y el 10 de Marzo alcanzamos una fraccion de esta partida, á la que hicimos un prisione-

ro. Prometió este llevarnos al campamento general insurrecto compuesto de unos 1.000 hombres y muy próximo al sitio en que nos encontrábamos, empresa que no podíamos emprender por lo exíguo de nuestro número. Decidimos marchar sobre Yaguajay, y unidos allí á fuerza de Simancas y Andalucía, puestos á las órdenes del comandante Perez Vega, caimos sobre el campamento general que tenia el enemigo en el punto llamado Ojo de Agua. Fué aquel dia el en que vimos pelear con más bizarría á los insurrectos, defendiendo su campamento; pero finalmente le abandonaron, no sin que nos costara la sensible pérdida de 2 oficiales y 16 soldados fuera de combate.

Llevamos los muertos y heridos á Yaguajay, y volvimos al dia siguiente al mismo sitio, recojiendo muchísimos de los efectos de que nos habíamos apoderado, ademas de unos 80 caballos que cayeron en nuestro poder.

Pero cuantas gestiones hicimos para perseguirle fueron nulas, porque por entonces perdimos su rastro.

Como el conocimiento de aquel enemigo ha enseñado que la táctica más útil es la de dividir mucho las columnas con objeto de

que puedan multiplicar sus marchas y facilitar su encuentro, separóse el capitan Sanchez Bueno con su columna, de la del comandante Perez Vega tomando direcciones encontradas.

A fuerza de indagaciones, y gracias á los conocimientos y actividad del práctico Borroto, volvimos á encontrar á los insurrectos el dia 22 del mismo mes en la vereda de Tetuan, sin que nuestros disparos los hicieran reñir con nosotros una accion séria, pues se dispersaron instantáneamente; pero á pesar de las disposiciones que adoptaron dividiéndose en grupos al emprender la fuga, se les siguió el rastro, y el 24 por la tarde volvimos á encontrarlos en la sierra de Guacabo, sin que tampoco esta vez nos hicieran cara, hasta que el 27, estenuados y desfallecidos ante la constante persecucion que se les hacía, no pudiendo huir con la celeridad acostumbrada, pudimos atacarlos de suerte que no tuvieran medio de rehuir el combate, En este punto, conocido con el nombre de la Sierrecita, se les causaron 15 muertos y tres prisioneros heridos, á quienes se condujo al ingenio llamado la Luisa, para atender á su curacion.

Al regresar la columna á su campamento

situado en el ingenio Panchita, en el potrero Ruiz, encontramos 10 ó 12 insurrectos recogiendo ganados, de los cuales matamos dos, huyendo los demás.

Asi terminaba el mes de Marzo de 1870.

Echemos ahora una rápida ojeada sobre lo que por este tiempo acontecia en las otras jurisdicciones de las Villas, donde nuestros compañeros de armas perseguian con igual tenacidad y encarnizamiento que nosotros á los enemigos de España.

CAPÍTULO VI [1].

Ilusiones.—Cabecillas que pululaban en las Villas.—Reclutadores.—Importancia de los campamentos insurrectos.—Victorias del brigadier Morales de los Rios.—Defensa de Trinidad.—Defensa heróica de una casa en Taguayabon.—Ocupacion militar de las Villas.—Barrabás.—Terror que infundia entre los rebeldes.—El coronel Sandoval.—Desastre de la columna de Portal.—Medidas tomadas al recibirse nuevos refuerzos.—Vuelven las presentaciones.—Puerto-Príncipe.—Nuestra situacion.

La época de que estamos ocupándonos era ciertamente la en que los insurrectos abrigaban más profunda conviccion de conquistar su criminal independencia, porque no sólo tenian entre la manigua todos los brazos que podian consagrar su esfuerzo á la árdua empresa de su defensa, sino que contaban aun entre aquella poblacion que quedaba entre nosotros una parte y no insuficiente, consagrada por completo á la propaganda de la rebelion.

En las jurisdicciones de Cienfuegos, Vi-

(1) Para tratar de aquello en que no hemos sido testigos presenciales, hemos tenido muy especialmente á la vista la autorizada Memoria del señor marqués de la Habana.

lla-Clara, Remedios, Trinidad y Sancti-Spíritus, los cabecillas Lorda, Salomé, Hernandez, Chucho, Consuegra, Fernando Callejas, Villamil, Cabada, Roloff, Diego Dorado y otros muchos que se podian citar, y que despues fueron adquiriendo nombradía, ayudados por los reclutadores que tenian establecidos en las principales poblaciones, fomentaban la insurreccion, organizando partidas que instruian en la fragosidad de los bosques, donde se habian establecido campamentos cómodos, habitados hasta por las familias, que por temor á las tropas, imbuidos por los filibusteros, abandonaran los poblados y caseríos. Llegó este abandono á ser tan completo, que los industriales y los buhoneros buscaban esta especie de poblaciones flotantes con objeto de vender allí sus mercancías. Con decir que se ponian en estos campamentos en práctica la organizacion republicana, bello ideal de la insurreccion, se comprenderá toda la estension de estas emigraciones.

Al propio tiempo que se establecian allí oficinas de Prefecturas y de Postas se cuidaba tambien de montar talleres de armas, de curtidos, de pólvora y de cuantos efectos les eran necesarios, operaciones á que se

dedicaban las personas que por su sexo ó condicion no podian militar en las filas.

Cada campamento era ni más ni ménos por aquella época una poblacion movediza, con todos los caractéres de la multiplicidad que distinguen á las masas compuestas de mujeres, ancianos, niños y jóvenes.

Como la escasez de tropas españolas era grande, muchos pueblos estaban muy imperfectamente guarnecidos y otros desguarnecidos por completo, por lo cual, organizadas las partidas, y no solamente armadas, sino ya instruidas, pudieron apoderarse fácilmente de Potrerillos, Manicaragua y varios otros poblados, que más tarde tuvieron que abandonar á la proximidad de las tropas, con gran contento de la mayoría de los vecinos, casi siempre objeto de pillaje y de actos vandálicos por parte de los que se daban el pomposo nombre de libertadores.

El brigadier Morales de los Rios fué de los primeros que con la artillería de plaza y los cazadores de Simancas cayó sobre el enemigo, que se hallaba mandado por Villamil en el poblado de Potrerillo, y aunque trataron de resistir, pronto tuvieron que abandonarle, dejando las calles llenas de cadáveres.

Solo 30 hombres de los nuestros que ocupaban el poblado de Cartagena, resistieron el ataque de una partida que no logró más que quemar algunas casas, porque cuando se hallaban en lo más rudo del combate una seccion de voluntarios francos de Cienfuegos les hizo abandonar su empresa, causándoles bastantes bajas.

Tambien la importante poblacion de Trinidad recibió su embestida, puesto que hasta á sus mismas puertas llegó una partida muy numerosa que se habia imaginado rendirla por la circunstancia de hallarse con muy poca fuerza; pero los músicos de Baza, unidos á los voluntarios de la poblacion, les salieron al encuentro con tal empuje y bizarría, que no sólo la dispersaron, sino que rescataron varios prisioneros.

Más fácil les fué penetrar en Taguayabon (jurisdiccion de Remedios), donde quemaron la estacion del ferro-carril y algunas tiendas de españoles allí establecidos; pero en cambio no pudieròn conseguir apoderarse de la casa donde sólo cuatro voluntarios, mandados por el peninsular D. Angel Perez, se defendieron de una manera cuya obstinacion rayó en la heroicidad.

Tampoco el ataque de Buenavista les dió

resultado alguno favorable, por lo cual, viendo que la suerte de las armas les era adversa, determinaron no tomar la ofensiva, y sí esperar á las tropas convenientemente atrincherados y en puntos poco ménos que inaccesibles.

A medida que de la madre pátria llegaban los refuerzos, tan perentorios y necesarios en aquellas circunstancias en que la conflagracion y la rebeldía se mostraban tan potentes y amenazadoras, empezó á ocuparse militarmente las jurisdicciones de Sagua, Cienfuegos, Villa-Clara, Trinidad, Remedios y Sancti-Spíritus, estableciendo, no sólo destacamentos en los poblados, sino en todos aquellos puntos que se consideraban más estratégicos, organizándose pequeñas columnas volantes, compuestas de 200 á 300 hombres y campamentos donde se juzgaban necesarios.

Raros eran los dias que trascurrieran sin que las partidas que merodeaban por entre estas seis jurisdicciones no se encontrasen, por supuesto, sin quererlo, con nuestras trotras, que las perseguian hasta que se internaban en lo más recóndito de los bosques.

La vida, pues, nómada á que nuestra constante persecucion las obligaba, precisán-

dolas todos los dias á cambiar de residencia, era causa de que las familias ménos exaltadas comprendieran el error que habian cometido, siguiendo á los que les prometian espulsar á los españoles de Cuba, en menos de tres meses.

Empezaron, pues, las presentaciones más numerosas, á medida que trascurrian dias, y el desaliento contrarrestaba la activa propaganda de los laborantes.

En la jurisdiccion de Sancti-Spíritus, el guerrillero español, conocido con el nombre de *Barrabás*, apodo que le habian puesto los insurrectos, vertia el terror en las filas enemigas.

No conocemos los datos biográficos que ha conseguido en aquellas apartadas regiones un popular renombre militar, pero sí diremos que bastaba su nombre para causar pánico, y pánico grande entre aquellos á quienes hacía la guerra.

Generalmente vestia el traje insurrecto y penetraba solo en el campamento enemigo, donde se enteraba minuciosamente de todo aquello que le convenia.

El grito entre los enemigos «ahí está Barrabás,» bastaba para ponerlos en precipitada fuga. Sentimos no tener datos para

ocuparnos de los muchos y buenos servicios que prestó este valiente guerrillero á la causa española, porque la circunstancia de haber fallecido le hace completamente digno del recuerdo del soldado y patriota español.

Tambien ha dejado de existir el coronel Sandoval, el cual hallándose retirado en Sancti-Spíritus, volvió á empuñar la espada al estallar la insurreccion cubana. El como Barrabás dió muestras, no sólo de una inteligencia militar distinguida, sino de una bravura á toda prueba, causando al enemigo con sus recursos de guerra muchos y repetidos desastres, que hicieron su nombre muy apreciable á los ojos de los españoles.

Pero si en la mayor parte de los encuentros que teníamos con el enemigo las ventajas eran nuestras, tampoco dejaban de ocurrir desastres, contingencia de toda lucha.

En este instante nos estamos acordando de un hecho muy doloroso; de la destruccion de la columna del teniente coronel Portal, compuesta de Tarragona, caballería y de una pieza de montaña, que fué en su mayor parte muerta y prisionera, y cuyo jefe sucumbió allí en el cumplimiento de sus deberes de soldado. Aquello reanimó

muchísimo el espíritu que ya empezaba á abatirse de los insurrectos, cuyas esperanzas volvieron á cobrar vida y á imaginarse que el porvenir les reservaba triunfos de esta naturaleza.

El cañon tomado á nuestras tropas vomitó en más de una ocasion la muerte sobre nuestras filas; pero al fin hubimos de rescatarle y pagarles con usura el daño que nos habian hecho.

Lo que sucedió era natural que sucediese; el enemigo, hasta entonces á la defensiva, intentó de nuevo la ofensiva en esta jurisdiccion.

Sin embargo, castigado por la valentia de nuestros soldados que no cobraban pusilanimidad en los contratiempos, muy en breve cambio de sistema, adoptando el antiguo como más conveniente á sus vidas é intereses.

Igualmente que se habia procedido en otras jurisdicciones se procedió en esta al recibirse los oportunos refuerzos al establecimiento de fuertes y campamentos, eligiéndose para ello los puntos más adecuados y estratégicos; y como tardaban en ocurrir hechos de armas de la naturaleza del que habia aniquilado la columna del teniente

coronel Portal, de aquí que volviera el desaliento al campo rebelde y que las presentaciones, un momento interrumpidas, se efectuaran de igual manera que venia sucediendo antes de aquel desgraciado hecho de armas. Ahora vamos á ocuparnos, con la ligereza que lo hemos hecho por lo que toca á las jurisdicciones de las Villas, de lo que ocurria en los departamentos Central y Oriental, para seguir despues el curso de las operaciones en que fuimos testigos presenciales y actores, aunque modestísimos.

Puerto-Príncipe, poblacion de una gran importancia por los criaderos de ganado que tiene en sus alrededores, habia quedado casi completamente desierto, marchándose á la insurreccion hasta sus más importantes y ricas familias, llevando consigo la mayor parte de sus enseres y hasta sus muebles.

El titulado presidente Céspedes establecia sus cuarteles en Guaímaro, situado en el camino de Puerto-Príncipe á las Tunas.

La línea férrea de Nuevitas se hallaba cortada, y su poblacion amagada por el enemigo. En cuanto á las del interior, encontrábanse cortadas y sin comunicacion con las de la costa, tales como Bayamo, Holguin, Las Tunas, Jyguaní, Bairei, Palma Soriano.

Santiago de Cuba le habia puesto sitio el enemigo, cortándole el agua del viaducto la partida del cabecilla Mármol y otros que habian fijado sus campamentos en el punto llamado Puerto de Bayamo.

Tal era la situacion de la Isla por los dias á que nos referimos, y de un momento á otro, con la llegada de los refuerzos que sucesivamente llegaban de España, esperábamos dar grande impulso y vigor á las operaciones que hasta entónces no habian podido emprenderse en una escala importante, no sólo por lo escaso de nuestras tropas, sino por el crecimiento de la insurreccion.

CAPÍTULO VII.

Creacion en Asturias del batallon de Covadonga.—El comandante Rato.—Ligeros apuntes biográficos.—Salida de las tropas asturianas.—Recibimiento en la Habana.—La marcha á Sancti-Spíritus.—Prematura muerte de los hermanos Rato.—Covadonga en la trocha.—Bajas que esperimenta.

Nuestra provincia, la de Asturias, al tener noticia de la insurreccion que habia estallado en Cuba, que ensangrentaba aquel hermoso territorio, quebrantando los muchos intereses que poseen allí sus hijos, se apresuró á formar un batallon que engrosaron muchos asturianos, hasta de familias acomodadas y distinguidas, ávidos de pelear por la integridad de la patria.

Confióse esta fuerza al mando del jóven y entendido comandante D. Hermenegildo Rato y Hévia, muerto en la flor de sus años, lleno de nobles aspiraciones de distinguirse sobre el campo de batalla, como se distinguiera ya desde la tribuna de la cátedra enseñando á los cadetes en el colegio de Toledo.

Rato y Hévia habia nacido en Gijon, hijo de una de las más aristocráticas familias que residen en aquella industriosa y comercial villa. Estudió en aquel instituto las matemáticas y las lenguas inglesa y francesa, ingresando en la Academia militar de infantería hasta su ascenso á alférez.

La guerra de África, ocurrida algunos años más tarde, le obligó á pisar aquellos gloriosos campos de batalla, que ilustraron con sus victorias los inolvidables nombres de los generales O'Donnell y Prim.

Terminada la guerra, la vida ociosa de las guarniciones no podia en manera alguna convenir al carácter sério y estudioso del que ya era capitan, D. Hermenegildo de Rato.

Dedicóse, pues, á la enseñanza no sólo con el beneplácito y la estimacion de sus jefes, sino con gran provecho para los jóvenes cadetes, que le tenian un verdadero afecto y calurosa simpatía.

Nunca profesor alguno fué más sentido, al separarse de las áulas, que el Sr. Rato al dejar la suya de Toledo.

En vano se trató de disuadirle para que no aceptase el mando que se le confiaba; en vano se le pintaron con vivos colores, no los

peligros de la lucha que iba á emprender, y de los cuales nadie se hubiera atrevido á hablarle conociendo su pundonor militar, sino de los peligros que implican los trópicos para los que van á aquellos apartados países.

Rato y Hévia todo lo desoyó, admitiendo de buen grado el ofrecimiento de la Diputacion de Oviedo, y marchando á la preciosa Antilla, seguido de una cohorte de voluntarios que él sabia que habrian de pelear con bizarría á la sombra de una bandera que representaba á España, y el pedazo de tierra, donde alentaran los pocos, pero más grandes héroes de nuestra historia.

Iba con él de abanderado del batallon de Covadonga, su hermano el jóven alférez don Olimpio Rato, apasionado como un poeta, decidido como el que conoce el preclaro timbre del escudo de la familia y se encuentra dispuesto, más que á conservarle á enaltecerle.

Tambien este jóven murió casi al tocar con sus plantas la Isla de Cuba, es decir, el terreno sobre el cual tal vez habia soñado glorias y combates.

Jamás nave alguna fué tan mirada ni tan sentida como la que zarpó llevándose aque-

llos 1.200 hombres, todos jóvenes, todos henchidos de amor ardiente hácia la integridad de la pátria.

Su arribada á la Habana, en donde es tan numerosa la colonia asturiana, fué un verdadero acontecimiento por el entusiasmo, por el delirio patriótico que se apoderó de los que iban y de los que los recibian con los brazos abiertos, para estrecharlos contra su corazon.

El muelle de la Habana, cuando desembarcaron, ofrecia un verdadero y vistoso espectáculo, y en él no se oian más que voces cariñosas, mezcladas á los ecos de las músicas que entonaban aires patrióticos y provinciales.

Las calles del tránsito por donde tenia que atravesar el batallon, aparecian empavesadas de colgaduras, banderas y gallardetes, saludándole desde los balcones y ventanas, arrojándole en abundancia versos y flores.

La Habana parecia aquel dia por la frecuencia con que se escuchaba la canturia especial de nuestro bable una ciudad asturiana.

Al llegar la noche, comenzaron nuevamente los obsequios que se prolongaron du-

rante todos los dias qne el batallon residió en la capital de la Isla de Cuba.

¡Qué de bríndis inspirados en el amor á la patria! ¡Qué de cánticos celebrando las memorias del país natal, que la mayor parte de ellos, casi la totalidad habian abandonado para siempre!

Pero el plazo para las espansiones del cariño, de la fraternidad y del paisanaje, debia ser muy breve; porque las atenciones de la guerra los llamaba á que cumplieran la mision que allí los habia conducido.

Dispúsose que marcharan á Sancti Spíritus donde era conveniente su presencia para dar impulso á las operaciones y quebrantar la osadía de los insurrectos, á quienes los pocos descalabros que nosotros habíamos sufrido les dieran, como hemos visto, algunos alientos.

La despedida del batallon de Covadonga de la Habana, no dejó de tener algun parecido á la que se les hiciera al dejar las costas asturianas.

Al recordar la vitalidad, la salud que resplandecia en los semblantes de nuestros compatriotas al llegar á la Isla, ¡ay! apenas se pueden comprender los estragos que hicieron en ellos las enfermedades endé-

micas de aquel clima asesino y traidor.

Apenas habian llegado á Sancti-Spíritus y ya empezaban á clarearse sus filas, sintiendo su comandante en cada defuncion de uno de sus soldados, tanto como si perdiera uno de los miembros de su familia.

Emprendió desde luego las operaciones, buscando al enemigo con la avidez del que espera recabar títulos de gloria para la patria; pero las marchas caúsaban entre aquella juventud, no aclimatada, cada vez más numerosas y contínuas bajas.

Acaso esto fué el comienzo del malestar y la muerte, que acaeció muy en breve, al bravo comandante, á quien vieron en pocos dias sucumbir los que le tenian ya el respetuoso cariño que los hijos profesan á su padre.

Desde aquel instante parece que una fatalidad pesaba sobre el batallan de Covadonga, que se deshacia como la tornasolada bola de jabon que sale de las manos de un niño.

Tambien los oficiales fueron muchos heridos de muerte por la epidemia endémica, falleciendo entre otros el jóven abanderado D. Olimpio de Rato, que apénas acababa de salir de la adolescencia.

Habíase captado este jóven la estimacion de cuantos habian llegado á conocerlo; y á haber vivido, no sólo hubiera conquistado un puesto entre nuestra oficialidad más distinguida, sino que las musas le hubieran conseguido laureles y aplausos. Hacía versos con inspiracion y valentía, buscando sus asuntos en hechos heróicos, que sabía pintar con sentimiento, verdad y delicadeza.

Estamos seguros que estas dos defunciones fueron recibidas en nuestra tierra con grandísima pena, porque la muerte destruía dos existencias que envolvian en sí otras tantas preciadas esperanzas para el buen nombre de la provincia donde nacieron Jovellanos y Argüelles.

No menor impresion causaron en la Habana, que celebró honras fúnebres por el eterno descanso de los que tuvieron la desgracia de morir, no con la muerte que ellos hubieran apetecido guiando sus soldados á la victoria.

Pero hagamos punto en estas tristes memorias, y continuemos relatando someramente lo que hace relacion al batallon de Covadonga.

Reconcentrado nuevamente en Sancti-Spíritus, despues del comienzo de las opera-

ciones que habia emprendido, marchó en direccion á Ciego de Avila, para donde se le dió la comision de ayudar á construir y guarnecer la trocha, que para impedir el paso de las partidas insurrectas á Las Villas se formaba desde el Júcaro á Moron.

Calcúlese á qué estado dejarian reducidas las enfermedades á aquel batallon, constantemente espuesto á las inclemencias, falto de agua ó bebiéndola insalubre y en contacto además con una vejetacion perniciosa.

Casi todos los soldados consagrados á los trabajos de la estacada fueron atacados de calenturas, y los que no sucumbieron de ellas quedaban inservibles para toda clase de operaciones.

De manera, que á los pocos meses de haber llegado á Cuba, las ilusiones que tanto en nuestro país como en los propios individuos se habian forjado, caian desvanecidas por el soplo glacial de la muerte sobre aquel suelo volcánico y abrasador.

CAPÍTULO VIII.

Formacion de dos poblados.—Las lluvias detienen las operaciones militares.—Combate en la Loma de los Guapos.—Actividad de la persecucion.—Encuentro con Bembeta en la Lima.—Desaliento de los insurrectos.—Nuestra salida para Siguanea.—Inútiles pesquisas para dar con una fundicion de armas.—Aspecto de la insurreccion en las Villas.—Efectos de la línea militar del Júcaro.

En cuanto á nosotros, volvíamos á encontrarnos nuevamente en el ingénio Panchita, despues de una larga série de reconocimientos y batidas, pasando desde aquí á Bamburanao y el Mamey, para operar en combinacion con parte del batallon de Marina, que tenia establecido su campamento en este último punto, y en los veinte ó treinta dias que trascurrieron, y en los cuales ocurrieron sólo incidentes de guerra de escasísima consideracion, no hicimos otra cosa que recoger familias insurrectas que encontrábamos en los bosques del Cangrejol y Buenavista, formándose con ellas los poblados de Bamburanao y del Mamey.

Como á la entrada del verano ocurren siempre en Cuba grandes lluvias y tempo-

rales que imposibilitan las operaciones, tanto por el estado en que se ponen los caminos, como por las enfermedades que asaltan al soldado, debilitando las columnas de asombrosa manera, se hizo necesario que emprendiéramos la marcha en direccion al poblado de Calabazas para esperar allí que la estacion nos permitiera comenzar nuevamente las operaciones, cuidando únicamente de que una fraccion de la compañía, en el caso de permitirlo el tiempo, saliese á practicar algunos reconocimientos y recoger familias de las que aun permanecian en las selvas que circundan á dicho poblado.

Por otra parte, aunque las lluvias nos condenaban á permanecer en la inaccion, no era esta tan completa que no nos permitiese consagrarnos á construir obras de fortificacion y defensa para evitar cualquier golpe que el enemigo intentase darnos; y ya en estos trabajos, ya en los de ejercicios doctrinales, pasó la fuerza todo el tiempo que duró la estacion de las lluvias esperando con ánsia su terminacion, con objeto de volver á los encuentros y hechos de armas que forman la más preciada ocupacion del soldado.

Nuestra fuerza marchó, pues, á cubrir la línea de Güinia de Miranda, yendo á acam-

parse con la segunda, tercera y cuarta compañía del mismo batallon de Andalucía al campamento de Limones. Racionámonos en aquel punto para ir en perseguimiento de los insurrectos que se sabia por confidencias que se hallaban situados en la loma llamada de los Guapos.

Trabajo nos costó subir la empinada cuesta en que el enemigo habia fijado su campamento, y aunque se nos hacian descargas cerradas para impedir nuestra ascension, conseguimos arribar, durando dos horas el empeñado combate que tuvimos que sostener para apoderarnos de aquella posicion.

Cuanto en ella tenian cayó en nuestro poder, y como nada nos era posible llevar, lo destruimos todo, porque muy poco nos era de alguna utilidad.

De nada les sirvió á los insurrectos correrse desde allí á Naranjo, porque tambien en este punto los batimos, poniéndolos en una verdadera dispersion. Era tal la tenaz persecucion desplegada por el jefe de nuestra columna, D. Antonio Moreno del Villar, coronel de caballería, que el enemigo huyó de aquellos montes escabrosos sin atender á sus familias que, cansadas de los cambios de residencia y de aquella vida

nómada é insegura fueron unas presentándose y otras cayendo en nuestro poder, con las cuales se formó un poblado en Limones, á que se le puso el nombre de Veguitas.

Dióse órden de que la cuarta compañía marchase á Calabazas para formar con ella y otra de Marina, una columna que operase por la Lima y Remate (jurisdiccion de Remedios); pero al pasar el rio, que si no recordamos mal lleva el mismo nombre, fué dicha columna atacada por la partida del cabecilla Bernabé Varona (a) Bembeta, más tarde fusilado en Santiago de Cuba, fuerte de unos 800 hombres y compuesta de la gente escogida de la insurreccion, en su mayor parte montada.

A pesar de la defensa de nuestros soldados, como habia tan notable desproporcion en el número, no pudieron resistir la acometida, ni tiempo para buscar el vado por donde habian atravesado el rio, sino que nuestra columna tuvo que atravesarlo á nado, abandonando los muertos y los heridos, dejando las acémilas en su poder para no verse envueltas por la caballería insurrecta.

Por fortuna muchos de los nuestros á quienes las heridas se lo permitieron, pudie-

ron ocultarse, y aunque trabajosamente, llegar al destacamento del corojo de Pedro Barba.

Al dia siguiente reforzadas las dos compañias que habian sufrido aquel descalabro con 400 hombres de los que operaban en el Remate y Mamey, acudieron al mismo sitio ganosas de desquitar en un encuentro las pérdidas que habian sufrido en la mañana anterior, pero no estaba ya en aquel sitio ni en sus alrededores. Por lo tanto la columna procedió á dar sepultura á los muertos que permanecian aun insepultos, viendo que el enemigo habia enterrado unos doce de los suyos por encontrarse en el sitio de la accion. sus sepulturas tapadas con hojas de guayabo y yerbas.

A raiz de este suceso regresó la 4.ª compañia á Güinia de Miranda, desde donde con más feliz éxito continuó las operaciones, tomándole al enemigo el campamento establecido en Quemadagrande, próximo al Doblado del Jumento.

Nadie mejor que nosotros, que hacíamos vida diaria del campamento, podia apreciar lo desalentada que se hallaba la insurreccion, en la parte al menos que conocíamos con tanta exactitud. Determinadamente en la

época á que ahora nos estamos refiriendo (Diciembre de 1871), se efectuaba la presentacion de familias enteras, de muchos hombres, algunos armados, y otros, aunque sin armas, útiles para el servicio militar, deduciéndose de esto el desaliento que cundia en sus filas y el desengaño de alcanzar una independencia que no veian llegar nunca..

Muchos de estos individuos formaron más tarde en las guerrillas que dieron escelente resultado, sirviéndonos otros de prácticos, y sea dicho con imparcialidad, más de un triunfo, más de una sorpresa, más de un duro castigo á las filas insurrectas, hemos debido á sus buenos oficios y leales averiguaciones.

La compañia en que estábamos destinados recibió órden de marchar á la Siguanea, encargándosenos practicáramos un escrupuloso reconocimiento por los montes del Sumidero. Sabíase que el enemigo habia tenido allí una fundicion y fábrica de armas, de la cual se proveian todas las partidas insurrectas que merodeaban por aquellos términos. Anduvimos, por consiguiente entre aquellas malezas, escudriñándolas palmo á palmo hasta el punto de encontrar en los indes de un potrero que confinaba con aquel monte, seis campanas que procedian de las

iglesias de Manicaragua, de la de Canaito y otras de fincas destruidas por la insurreccion.

En cuanto á la fábrica de armas, ni con sus vestigios pudimos dar siquiera, presumiendo fundadamente que el enemigo la habia destruido cuando imaginó que pudiera ocurrir la contingencia de que pudiéramos apoderarnos de ella.

Ofrecíanse pues los síntomas que marcaban en las Villas la decadencia de la insurreccion, no sólo por las presentaciones de que antes nos hemos ocupado, sino por la dificultad inmensa que habia para encontrar al enemigo, aun á trueque de buscarle por medio de inteligentes prácticos y valiéndonos de toda clase de confidencias.

Así es que la situacion de Sagua, Cienfuegos, Villaclara, Remedios y Trinidad, ofrecia un ventajoso contraste con la de otros meses anteriores.

¿Iria, en efecto, á terminar aquella lucha de tan desastrosos resultados para la Isla y para la madre patria? Las circunstancias no nos desvanecieron, porque pensábamos, y los sucesos vinieron á darnos la razon, que era ilusorio abrigar la esperanza sobre la inmediata terminacion de aquella lucha tan

tenazmente empeñada contra el pabellon español.

Hasta entonces habíamos visto la presentacion en mayor ó menor número de familias de insurrectos, de éste ó del otro indíviduo armado; pero lo que empezábamos á ver ya eran partidas de 30 y 40 hombres con sus cabecillas á su frente, que venian en demanda de gracia y perdon, á presentarse á nuestras autoridades.

Los rebeldes, los que persistian en levantar su bandera contra la integridad española, recibian el más duro escarmiento sobre los campos de batalla. Los desesperados esfuerzos de Lordá y Chucho Consuegra no lograron envalentonar su causa, y en tanto que estos caian en poder del coronel Bonilla, Lico Peña y otros varios cuyos nombres no recordamos, iban siendo capturados, gracias al esfuerzo y bizarría de nuestras columnas.

Podia, pues, decirse con verdad que, por lo que respecta al territorio de las Villas, habia quedado, debido sin duda á la inteligencia, celo y valentía del entonces brigadier Portillo, exento de insurrectos, pues no merecian contarse en este número las pocas partidas, más bien de bandoleros y

ladrones que de insurrectos, escepcion hecha de las que mandaban dos negros, Doroteo y Caoba, que habian alcanzado una triste celebridad. Pero si por las Villas se presentaba este espectáculo verdaderamente consolador para los intereses de España, la lucha ardía en el Camagüey y en el departamento oriental poco más ó ménos con la misma violencia que se habia venido observando en el trascurso de la insurreccion. Cierto es que, á pesar de todo, coincidiendo con esta misma época, apareció como un tanto paralizada la accion del indivíduo. Hechos posteriores dieron á conocer que no la motivaba otras causas que las de los trabajos de mejor organizacion é instruccion.

En cuanto á los cabecillas que no fueron capturados en las Villas, en vista de que la pacificacion de aquel territorio se encontraba muy cerca de ser un hecho consumado y que avanzaban los trabajos de la formacion de la trocha militar del Júcaro á Moron, que habria de impedir la reunion entre los insurrectos de las Villas y los del Camagüey, se apresuraron á emprender la retirada hácia aquel estenso departamento, donde efectuaron su union á las partidas mandadas por el

marqués de Santa Lucía, Máximo Gomez, Calixto y Vicente García, y otros.

Así finalizaba el año 1872.

Aprovechemos ahora un momento de descanso en nuestras fatigas militares como para refrescar nuestro espíritu, consagrando unas cuantas líneas á un episodio algun tanto novelesco.

CAPITULO IX.

Aparicion de tres mujeres.—Quiénes eran y á qué venian.—Luisa.—Simpatia que nos inspira.—Sus confesiones.—Visitas á su bohio.—Ideas que tenia sobre los soldados españoles.—Nuestras exhortaciones.—Cantos del pais.—Confianzas.

Casi estaba ya para oscurecer, hallándonos reparando la línea telegráfica de Güinia, cuando fuimos avisados por el centinela de que avanzaban tres mujeres por el camino de Trinidad, ordenándole que las dejara el paso franco, y á poco tuvimos delante de nosotros tres personas, de las cuales una de ellas, jóven como de quince años, nos hizo en el acto una impresion imposible de definir.

Procedian del campo insurrecto, y tanto por el mal estado de sus vestidos como por la palidez y enflaquecimiento de sus fisonomias, revelaban los padecimientos, que un sexo, ya de suyo débil y apocado, habia tenido, en la vida agitada y asustadiza de la campaña.

La de más edad era una mujer que representaba unos 30 años, todavía hermosa y de quien la niña llevaba las señales de haber

sido engendrada, tanto por lo rasgueado de sus ojos grandes y negros, como por lo poblado y abundante de su cabellera que todas llevaban en desórden.

Al presentársenos apenas se atrevian á levantar los ojos del suelo. Manifestáronnos su propósito de efectuar la presentacion y de retirarse al poblado vecino acompañándonos cuando nos marcháramos hácia él.

Confesamos que nos inspiraron lástima aquellas mujeres, y que sentimos una poderosa atraccion de simpatia hácia la más jóven, que dijo llamarse Luisa Gonzalez.

Aunque era ya tarde y pronto deberíamos ponernos en camino hácia el poblado, las preguntamos si tenian hambre, y como nos contestaran que sí, las ofrecimos desde luego galletas y unos trozos de carne que se asaron allí mismo y que devoraron con verdadera necesidad.

Puestos ya en camino, Luisa y nosotros marchamos empeñando una conversacion que á cada instante se hacía más franca y confiada. Contónos, con una sencillez é ingenuidad que nos encantaba, sus terrores del campamento y las angustias que padecia su corazon en aquella, para ella espantosa, vida de terrible ansiedad, sin reposo, sin tranqui-

lidad, sin calma alguna para nada. Díjonos que aunque amaba mucho la bandera insurrecta no porque representara este ú el otro principio, sino porque cobijaba á los que ella amaba, á los que ella distinguía con su afecto y cariño, pensaba permanecer completamente aislada al lado de su madre, dejando sólo á Dios preocuparse de la causa de los suyos.

—Hace V. bien, hija mia,—le replicamos, —hé aquí á qué triste situacion y á qué penurias ha conducido la locura á una familia acomodada y quizá pudiente como la de V. Acaso su padre ó sus hermanos de V. militen en la insurreccion y acaso ellos criminalmente las imbuyeron para que ustedes los siguiesen.

—Algo hay de eso,—nos contestó,—pero en fin no hablemos de cosas pasadas ya que han tenido tan infaustos resultados.

En efecto, la conversacion tomó otro giro viendo nosotros que le disgustaba.

—Si todos los enemigos que la insurreccion pusiera sobre las armas fueran como V., le dijimos bajando la voz—estaría ya concluida, porque, ¿qué ánimo ni qué corazou hay bastante esforzado para resistir el brillo de esos ojos?

Luisa se sonrió tristemente.

—En verdad,—me replicó,—que me vá usted á hacer creer ser cierto lo que me dice, porque el avio en que me encuentra es tan poco á propósito para impresionar dulcemente, que si algo me queda, en los ojos puede residir únicamente.

Nunca se nos habia hecho tan corto el camino y nos encontramos en el poblado, cuando hubiéramos deseado que se hubiera alejado de nosotros para mantener por más tiempo tan gustosa plática.

Inmediatamente acompañamos á las presentadas á la presencia del capitan que las recibió, causándole igual sorpresa que nos habia producido á nosotros la vista de Luisa Gonzalez.

Despues de las indagaciones convenientes que sobre su procedencia se les hicieron, dispúsose que comparecieran ante el capitan de partido para que las pusiera en posesion de la casa que habian abandonado.

Allí tuvimos ocasion de visitarlas con mucha frecuencia, porque nos hicimos de la intimidad de aquella familia, á quien logramos inspirar una ilimitada confianza.

Cuando vimos por primera vez á Luisa arreglada, mostrando en su torneada y pre-

ciosa garganta un adereze de perlas; cuando la miramos peinada y destacándose entre sus negros y sedosos cabellos una flor encarnada; cuando miramos su vaporosa falda de holan, sentimos una impresion de asombro ante la belleza de aquel tipo, incomprensible para los que no conocen las hermosas cubanas. Y la impresion que sentimos debió revelarse en nuestro semblante, porque Luisa nos dijo con su sonrisa siempre deliciosa:

—¿Qué le pasa á V.?...

—Nada,—le contestamos,—ántes nos pareció V. sublimemente bella y ahora la encontramos arrobadora.

—A la verdad que no creia yo que los soldados españoles pecáran de galantes.

—No es pecado de galantería el que cometemos al decir á V. esto,—contestamos.

—Lisonja pura,—nos replicó.—¿Cómo es posible que una pobre jóven, que lleva todavia impresas en su rostro las huellas del sufrimiento, pueda parecer hermosa á los ojos de V.?

—¡Ah, Luisa! Usted sabe muy bien que hay acento de verdad en nuestras palabras. En el instante de verla á V., cuando marchaba con los vestidos rotos, con el pelo

suelto, con la fisonomía alterada por el hambre y los padecimientos, nos ha inspirado usted un sentimiento de atraccion y simpatía, imposibles de definir. Figúrese V. qué pasará por nuestra alma ahora que la vemos en el lleno de su belleza.

Cuando decíamos estas palabras veíamos en la mirada de la jóven una estrañeza que no dejó de causarnos cierta impresion.

—¿Qué,—le preguntamos,—¿duda V. de la sinceridad y buena fé de nuestras palabras?

—De ningun modo,—contestó.

—Es que habíamos visto como si V. no las diera crédito.

—¿Por qué?

—Porque hemos observado en sus ojos de usted algo de oscuro y de incierto que no ha dejado de llamarnos la atencion.

—Amigo mio,—nos dijo,—debo á usted favores y deferencias que no sabré nunca cómo pagarle; pero la mirada que V. traducia por incertidumbre no lo era. Yo le creo á V. y le considero mucho, muchísimo, la estimacion que me manifiesta, y me creo obligada por ella á ser con V. ingénua. Oyéndola, recordaba las negras pinturas que se hacian en el campamento, del soldado espa-

ñol, á quien se le representaba siempre como el tipo brutal, sucio, soez, grosero y desalmado, que nada respeta, y en mi mente se ofrecia un contraste entre lo que me han dicho y lo que yo podia juzgar por mí propia.

—Amiga Luisa,—le replicamos,—ese contraste sería mucho mayor si V. hubiera tenido ocasion de conocer y apreciar á otros de mis compañeros, porque aparte la modestia, somos de entre ellos los que menos valemos, y á V. la han engañado villanamente al hablarle mal del soldado español, que usted misma tendrá ocasion de juzgar por sí, convenciéndose de la exactitud de mis palabras.

—Confieso que si cuando abandoné estos lugares hubiera tenido el conocimiento que tengo ahora del soldado español, no me hubiera lanzado á correr la série de aventuras y dolorosas peripecias á que me he visto obligada.

—¿Con que de tal manera se nos dibujaba ante la crédula imaginacion de Vds.?

—¡Ah, sí, de un modo horrible! Ante nuestros ojos, los soldados españoles eran especie de caníbales, capaces de todas las atrocidades imaginables; y cuando desde lo

más umbrío de los bosques sabíamos la fiereza con que combatian, la pertinacia con que buscaban á los nuestros, batiéndolos y derrotándolos á pesar de su mayor número, se confirmaban nuestros pavores y los veíamos aparecer en la perturbada imaginacion con las sombrías líneas con que se nos los habia trazado.

—Pues no, Luisa; el soldado español es bueno, es generoso, es noble, es leal. Viene aquí, abandonando su pátria y su familia, para morir en lo insano de este clima, que no es el suyo, para sostener la bandera de su patria, para impedir que un puñado de ambiciosos suman esta tierra fértil y rica en un cáos de desventuras y horrores.

—¿Luego los españoles nos aman?

—¡Pues no han de amar á los cubanos, si son sus hijos, si les han dado su sávia, es decir, su sangre, su civilizacion, su alma!

La cabeza de Luisa cayó melancólicamente sobre sus hombros, abismándose sin duda alguna en recuerdos sobre los cuales nos era fácil poner el dedo.

—Permítanos V., Luisa, que interpretemos en este instante la extrañeza que le están causando nuestras palabras. Usted no las comprende, porque sabemos bien de dón-

de viene V. y el lenguaje que allí se usa contra España, á la que se le hace aparecer siempre con los colores más detestables. A usted, pobre niña, la han engañado, porque nuestra pátria sólo se inspira en la felicidad de sus hijos, y Cuba es para ella su hija más predilecta.

Luisa parecia escuchar nuestras palabras con interés y asentir á ellas.

Cumplida la mision, que nosotros creíamos patriótica, nos quedaba la de ir ganando poco á poco el corazon de aquella niña.

Todos los dias, todos los instantes que nuestros deberes militares nos lo permitian, corríamos presurosos á deleitarnos con la conversacion y con la presencia de Luisa, que poseia además una inteligencia clara que nos encantaba tanto como su figura deliciosa.

Ella sabia que habia conseguido inspirarnos un verdadero amor, pero en cambio nunca hemos podido saber si el sentimiento que ella tenia hácia nosotros traspasaba los límites de la amistad y la simpatía.

¡Qué magníficas veladas pasámos á su lado oyéndola cantar esas notas monótonas y especiales que forman los cantos del país!

Todavía, á pesar del tiempo trascurrido,

no hemos olvidado algunas de las coplas que hemos oido, y que decian así:

En medio de la sabana
Veo elevarse altanera
La solitaria palmera
Con su penacho de grana.
La voluntad soberana
Solitaria la formó,
En la soledad creció,
Sola siempre yo la ví;
Pero ¡ay! que ausente de tí
Mas solitario estoy yo.

—

Ya ni el sol que en el Oriente
De grana tiñe la aurora,
Ni la brisa bienhechora
Con su embalsamado ambiente,
Ni el agua que dulcemente
Besa el pintado alelí,
Ni la cancion del Totí
Que revuela en la espesura,
Me consuelan mi tristura
Cuando me acuerdo de tí.

—

Tú eres el ángel que vela
Por mi afligida existencia,
Tú la grata Providencia
Y quien mis males consuela,
Tú la fugitiva estela
Que el camino de la vida
A recorrer me convida
Entre perfumes y flores,

Tú el ángel de mís amores
Y mi esperanza querida.

—

Ya no goza aquel encanto
Que gozaba el pecho mio,
Y ya mi triste bohío
Se asemeja á un camposanto;
Ya no resuena mi canto
Modulando una jarana,
Y tarde, noche y mañana
Entre suspiros la paso,
Porque ¡ay! siento que me abraso
Y por tí mi amor se afana.

Con frecuencia era el canto interrumpido por la entrada de la madre de Luisa, que nos servia café y tabacos, con una amabilidad y un agrado que nos obligaban á aceptarlo con agradecimiento.

A medida que pasaban los dias ganábamos aprecio en el ánimo de aquella familia, que no tuvo reparo alguno en referirnos cuanto á ella hacía relacion, si quiera se refiriesen á cosas y á actos que por nuestra condicion de españoles debian sernos completamente antipáticos.

Por ella supimos que tenian en las filas de la insurreccion á su marido y hermano respectivos, los cuales se habian corrido al Camagüey al ser aniquiladas casi todas

las partidas que combatian en las Villas.

—¡Y bien! —preguntamos, —¿no tiene usted en el campo enemigo ninguna otra persona que inspire á V. otros sentimientos?...

—¿Qué quiere V. decir?

—Demasiado nos ha comprendido V.

—Porque no tengo seguridad de haberle entendido, es por lo que me he apresurado á contestarle.

—Lo que este señor quiere saber, dijo la madre de Luisa tomando parte en la conversacion, es si tú has tenido amores en el campamento.

—Nó,—contestó Luisa con gran acento de veracidad en sus palabras;—y luego dirigiéndose á su madre, añadió:—Usted lo sabe bien y que no he podido aceptar la pasion que se me ofreció en muchas ocasiones, algunas con una insistencia y porfía que marcaban el decidido afecto que yo habia inspirado. Pero vamos, ¿le inspira á V. algun interés aquello que pueda referirse á mí?

—No lo dude V., amiga mia. La primera impresion que V. me ha causado bastaria sólo para encender en mi corazon el amor que la profeso, pero habiendo tenido el inefable gusto de visitarla y de encontrar ar-

monizadas sus bellas prendas físicas con su parte moral, hoy no es una impresion pasajera la que tengo por V., sino una pasion profunda y estable.

—Que yo acepto,—nos dijo Luisa tendiéndonos la mano, que nos apresuramos á estrechar al mismo tiempo que sus grandes y rasgados ojos negros nos inundaban con una mirada dulce á la vez que tierna y melancólica.

—En este momento nos consideramos completamente dichosos y bendecimos las penalidades y las fatigas que nos han traido sobre el camino de un ángel que es V.

Aquella noche nos retiramos de la casa de Luisa, sintiendo en el alma una impresion que jamás habíamos sentido; y ansiábamos, aunque acabábamos de despedirnos, que viniera el dia siguiente para volver al lado de Luisa.

CAPÍTULO X.

Simpatías.—Historia de unos amores.—Desdenes.—Una insurrecta dentro de los insurrectos.—Huida.—Nuestro encuentro. —Amor aceptado.—Marchamos á la trocha.—El patriotismo mezclado al amor.—Una carta que nos dió que pensar.—Vénus cede su campo á Marte.

En efecto, en las primeras horas de la tarde estábamos ya en la casa de aquella hermosa niña, hácia la cual sin falsedad alguna esperimentábamos una nueva y desconocida impresion en nuestro pecho.

Por lo que á nosotros respecta, ¿habíamos logrado comunicarle un rayo, aunque tibio, de la pasion que ella nos habia inspirado? No lo sabemos; lo que sí podemos decir que no recelaba en demostrarnos una íntima y dulce simpatía, que si no era una correspondencia de amor, nos halagaba aunque no nos satisficiera por completo.

—Cuénteme V., cuénteme V. todo lo que á V. se refiera en lo tocante á los amores que haya V. tenido durante el tiempo que haya residido en los bosques.

—O yo no me he esplicado ó V. no me ha

entendido, amigo mio. No le he dicho á usted ayer que yo hubiera tenido amores con nadie. Lo que he tenido ha sido la desgracia de inspirar una pasion que me ha dado ratos muy amargos, porque no podia aceptarla, á pesar de que no dudaba de su certeza.

—Conque ¿es V. tan desalmada como todo eso?

—El corazon no se manda; yo no amaba al que me pedia mi cariño, y crea V. que hubiera querido corresponderle por la verdad y el respeto con que me adoraba.

—Pues bien; oiremos con gusto la narracion de esos amores inspirados por V., y acaso en ellos encontremos algo que nos aleccione para conseguir su completo agrado y estimacion.

—Si V. se empeña que la mortifique con un relato que no tiene nada de interesante lo haré para complacerle.

Y Luisa empezó á hablar y nosotros á escuchar con una atencion, como si fuéramos á oir la historia más maravillosa é interesante que se pudiera referir.

—Cuando se nos decidió,—empezó á decir Luisa,—á abandonar la vida cómoda y perezosa del poblado, se nos habia hecho creer

que la insurreccion duraria muy pocos dias, porque la España se hallaba sin fuerza alguna para contrarestar la rebelion de esta apartada colonia. Marchamos, pues, al campo, llevando nuestras ropas y la mayor parte de nuestros efectos, y no tardamos en encontrarnos con las filas insurrectas, entre las cuales empezamos á conocer amigos que nos guiaron hasta que dimos con los nuestros. Mi padre nos presentó á un compañero de mi hermano llamado Pancho, del que voy á hacer á V. un ligero retrato. Alto, moreno, depoblada barba, negra como el pelo, frisaria en los veintiun años, y una cicatriz ancha y profunda impresa á lo largo de su mejilla izquierda abonaba que poseia un corazon valiente y decidido.

Tenia con mi hermano una amistad íntima y fraternal, y siempre marchaban juntos en cuantas correrías efectuaban para sorprender al enemigo ú hostigarle desde la manigua.

A pesar del afecto que le profesaba mi hermana y de los diarios elogios con que me lo retrataban, Pancho no habia despertado en mi corazon hácia él otro sentimiento que el de la amistad. Cierto es que él nada me habia dicho, pero á través de sus miradas

largas y persistentes, sin duda porque nada me decian, comprendí yo que aquel jóven empezaba á amarme, mostrándome para no dar crecimiento á la llama que adivinaba empezaba á germinar en su alma, una indiferencia que sin lastimarle le indicase que no aceptaba sus amores.

Una noche dormíamos. De improviso llegaron al campamento los que habian salido de él, avisándonos que nos apreståramos para cambiar de sitio con objeto de desorientar á los españoles que en la madrugada debian caer sobre el campamento. Nos pusimos inmediatamente en vela para emprender, á través de la claridad de la luna que lucía sobre el cielo, una marcha rápida que nos alejase de aquellos parajes. Durante el tiempo que duró aquella travesía, Pancho me habló por primera vez de su amor.

—Luisa,—me dijo,—hoy he corrido gran riesgo de caer en manos de los españoles, ahora que amo más la vida y la independencia que nunca, porque te adoro.

Aquellas palabras me hicieron una impresion que, lisonjeando mi amor propio, no podian en manera alguna ser aceptadas.

—Siento mucho—le respondí—la pasion

que dices te he inspirado, si ella ha de ser causa de tu debilidad en la lucha. Además, Pancho, en estos azarosos momentos y circunstancias, no debemos ocuparnos de nada que tenga relacion exclusiva con nosotros mismos.

—Es, querida Luisa, que este amor me engrandece y fortifica. ¿Le sientes tú hácia mí?

No quise contestarle, uniendo mi voz á los de los que marchaban, abriéndose paso por entre las selvas fragosas por donde caminábamos. Sin embargo, al rayo de la luna veia sus ojos húmedos y su semblante lleno de una tristeza que me hubiera conmovido si yo pudiera amarle.

A los pocos dias de esta escena, mi hermano díjome que tenia que hablarme á solas. Adiviné que deberia ser sobre Pancho, y acerté en efecto.

—Pancho—me dijo en aquella conferencia—te ama con un amor loco, que es la preocupacion de todos sus instantes, y creo que tú has debido ya comprenderlo.

—Sí, lo sé, porque él mismo me lo ha dicho.

—Pues bien, es necesario que correspondas á ese cariño, que le alimentes con el

tuyo, porque Pancho es un bravo soldado de Cuba libre, y digna de que se honre una ciudadana como tú dándole su mano.

En aquel instante sentí flaquear el cariño que profesaba á mi hermano, y su tiranía me pareció irritante por lo injusta.

—Yo no amo á Pancho, y no amándole no puedo engañarle diciéndole frases que no salgan del fondo de mi conciencia.

—Luisa,—me replicó,—en este momento te considero una niña inesperta, porque si no habria de suponerte falta de la virtud, del patriotismo y de la abnegacion. Pancho es acaso quien alienta entre nosotros, con el corazon más henchido de ódio y esterminio hácia los españoles, y no hay una sola jóven que respire el aire de la independencia entre las selvas, que cobija á las que prefieren la vida nómada y errante del campamento al reposo de la esclavitud, que no tuviera á gran honra desposarse con tan bravo campeon de la bandera que luce la estrella solitaria.

—No niego yo, los méritos ni el esfuerzo de Pancho: pero ¿acaso no le engañaría vilmente jurándole un amor que no le profeso y que no podré profesarle nunca?

—Medítalo, reflexiónalo, porque al desai-

rarle nos darás no sólo á tu padre y á mí un disgusto profundísimo, sino que inferirás una grave ofensa á la religion política que profesamos y en cuyas aras estamos haciendo toda clase de sacrificios.

Este pequeño diálogo me causó una sensacion dolorosísima.

¿Debería desobedecer al mandato de mi padre, si como me atrevia á conjeturar, se mezclaba en este asunto con todo el peso de su autoridad? Examiné con serenidad mi conciencia, y mi conciencia me contestó sin embajes, sin reticencias: «resiste.»

Y formé el propósito deliberado, sereno, firme é inquebrantable de resistir.

—Ellos, mis compatriotas,—me dije á mi misma,—están aquí haciendo la vida de los azares y del combate, porque quieren ser libres, eminentemente libres, y proyectan destruir lo más sagrado de mi libertad.

Seré pues una insurrecta en el seno de los insurrectos.

—Bravo, Luisa,—no pude ménos de interrumpirla,—era V. completamente lógica.

—Siga V. escuchando. A todo esto, Pancho seguia obsequiándome de una manera atenta y delicada sin que pudiera negarme aceptar sus deferencias.

El me enviaba la mejor hamaca, el mejor potro que caia en sus manos, las provisiones que me pudieran ser más aceptables. Algunas veces en las horas de más calor, me buscaba para sentarse á mi lado, entre la espesura y frondosidad de los árboles. Aquellos momentos me eran muy dolorosos, porque ó tenia que encerrar en un silencio glacial é indiferente la contestacion que podia dar á la espresion de aquella pasion desventurada, ó formulándola en palabras, estudiar la manera de derramar la hiel con la frase ménos venenosa.

Mi padre no me habia hablado ni una sola palabra sobre los amores de Pancho.

Pancho enflaquecia ; su color mostrábase amarillento, como el del que lleva una profunda pena dentro del alma. Yo le compadecía; pero no podia amarle.

Los temores que yo abrigaba se cumplieron al fin. Mi padre me habló, y en su acento habia un tinte de severidad que nunca habia advertido en su palabra, siempre cariñosa, siempre afable y tierna conmigo.

—Es necesario,—me dijo,—que Pancho forme parte de nuestra familia, casándose contigo. Él te ama con delirio, y es bien digno de poseerte.

—Querido padre,—le repliqué respetuosamente, con la entereza de una meditada resolucion;—yo no puedo ser la esposa de Pancho, porque no le amo; y no amándole, nó podria ser nunca fiel esposa de ese jóven.

—Pero esa falta de cariño es sólo un capricho, una terquedad infantil. Pancho es jóven como tú, bien parecido, y ha conquistado entre los nuestros el aprecio y la consideracion de todos los buenos ciudadanos.

—Lo sé, y no pondré en juicio sus méritos; pero, á pesar de todo, nó le amo.

—Pues bien, tu padre te manda amarle y le amarás.

Pronunciadas estas palabras, me volvió la espalda y se alejó.

Acababa de cometer una desobediencia, y sin embargo no sentia el peso ni el remordimiento de mi conducta.

La primera vez que despues de esto volví á hablar á solas con Pancho, yo misma abordé resueltamente la cuestion.

—Amigo mio,—le dije,—voy á ser muy ingénua, muy franca, muy esplícita contigo, y empiezo pidiéndote perdon. No sólo mi hermano, sino mi padre, me han impelido á que te diera mi mano de esposa; pero

yo, que sé cuán indigna soy de tu cariño, me he negado á acceder á sus ardientes deseos, porque no te amo, aun cuando te admire y reconozca en tí las bellas y muchas cualidades que te hacen digno de la estimacion de todos.

Mis palabras caian gota á gota, como plomo derretido, sobre el corazon de Pancho, pero yo me habia dicho: «A grandes males, grandes remedios.»

—Bella Luisa, por mí mismo habia comprendido que no te habia inspirado amor alguno; pero tu resistencia parece indicarme no sólo la ausencia de toda simpatía, sino el comienzo del ódio.

—¡Odio! ¿Por qué ódio? Tú me has distinguido con una estimacion que yo no merezco; eres el primero de mis amigos, y engañándote no quiero convertirte en el último de mis amantes.

Pancho no veia; sus ojos se habian inyectado de sangre, y la mirada melancólica que muchas veces me asestaba, cambióse por otra de un brillo extraño y amenazador que me infundió miedo. Yo, sin embargo, estaba satisfecha, dispuesta á la lucha si era preciso acudir á ella para mantener mi resolucion.

En lo sucesivo, cuando Pancho me encontraba, no tenia para mí ni una palabra, ni un saludo, ni una deferencia; y en cuanto á mi hermano y á mi padre, los encontraba con un ceño y una dureza que nunca habian tenido para mí.

Unicamente en el regazo de mi madre, que me fortificaba, prestándome sus consuelos con la aprobacion de mi conducta, encontraba yo un refugio en el cual mitigar mis dolores.

La lucha era, sin embargo, insostenible, y no veia un término lisonjero de ella sino en el caso de que saliesen frustrados los cálculos de triunfo con que los nuestros se halagaban.

—Vamos,—le dijimos,—en medio del campo insurrecto empezó V. á hacer votos por el triunfo de los españoles.

—Es verdad, pero tambien temia que se ejerciera sobre mí alguna violencia, y era en extremo peligrosa la continuacion mia en el campamento insurrecto.

Una noche en que la partida, casi ya aniquilada por los contínuos descalabros que ustedes le causaban, se hallaba en las faenas de la campaña, le dije á mi madre:

—Mi padre no me perdona el haber des-

obedecido sus órdenes, y á Pancho no se le cerrará jamás la herida que mi negativa le ha abierto en su amor propio; no hay más que un medio de salvacion para mí en estos instantes; la fuga.

Mi madre comprendió el peso de las razones en que apoyé estas palabras, y sirviéndonos de guia una mujer parienta nuestra, la que ha visto V. que nos acompañaba, tomamos la direccion en que hemos tenido la fortuna de encontrarle.

Por consiguiente ha oido V. la narracion verídica de aquello que parecia preocuparle.

—Amamos á V. mucho más despues de haberla oido, porque revela su relato que tiene V. fuerza de voluntad; pero, hermosa Luisa, ¿seremos nosotros tan desgraciados como el pobre Pancho?

—Sólo,—nos respondió Luisa,—en la primera vista que tuvimos con V. alcanzó más que aquel con sus diarias protestas de amor probadas con su comportamiento.

—¿De manera que puede halagarme la idea de que algun dia nos ame V. con la misma pasion que le consagramos?

—No, amigo mio, no tenga V. esa esperanza,—nos dijo Luisa, dirigiéndonos una

dulce mirada que contrastaba con el fondo de sus espresiones.

—Es decir, que continúa V. siendo la implacable Luisa de la manigua.

—Digo que no tenga V. esa esperanza, porque—hizo aquí una pausa, y bajando despues la voz, añadió:—porque ya le amo. Ante esta deliciosísima frase vimos abrirse ante nuestros ojos de repente un encantado paraíso de ventura y felicidad, sin sierpes ponzoñosas y sin manzanas envenenadas.

Tomamos, enloquecidos de amor, las manos de Luisa, más suaves que el albérchigo y más torneadas que las de la Venus de Tiziano, y le prometimos desposarnos con ella, en cuanto la guerra nos permitiera sin mengua retirarnos del servicio.

El trato íntimo y diario que manteníamos con aquella familia, se hacía de momento en momento más estrecho. Considerábannos ya como de la familia, y nosotros fuimos los encargados de poner en su noticia la muerte de su padre, víctima de su obstinacion y terquedad en esgrimir sus armas contra la bandera de España.

En cuanto á su hermano, por noticias que habíamos podido adquirir, se habia pasado

al Camagüey, donde continuaba unido á las filas de la insurreccion.

Nunca nos fué tan penoso y sensible acudir á donde nos llamaba nuestro deber de soldados como cuando salimos de aquel poblado en direccion á la trocha, que reclamaba nuestra presencia.

La despedida fué tierna y afectuosa, y por ella salíamos lisonjeados de haber conseguido que Luisa nos amase, con un cariño profundo, porque sus ojos derramaron abundantes lágrimas que nos enternecieron. En tanto que durase la ausencia, prometimos escribirla para que no nos fuera tan penosa, y ella por su parte nos manifestó que tendria gran complacencia en contestar á nuestras cartas.

A nuestra llegada á la trocha nos faltó tiempo para escribirla: «Tengo tu imágen grabada en el alma, Luisa mia, y las horas se me hacen siglos, porque no puedo verte, porque no puedo tener contigo esas conversaciones agradabilísimas que formaban todo nuestro encanto. ¿Te acuerdas tú de mí con la misma persistencia que yo? Entonces de seguro que me dedicas los mayores instantes del dia, y que tienes sueños muy agradables y deliciosos con mi

imágen como los tengo yo con la tuya.

»Nunca apetecí con la vehemencia que ahora que la guerra termine, y nunca tampoco me han parecido tus paisanos más culpables que en estos momentos que retrasan el dia en que pueda llamarte mia.

».Cuando pienso que has sido insurrecta y que vas á casarte con un soldado español, no sé qué me pasa. Preparate á amar á España tanto como me amas á mí, porque ese y el amor que tengas á tu madre, serán los únicos que no me causarán celos. Contéstame en seguida.»

Aguardamos con gran ansiedad la contestacion á esta carta; cuando la recibimos nos deleitábamos contemplándola como el usurero las monedas de oro que encierra en su gabeta. Decia así:

«Mucho placer he recibido con tu carta y recuerdo con la misma viveza que tú los dias que venias por esta casa donde pasamos tan escelentes ratos. Yo, como tú, deseo que llegue pronto el instante de realizar nuestro matrimonio; pero si esperas para realizarlo á la terminacion de la guerra, el plazo me parece largo, muy largo. Mi madre te envia sus memorias.»

La lectura de esta carta nos hizo quedar

pensativos, encontrando algo de estraño en ella que estaba muy lejos de satisfacernos.

¿Qué queria decir aquello..... *pero si esperas para realizarlo á la terminacion de la guerra, el plazo me parece largo, muy largo.*

¿Era esta una frase natural de impaciencia ó de doble sentido é intencionada? Sumíannos las conjeturas en un dédalo de dudas que nos hicieron escribir de este modo para saber á qué atenernos:

«He recibido la tuya y me apresuro á contestarla, diciéndote que continuo firme en mi propósito de no casarme contigo en tanto que dure la lucha empeñada con los ilusos á quienes en pago de haberles dado nuestra sangre y la civilizacion, quieren arrojarnos de este suelo, que si es rico, próspero y feliz, nos lo debe á nosotros.—Si el combate se prolongara, calcula tú si por el amor que te profeso no habria de sentirlo yo; pero ese mismo amor, que es grande, que es inmenso, no hará caer el machete de mi mano en tanto que mi patria reclame mis pobres y oscuros servicios.»

A esta carta tardamos más de quince dias en recibir contestacion. La que obtuvimos fué esta:

«Veo que persistes en tu idea y lo siento

porque me has sido grandemente simpático, y de tus palabras he deducido que me amas con verdadera pasion. Tú juzgas que la guerra empeñada se acabará dentro de un pequeño plazo; en esto disentimos y desde ahora te declaro que desde que el mundo es mundo no habria habido pasion más consecuente que la tuya si durase todo el tiempo que ha de durar la guerra, hácia cuyo fin fias tú el cumplimiento ó realizacion de nuestra boda.»

Estrujamos entre los dedos esta carta qué nos pareció un pregon insurrecto y desde aquel instante no quisimos estimular y dar pábulo á unos amores que, si habian nacido espontáneos, teníamos fuerza sobrada de voluntad para convertir en pavesas.

El tiempo nos probó que habíamos estado muy cuerdos al adoptar esta resolucion y colocar la idea de la patria sobre toda afeccion individual. Ya referiremos en otro lugar por qué decimos esto.

CAPÍTULO XI.

Pancho Jimenez atraviesa la trocha.—Creacion de guerrillas locales.—Fuerzas del brigadier Acosta.—Desastre de nuestr as guerrillas.—Entrada de los insurrectos en Sancti-Spiritus.—Inesplicable actitud del comandante general.—Unas líneas de esplicacion que condenan.—Una disculpa del señor Marqués de la Habana.—Relevo del brigadier Acosta.—Medidas del general Figueroa.—Sus resultados.—Los voluntarios de Camajuaní.

El primero que logró penetrar en las Villas occidentales desde el Camagüey, á pesar de la línea militar del Júcaro, al frente de una escasa partida, fué el cabecilla Pancho Jimenez, á quien siguió con el intervalo de un mes escaso el llamado Carrillo, aumentándose así el contingente que tenian los insurrectos en las Villas que, aunque se consideraban poco ménos que pacificadas, no por eso dejaban de mantener el foco de la insurreccion, y aunque el general Portillo, al encargarse del mando militar de Puerto Príncipe, llevara consigo una gran parte de las tropas que las guarnecian, todavia quedaban en ellas en el mes de Julio, sobre unos 12.000 hombres. Con estas fuerzas no

hay para qué decir que habia sobrados elementos para combatir las insignificantes bandas que discurrian por aquel territorio.

El gobernador superior de la isla de Cuba Sr. Marqués de la Habana estendió el mando del brigadier Acosta, jefe militar de la línea del Júcaro á Sancti-Spiritus y San Juan de los Remedios, autorizándole para movilizar voluntarios y bomberos, para crear guerrillas locales, aumentando las fuerzas de las compañias de guerrillas con soldados de los batallones del ejército; colocando además á sus órdenes jefes tan distinguidos y de tan notoria esperiencia militar como los Sres. Naval, Jaquetot, Joller, Andreu, Fortun y Vergara, cuyos dos últimos mandaban los intrépidos voluntarios de caballería de Camajuaní, que habian ilustrado sus nombres en cien combates con gloriosísimos hechos de armas.

Por consiguiente, el brigadier Acosta podia disponer entre las tropas que cubrian la línea del Júcaro y las jurisdicciones de Sancti-Spíritus y San Juan de los Remedios, de cuatro batallones de ejército, uno de milicias de color, un batallon de bomberos movilizados, un batallon de guerrillas montadas de ocho compañías con fuerza de

1.200 plazas, compuesto en su mayor parte de soldados del ejército, 2.800 voluntarios movilizados, que guarnecian la línea, 300 guardias civiles y más de 600 caballos de Guardia civil, regimientos de milicias y de de voluntarios movilizados, mas las guerrillas locales que en gran número se organizaron.

La persecucion, de las partidas de que ántes nos hemos ocupado, apareció en un principio muy eficaz, alcanzando gran distincion tanto el batallon de la Patria, á las órdenes del teniente coronel Andreu, como los voluntarios de Camajuaní, que operaban, lo mismo que aquel batallon, bajo el mando del coronel Fortun y teniente coronel Vergara. Sin duda alguna, y merced al esfuerzo y buena voluntad de tan acreditados jefes, las partidas de Pancho Jimenez y Carrillo hubieran sido aniquiladas, si el brigadier Acosta, halagado con la idea de la presentacion del primero de estos insurrectos, no hubiera paralizado las operaciones, ocasionando con ello un desastre para nuestra patria de sangrientas y dolorosas consecuencias; porque Pancho Jimenez aprovechaba aquella tregua, reconcentrando sus fuerzas en Caramaganaba con objeto de caer

sobre tres compañías de guerrilla que marchaban en aquella direccion. Nada ménos que 46 muertos, entre ellos cinco oficiales y la pérdida de 104 caballos nos costó aquella emboscada, que no hubiera ocurrido si el pelear hubiera sido como hasta entonces incesante, y no se hubieran forjado ilusiones, de las cuales se encargaba de sacar al que las imaginaba la más triste y severa de las realidades.

Pero este suceso por triste y sangriento que aparezca tiene una esplicacion. El que no le tiene es la entrada ocurrida tres dias despues en Sancti-Spíritus, á la una de la noche, por 250 insurrectos, que penetraron á caballo por aquella ciudad, donde permanecieron dos horas visitando todos los establecimientos públicos y hasta las bodegas, donde acudieron como tranquilos ciudadanos, á tomar cerveza y otras bebidas.

Y no es que Sancti-Spíritus se encontrara desguarnecida y huérfana de toda autoridad militar. El brigadier Acosta, que mandaba en jefe las tropas de operaciones de aquellas jurisdicciones se hallaba allí con 800 voluntarios, 200 bomberos, alguna fuerza de la Guardia civil y la de guerrillas que le acompañaba siempre.

Sin embargo, no sonó un tiro ni se hizo una demostracion de hostilidad hácia el enemigo, produciendo, como era natural que produjese semejante escena, honda irritacion en el ánimo de todos los que sentian discurrir en sus venas una sola gota de sangre española.

No se sabe aquí cuando se profesa el severo principio de la milicia, qué es más digno de censura, si el no custodiar las avenidas de la poblacion para tener aviso de la proximidad del enemigo, ó el de no cumplir los deberes de ordenanza, llevando á cabo una resistencia personal y sola, cuando no pudiera hacerse en colectividad.

Como en las cuestiones de la milicia no conocemos otro Código que el cumplimiento más exacto y delicado del deber, parécenos un sacrilegio militar lo que se dice por el brigadier Acosta esplicando aquellos sucesos:

«En tres cuartos de hora,—escribe,—que permanecieron los insurrectos en la ciudad respetaron personas y efectos, pagando lo que tomaron y dejando en libertad á muchos jefes y oficiales que encontraron en la calle en direccion á los puntos que todos tenian señalados en la órden general, á los cuales no acudieron las fuerzas de volunta-

rios ni de bomberos ascendentes, las primeras á más de 800 hombres y á unas 200 las segundas, dispersándose sus retenes, guardias y patrullas, por la sencilla razon de no querer nadie singularizarse contra un enemigo que todo lo respetaba y á nadie dañaba.»

Y como si estas declaraciones fueran poco graves, todavía añade despues, «que en la prevision de que grandes fuerzas enemigas podian invadir pronto el distrito, pretendian todos contemporizar con la fuerza de los acontecimientos futuros,» palabras de las cuales nuestra condicion de españoles y de admiradores de aquellos de nuestros compatriotas que voluntariamente llevan las armas en defensa de la integridad nacional, nos obliga á tomar acta para rechazarlas en su nombre, que es el nuestro propio; y no queremos descender á probar con hechos claros y terminantes que los que han sabido mostrarse siempre á la altura de la patria, que tan gloriosas tradiciones militares conserva, no podian por la idea de la contemporizacion, permanecer en calma, viendo en su propio seno á los insurrectos como pretende el brigadier Acosta, que lo hicieron por conveniencia propia.

Verdad es que el juicio que de los nues-

tros hace nos parece de alta honra, teniendo en cuenta que al ocuparse de los devastadores, de los asesinos, de los traidores, de los incendiarios de Cuba, los supone sobrados de valor é idoneidad para la guerra y dotados de una abnegacion sin ejemplo.

A pesar del insólito suceso de Sancti-Spíritus que hemos referido, el brigadier Acosta no fué sometido á un Consejo de oficiales generales, con notable escándalo para cuantos profesan la estrecha religion de la Ordenanza.

El mismo marqués de la Habana, capitan general por entonces de la isla de Cuba, se cree obligado, al ocuparse en la *Memoria* que publicó el año pasado sobre la guerra de aquella Isla, á consagrar algunas líneas como en disculpa de su benevolencia.

«La destitucion,—dice,—en el mando de aquel brigadier y la formacion de una causa habria sido la medida que hubiese adoptado en vista de la gravedad de aquella falta militar, si no me hubieran detenido consideraciones políticas y las personales que siempre tuve al brigadier Acosta, por las pruebas que habia dado de su amor á España, siendo hijo de la isla y teniendo grandes intereses en ella.»

Sea dicho con el profundo respeto que nos inspira la autoridad de tan eminente general, á nuestra condicion de soldados no le satisfacen las razones aducidas por el marqués de la Habana para dejar sin el oportuno correctivo una falta, tanto más grave, cuanto que las palabras escritas despues por el brigadier Acosta la ponen de relieve.

Lo único que el capitan general de nuestra antilla hizo, fué encargar al brigadier D. Pedro Zea, que se hallaba de jefe de E. M. de la capitanía general, del mando de todas las fuerzas que guarnecian el territorio de Las Villas, quedando el brigadier Acosta á sus inmediatas órdenes, el cual, á pesar de haber aceptado tal posicion, no tomaba parte alguna en las operaciones, obteniendo algunos meses despues licencia para venir á esta córte para gestionar cerca del Gobierno se le levantase el embargo impuesto por sentencia del tribunal á los bienes de su esposa, tambien cubana.

Aunque, como hemos visto, la poco acertada conducta del brigadier Acosta habia sido causa no sólo de que no quedaran deshechas las partidas de Carrillo y Pancho Jimenez, sino que aumentaran su crecimiento, merced á la inaccion de que antes nos

hemos ocupado, no titubeó el general Figueroa ante la noticia de la entrada de los insurrectos en Sancti-Spíritus y de la accion de las Charcas, en disponer que el brigadier Esponda, con los batallones de su mando, acudiese á la jurisdiccion de Sancti-Spíritus, reforzando á poco la línea del Júcaro con dos batallones y dos escuadrones de la segunda division que guarnecia el departamento Central. Con tales refuerzos coincidian las atinadas disposiciones tomadas por el brigadier Zea con objeto de desbaratar las partidas que tenian alterada la quietud que habia empezado á disfrutar el territorio de Las Villas, y con ser la estacion en que operaban la más contraria para la faena militar (aludimos á la estacion de las lluvias, que caian á la sazon con más abundancia que nunca) consiguió batirlas y dispersarlas completamente, en tales términos, que para salvarse, despues de perder casi todos sus caballos, tuvieron que dividirse en grupos de cuatro y seis hombres.

Son dignos de ser aquí citados, por la brillante parte que tuvieron en aquellos encuentros y operaciones, los tantas veces citados con encomio voluntarios del regimiento de caballería de Camajuaní, que se halla-

ban, con su coronel D. José Fortuny y su teniente coronel D. José Vergara, en constantes operaciones en la jurisdiccion de Remedios y Sancti-Spíritus, sintiendo sólo al cerrar este capítulo haber encontrado ocasion y motivo de dirigir algunas palabras de censura, porque cuando de objetos tan sagrados como los de la pátria se trata, nos duele encontrar cosa alguna que no merezca el pláceme de sus hijos, y errores y equivocaciones que no se inspiren en la fuente del más acendrado patriotismo.

CAPÍTULO XII.

Ligera descripcion de la trocha militar.—Posiciones del enemigo en el departamento Oriental.—Descalabros.—Deseos manifestados por los españoles del Camagüey.—Fuerzas que acompañan á Portillo.—Accion de Naranjo.—Propósitos de Máximo Gomez.—La accion de las Guásimas.—Aumento de la insurreccion en el Camagüey y departamento Oriental.—Su miseria.—Relevo de Portillo.—Necesidad de reforzar nuestras columnas.

Ya hemos dicho que la trocha ó línea militar primera que se construyó en la isla de Cuba con objeto de impedir que se comunicasen entre sí los insurrectos de las Villas y los del Camagüey ó departamento Central, fué la que partiendo de la bahía del Júcaro en la costa Sur atravesaba las poblaciones del Ciego de Avila y Morón, espirando en la costa Norte, sobre la estremidad del estero de Morón.

En todo el trayecto de la línea nuestros soldados construyeron pequeños fuertes, separados entre sí por una distancia de 1.600 metros y unidos por una empalizada que impedia toda comunicacion entre una y otra banda. Los montes á vanguardia y retaguar-

dia de la línea se desmontaron en una estension de 500 metros, al propio tiempo que se comenzaba la esplanacion de un ferrocarril que se abrió poco despues á la esplotacion entre el Júcaro y la Soledad.

Los insurrectos que quedaban en las Villas comprendieron desde luego la importancia de esta obra y se apresuraron á pasarse al Camagüey antes de que se hallara terminada, é interrumpida por consiguiente toda comunicacion.

La incesante persecucion que las partidas sufrieron al terminar el 71 y primeros meses del 72, en cuya época se consagraron á la persecucion del cabecilla Calisto Garcia, la mayor parte de las fuerzas de los departamentos Central y Oriental, produjeron grandes bajas por enfermedad en las tropas, á causa de su incesante movilidad. Por lo que respecta al enemigo su situacion era tan descansada, que sólo se preocupaba de su organizacion é instruccion formando entre otros, tres campamentos principales; uno en Punta Pilon; otro en la Jaya; orilla de la confluencia del Canto y Contramaestro, amagando á Holguin, Cuba y Bayamo, y otro en la Mariposa, amenazando á Manzanillo; cuyos tres campamentos contaban so-

bre tres mil hombres, constituyendo cada uno de por sí un pueblo con mujeres y niños, mercados, almacenes, lugares para bailar, enfermerias; todo, en fin, lo necesario para las atenciones de una poblacion.

Como en aquellas circunstancias las operaciones militares se hallaban como suspendidas, y por consiguiente la persecucion de los insurrectos, hasta entónces tan obstinada, se encontrara paralizada por consecuencia de no ser suficientes nuestros destacamentos para cubrir los poblados y las zonas de cultivo, sucediéronse los ataques á los poblados y encuentros que nos fueron con frecuencia desfavorables, aun á trueque de la heroicidad de defensas, tales como las que se hicieron en Baire, Jiguaní, Bueyeito, Veguitas y otros de no ménos reconocida importancia.

Si alguna vez los enemigos de España en aquellas apartadas regiones pudieron halagarse con la idea de ver abatida nuestra bandera, fué sin duda á raíz de aquellos contratiempos que, eslabonándose, parecian ser como el comienzo de nuestra postracion militar. A la accion dada en el cocal del Olimpo en Mayo, por el teniente coronel Abril, muerto en ella, como una gran parte de los valientes soldados que mandaba, sucedia en

Junio la del Zarzal, donde murió tambien otro teniente coronel; á la del Zarzal la del Yucatan; á la del Yucatan la emboscada del batallon de Talavera; á la sorpresa de Talavera, sucedida en Agosto, el saqueo de Nuevitas y Santa Cruz del Sur; al saqueo de Nuevitas y Santa Cruz, la derrota de la columna del teniente coronel D. Angel Gomez Dieguez, que cayó atravesado por un balazo y que fué hecho prisionero, negándose á tomar alimento alguno hasta el momento de espirar; y en fin, el sáqueo y quema del poblado de Auras y los ataques, igualmente desastrosos, de la Zanja y Manzanillo en Octubre y Noviembre respectivamente. Y como si todo esto no fuera bastante, la columna mandada por el teniente coronel Vilches, compuesta de 600 hombres, fué batida en Palo Seco, abandonándose ó destruyéndose muchos de los antiguos poblados que servian de campamento y de campo de operaciones, con objeto de reconcentrar nuestras tropas para formar con ellas varias columnas, compuestas de diversos batallones.

En vista de tan repetidos desastres, los españoles del Camagüey clamaron á una sola voz por la presencia del brigadier D. Ma-

nuel Portillo, que tan relevantes dotes de distinguido militar y hombre político habia dado en Las Villas, de cuyo mando habia estado encargado. El brigadier Portillo marchó, pues, á la capital del Camagüey con dos batallones, dos compañías de guerrillas y un regimiento de caballería de los que habia tenido á sus órdenes en el territorio de Las Villas.

Para comprender cómo estaria el Camagüey de insurrectos, baste decir que una compañía de asturianos, nombre que llevaba el batallon de Covadonga al ser refundido, habia salido á las cercanías de Puerto-Príncipe con objeto de forrajear, fué macheteada, librándose de la muerte sólo dos ó tres de sus individuos.

El brigadier Báscones, unido al coronel Armiñan, con una fuerza en junto de cinco batallones, un regimiento de caballería y dos piezas de montaña, alcanzaron en Enero del 74 al enemigo en Naranjo, trabándose una accion tan ruda, que si es verdad que los nuestros conservaron el campo de batalla, no lo es ménos que lo consiguieron con bajas de consideracion, declarándose en retirada al siguiente dia, aunque haciendo frente á los insurrectos en Mojacasabe, que

siguieron á nuestra columna hasta cerca del punto llamado Juan Gomez.

Envalentonado el enemigo con la série de ventajas que en esta parte de la Isla habia obtenido, reconcentrados los nuestros en Puerto-Príncipe desde que ocurriera la accion de Naranjo, ocupábase en mejorar y aumentar su caballería, preparándose á caer sobre nosotros desde Najasa y Jimaguayú, con el propósito de dominar así toda la estension de aquel departamento; pero claro está que al tomar la insurreccion esta preponderancia en el Camagüey, deberia preocuparse con la idea de llevar nuevamente la vida de actividad á Las Villas, donde, como ya hemos visto, yacía espirante el foco de la insurreccion. Así es que formaron los planes de que Máximo Gomez tratase de flanquear este punto, mientras que Calixto García se dirigiria hácia el extremo oriental para llamar la atencion de las tropas por aquel lado. Para desbaratarlos salió de Puerto-Príncipe el brigadier Armiñan con seis batallones, 700 caballos y dos piezas de montaña con direccion á la zona Sur, donde encontró al enemigo sobre el rio San Pedro, trabándose en la finca denominada de las Guásimas una reñida accion, de cuya importancia se podrá

formar un cálculo por el número de heridos de los nuestros, que ascendieron á 400.

Aquel jefe, que dió muestras allí de una inteligencia y un esfuerzo dignos de un militar español, se vió obligado al acampar á la vista del enemigo para salvarse de la crítica situacion en que se encontraba, ordenar por la noche á su caballería que rompiese la línea enemiga, llevando por las Yeguas noticia al general Portillo para que le auxiliase; el cual hizo salir al brigadier Báscones con dos batallones, algunos escuadrones y dos piezas de montaña para reforzar al brigadier Armiñan y Báscones, aunque tuvo que sostener un reñido combate en Jimaguayú pudo reunirse á Armiñan, logrando apenas las dos columnas contener al enemigo, que nos vino molestando hasta cerca de la finca llamada Cachaza.

Cuando nuestros bizarros soldados, que componian un total de ocho batallones, cuatro piezas de montaña y 800 caballos á las órdenes de jefes tan bravos como los brigadieres Báscones y Armiñan, se veian obligados á batirse en retirada á Puerto-Príncipe, júzguese cuál sería el número de los insurrectos.

Todo lo que la insurreccion habia men-

guado en Las Villas, se presentaba pujante y amenazadora en el Camagüey y departamento Oriental, efectuándose el hecho de que los presentados en fechas anteriores á prestar obediencia y sumision al gobierno español, marchaban de nuevo á las filas insurrectas, llevando más esperanzas que nunca del triunfo de la rebelion.

En cuanto á los pueblos y poblados, como sufrian un bloqueo constante de los insurrectos, arrastraban una existencia penosa y miserable; y como por influencias naturales de la guerra habian desaparecido las zonas de cultivo, se dejaba sentir la mayor miseria.

Poco ménos aflictiva que la situacion del departamento del Centro, era la del departamento Oriental, porque aparte de la dificultad con que se resguardaban zonas tan ricas como las de Guantánamo y Santiago de Cuba, otras casi tan escelentes sufrian las onerosas cargas de los rebeldes.

Cuestiones habidas entre el general Portillo y el marqués de la Habana, gobernador superior á la sazon de la isla de Cuba, hicieron que este le relevase con el general Figueroa, que marchó á Puerto-Príncipe con las instrucciones de asegurar la vía férrea, la línea militar del Baja y los puntos

guarnecidos en aquel departamento, observando á Máximo Gomez, para que no hiciera movimiento alguno en direccion de Las Villas, con objeto de evitarlos ó prevenirlos.

En efecto, una fuerte partida mandada por aquel cabecilla hizo la marcha para invadir Las Villas, y el general Figueroa, saliéndole al encuentro, obligó hacer retroceder al enemigo, regresando los nuestros á poco á Puerto-Príncipe con la mira de dejar allí los enfermos, saliendo nuevamente para atacar á Máximo Gomez, sin volver á Puerto-Príncipe hasta que los deshechos temporales de aguas superiores á cuantos en otros años se habian conocido, los obligó á buscar sus cuarteles.

En el Centro Máximo Gomez era la preocupacion más constante y asídua de nuestros generales, pero la suerte de las armas, aunque no de una manera tan fatalmente constante como hemos manifestado, no dejaba todavía de sernos adversa. La fuerza del enemigo habia imposibilitado el antiguo sistema que tan buenos resultados habia producido en Las Villas, de dividir mucho nuestras columnas. Ahora era preciso que fuesen fuertes y numerosas para precaver contingencias como las que nos habia ense-

ñado una costosa y sangrienta esperiencia.

Los insurrectos batieron una pequeña columna de 200 hombres de la Guardia civil, y este suceso y la destruccion del poblado de San Gerónimo y la rendicion de sus fuerzas hicieron que el general Figueroa, al frente de cinco batallones, marchase sobre el enemigo. No pudo encontrarle, pero en cambio adquirió allí la certeza de que nuestras tropas que guarnecian el poblado de San Gerónimo se habian entregado casi sin hacer resistencia, por lo cual el capitan y teniente que mandaban los fuertes fueron sometidos por su conducta á un consejo de guerra de oficiales generales que les impuso la pena capital, de que fué indultado el capitan, y la degradacion y diez años de presidio al teniente.

CAPÍTULO XIII.

Cambiamos de cuerpo.—Llegada á Santiago de Cuba.—Captura del *Virginius*.—Españolismo de los voluntarios.—Desconfianzas.—Fasilamiento de Bernabé Varona (a) Bembeta y compañeros.—Temores.—Regreso á San Luis.—Muerte del cabecilla Pedro Orquiza.—Encuentro del Ciego de las Tunas.—El comandante Prast.—Regreso á San Luis.—Reparaciones.

Al terminar el mes de Setiembre de 1873 abandonamos el batallon de cazadores de Andalucía en que servíamos y la trocha militar del Júcaro para pasar á Santiago de Cuba á incorporarnos al de cazadores de Alba de Tormes, que por efecto de haberse corrido las partidas de Calisto Garcia y Pancho Vega hácia aquella jurisdiccion, con el fin de destruir la propiedad é invadir la rica y floreciente zona de Guantánamo, operaba por los conocidos términos de Monte Rus y Ramon de las Yaguas.

¡Qué triste es para un soldado abandonar á sus compañeros de glorias y fatigas y los jefes que le guian á la victoria y le fortalecen con el ejemplo del deber!

En el batallon de Andalucía habíamos

corrido muchos peligros, es verdad, pero estaban unidos á él tantos recuerdos de honor militar y de alegria, que nos separamos de sus filas con no sabemos qué sentimiento de tristeza en el corazon.

Llegábamos á Santiago de Cuba en una fecha célebre en los fastos de la campaña, y cuantos sentian circular por sus venas una sola gota de sangre española se hallaban en aquellas circunstancias en un periodo de escitacion y de irritabilidad, fáciles de esplicar.

Nuestro vapor de guerra *El Tornado* habia apresado sobre la costa el *Virginius* que con cargamento de armas, municiones, equipos, vestuarios, caballos y alguna gente, bordeaba la costa de nuestra gran antilla con el propósito de hacer en ella un alijo, desembarcando al mismo tiempo á los cabecillas Bernabé Varona, conocido por Bembeta, al titulado general de artilleria, O'Rian, Jesus del Sol, nombrado comandante general de Las Villas y otros cuantos aventureros que habian hecho ya parte de la campaña en Cuba y volvian con el ánimo de continuar alimentando la insurreccion. Grande júbilo causó en todo Santiago de Cuba la entrada en su puerto del buque apresado, notándose, sin embargo, una gran preocupacion que

oscurecia el universal contento que reinaba ante la sospecha de que la diplomacia americana arrancase de nuestras manos la presa que en defensa propia habíamos hecho y con la cual heríamos profundamente los intereses de la insurreccion.

Los voluntarios de Cuba, es decir, aquellos españoles de más vivos sentimientos de adhesion y lealtad hácia la madre patria, empezaron á mirar este asunto bajo el punto de vista de su patriotismo, dispuestos á no admitir coaccion que empañase el fallo severo de la justicia y á rechazar toda mistificacion y embólismo, procediera de quien procediera.

Los agentes consulares de la república Norte-Americana desplegaron desde el primer momento un celo exagerado y acomodaticio para quitar al apresamiento del *Virginius* la importancia que tenia, retorciendo todos los argumentos con el ánimo de probar que aquel buque era americano y súbditos de aquella nacion los que cobijaba su bandera. Y si se añade á esto que todos los buques surtos en el puerto, de aquella nacion abogaban con calor por las opiniones internacionales de su representante, podrá formarse una idea de la escitacion general de los ánimos.

Temíase por otra parte que el Gobierno español diera muestras de alguna debilidad, no tanto por el temperamento de cobardía, sino rindiendo un exagerado culto á los principios de humanidad que forman el credo do los partidos más avanzados.

Desde el momento en que por todas estas circunstancias el estado de la opinion podia conflagrarse, el comandante general de aquel departamento, brigadier Burriel, dispuso la venida del batallon Alba de Tormes, con objeto de custodiar los presos y darles la guardia, en tanto no recayera la sentencia que deberia dictarse sobre aquel suceso, á todas luces pirático y criminal.

A los pocos dias de la aprehension del *Virginius*, el tribunal militar oportunamente constituido impuso la pena de ser pasados por las armas á todos los insurrectos que á su bordo conducia aquel vapor, escepcion hecha de los que no tenian edad para sufrir la pena de muerte, ó que de los procedimientos del sumario aparecieren sin ninguna culpabilidad.

El primer dia fueron, pues, fusilados en las tapias del cementerio de Santiago de Cuba, Bembeta, O'Rian, Jesús del Sol y otros que marcharon al sitio de la ejecucion

desde las prisiones con entereza y serenidad, dando pruebas de ser indignos soldados de una causa tan poco justa y razonada como la de Cuba.

Nos habia tocado hacer la guardia á estos insurrectos durante las horas de capilla, siéndonos bastante simpático por la compostura de su lenguaje, y su aptitud noblemente espresiva, Bernabé Varona (a) Bembeta. Producíase como una persona esmeradamente educada, y manifestaba una dignidad que enaltecia los errores que le llevaban al sepulcro en lo más florido de su vida.

Sin que conozcamos fundadamente ningun dato biográfico que haga referencia á su persona, fácil era colegir que habia seguido una carrera literaria y que pertenecia á una familia, si no holgada, de bienestar y acomodo.

En cuanto á Jesús del Sol, que representaba de 36 á 40 años, era una figura vulgar que no inspiraba sentimiento alguno de compasion é interés. De todos ellos fué el que vió aproximarse la última hora con ménos valor.

Tanto estos fusilamientos como los que en mucho mayor número se llevaron á cabo

en los dias posteriores, lejos de impedir que se calmara la escitacion pública, que el apresamiento del *Virginius*, habia originado, produjo una alarma general, creyéndose llegado el caso, por la severidad de la justicia aplicada, de un *casus-belli* con la república Norte-Americana. Así que la fuerza de nuestro batallon se dedicó á construir en Cayo Ratones una batería que defendiese la entrada de la bahia por si los buques de aquella nacion intentaban algo contra el puerto.

La escitacion no era sólo de Santiago de Cuba, era de toda la isla en general, desde el pueblo más pequeño al más grande, y nunca territorio alguno dió pruebas de más unanimidad que el de Cuba para aceptar todas las consecuencias que proviniesen á consecuencia de la captura del *Virginius*.

La Habana, con ser una de las ciudades más eminentemente comerciales del mundo, probó en esta ocasion hallarse dispuesta al sacrificio de fortunas y vidas, antes que pasar por la vergüenza y el oprobio de que personas estrañas detuvieran los fallos de la justicia, alentando así unos procederes piráticos y criminales, como lo eran, bajo todos los puntos de vista de una razon serena y

natural, los que se intentaban y fueron desbaratados con un ardimiento verdaderamente español por nuestro vapor de guerra *Tornado*.

La firmeza mostrada en este asunto por el comandante general de Santiago de Cuba, brigadier Burriel, le alcanzó una grandísima popularidad y aprecio en toda la isla, que se apresuraba á enviarle sus plácemes y las muestras de la más perfecta simpatía.

En los primeros dias de Diciembre regresó el batallon de Alba de Tormes á San Luis, de donde procedia, racionándose para emprender las operaciones por la zona del Cobre, terminando el año sin que los encuentros que tuvimos con el enemigo sean dignos de ser referidos por su escasa importancia.

El 6 de Febrero encontramos á los insurrectos en el punto llamado de San Miguel, que se hallaban emboscados en la manígua, desalojándole de ella despues de un corto tiroteo. A pesar de la persecucion emprendida, hasta el 8 no logramos alcanzarle en Concepcionita, donde se le dió muerte al cabecilla Pedro Urquiza, padre. Desde esta fecha hasta el 27 de Febrero no hicimos otra cosa que perseguir por toda la jurisdiccion

de Holguin y las Tunas á la banda del insurrecto Calixto García, á quien á pesar de separarnos de él una jornada próximamente, no conseguíamos alcanzar, llegando en ocasiones á los puntos en que habia acampado cuando todavía duraba la lumbre que habian encendido para asar las carnes de que se alimentaban; pero el 28 de Febrero nuestra columna, que el dia anterior habia salido de las Tunas á las órdenes del brigadier Esponda, consiguió alcanzar al enemigo en el Ciego; 20 de nuestros ginetes machetearon á los insurrectos, cayendo sobre su infantería de improviso, retirándose luego para dejar paso al resto de la columna que los acometió á la bayoneta. Diez y seis muertos se les causaron sólo al arma blanca en las tres horas que duró el combate, despues del cual acampamos, para recobrar el descanso que nos era tan necesario y acudir á la curacion de nuestros heridos. El enemigo, que durante el dia y frente á frente no habia logrado desbaratarnos, á pesar de la superioridad de su número, trató de efectuarlo ya bien entrada la noche, atacando á nuestra línea con gran empuje, principalmente por los flancos que le estaban encomendados al entonces comandante don

Luis Prats, que le rechazó con gran serenidad y entereza; pero los insurrectos no querian cejar de sus propósitos, y tras una acometida intentaron otra y otra—hasta tres—sin resultado ni éxito alguno, porque nuestro batallon, que era el atacado, se portó con la misma bizarría en todas las embestidas.

Emprendida nuestra marcha al dia siguiente con intencion de acercarnos á la trocha militar del Este, con objeto de proteger la conduccion de un convoy de víveres que salia de Guaímaro para las Tunas, trató el enemigo de impedirnos el paso por el camino de Minas de Rompe, en el que tenia establecido el campamento llamado del Pelon, que tomamos á la bayoneta, destruyéndole á pesar de su larga estension (media legua), cuyas dos líneas formaban una larga calle con bohios á uno y otro lado del camino.

Aquellas jornadas eran penosísimas para el soldado que marchaba constantemente en compañía del hambre ó de la sed, por en medio de aquella naturaleza, que ni sombra ofrecia para resgüardarse de los rayos de un sol que amenazaba convertirnos en ceniza. Así es que cuando á pesar de tantos sacrifi-

cios y penalidades, no conseguíamos dar con los insurrectos, el soldado sentia como una tristeza que le abatia, todavía más que el cansancio que postraba sus fuerzas. El 14 de Marzo los encontramos con tres veredas, sobre cada una de las cuales se veian señales de que habian pasado por ellas partidas insurrectas. Al seguir una dimos á poco rato con una de sus retaguardias que conducia reses y otros efectos, de los cuales nos apoderamos batiendo á los que las custodiaban, pero tomando á seguida otra direccion, la de Calabazas, para impedir que cayeran sobre nosotros las columnas insurrectas de la vanguardia, compuestas de un número muy superior en hombres y caballos á los que formaban la nuestra. Para impedir que nos persiguieran apelamos á ir quemando los campos, con el fin de embarazarles la marcha en nuestro seguimiento.

En cuanto á nosotros, dispúsose que nuestra columna regresara á San Luis, jurisdiccion de Cuba, á causa del natural cansancio del soldado, para recoger allí los enfermos que habian sido dados de alta en el hospital, llenando así los claros que las enfermedades, las penosas marchas y los combates

habian causado en nuestras filas. Por otra parte, el estado de nuestras columnas, por lo que se refiere á vestuario, era lo más desastroso, llegando casi á ser completa nuestra desnudez, por lo cual era de todo punto preciso proveernos de las ropas necesarias antes de volver á dar comienzo á aquellas incesantes operaciones.

CAPÍTULO XIV.

Columna de Campillo.—Accion de la Yaya.—Penosa marcha.—Horrores de la sed.—Encuentro de un pozo.—Suceso de la Horqueta.—Los voluntarios de Baire nos toman por insurrectos.—Accion de Ahogaperros.—Defensa del campamento de Villarú.—Regreso á San Luis.—Instruccion de los reclutas.—Los libertos.

Nuestro pequeño descanso en San Luis sirvió tanto para refrescar al soldado necesitado de algun respiro despues de aquel incesante marchar y contramarchar, cuanto para proveerle de todo lo que necesitaba. Y como no habia tiempo que desperdiciar, sin prolongar un minuto más de lo preciso se dispuso la formacion de la columna que debia continuar en operaciones en aquella zona, dándole la siguiente organizacion: el batallon cazadores de San Quintin, núm. 4., uno de infantería de Marina, otro de cazadores de Alba de Tormes, parte del batallon de Cuba, guerrilla montada de Tizon, las de infantería de Bueycito, y Vicana, al mando estas fuerzas de los coroneles Valero y Campillo, retirándose el primero á los tres dias

con el batallon de Marina y parte del de Cuba en direccion á Palma Soriano, á donde le llevaba el propósito de establecer una línea para en el caso de que á nosotros nos fuera contrario el éxito de las armas, impedir que el enemigo penetrara en la zona de los ingenios, devastándolos, segun su sistema.

El 17 de Abril nuestra columna, mandada por el entonces coronel D. Juan Lopez del Campillo, avistó al enemigo, cuyo número ascendia, poco más ó ménos, á unos 600 hombres, que aceptó el combate á que le provocaban nuestras guerrillas, empeñado por ambas partes. No vacilamos en decir que hubiera tenido un fin desastroso para los nuestros á no ser por la bravura del á la sazon comandante D. Luis Prats, encargado de la retaguardia, que sólo con una compañía desbarató el empuje de 400 caballos insurrectos, algunos de los cuales murieron sobre las puntas de las bayonetas de la seccion que, rodilla en tierra, les cerraba el paso, con cuyo esfuerzo salvó de que se apoderasen de la impedimenta y heridos de la columna.

Como nos encontrábamos sin raciones y con gran número de heridos, al dia siguiente

emprendimos la marcha hácia Jiguaní en medio de los mayores horrores, que nadie se puede imaginar. El cansancio de todo el dia en accion de guerra, el calor y el polvo habian secado nuestras fauces de una manera imponderable, viéndonos obligados á pasar el tormento de Tántalo, puesto que bordaba una de las riberas cerca del sitio del combate un rio con abundantes y frescas aguas, á donde nos era de todo punto imposible acudir á beber so pena de encontrar una muerte segura. Pero sin la energía de los jefes, la columna en masa hubiera perecido, prefiriendo la muerte á la sed insufrible que toda ella padecia.

Durante nuestra marcha, algunos soldados cayeron víctimas de la asfixia, quedándose muchos rezagados en donde quiera que encontraban un pedazo de sombra. A nuestro paso encontramos una laguna, pero tan fétida y cenagosa, que ninguno tuvo aliento para satisfacer sus deseos, á pesar de ser tan apremiantes y supremos, dedicándose todos á refrescar sus labios con el musgo estendido sobre aquel más que líquido, cieno de que hemos hablado.

Al descubrirse, como á la media legua de Jiguaní, un pozo, los soldados se desban-

daron sin oir las prevenciones de los consejos de sus jefes, lanzándose á la carrera para satisfacer una necesidad que no daba ya espera.

Los primeros que llegaron,—y sea este dato verídico la prueba más concluyente de lo que venimos relatando,—se arrojaron al pozo, á pesar de tener éste una altura de 14 á 16 metros; y al sacarlos de aquel paraje, medio muertos, era de ver cómo los rodeaban sus compañeros para aplicar sus sedientos y abrasados lábios sobre los efectos que salian empapados del pozo. El sol más canicular no deja tan pronto seca toda la humedad como lo fueron aquellos soldados, hasta en cuyas cabezas se posaban las bocas de sus compañeros. Nunca la subordinacion dió una prueba más clara de su ciega obediencia, que dejando aquel pozo para continuar la marcha hácia Jiguaní, que estaba bastante cerca. Se hizo esto, porque además de no contener dicho pozo agua para satisfacer la necesidad de toda la columna, perdiendo allí el tiempo para sacarla, podíamos ser sorprendidos por el enemigo, y cuando tan próximos estábamos al remedio de nuestros males, no era justo detenernos un momento corriendo seguros riesgos.

No aparece pueblo ni ciudad en el mundo que haya sido tan mirada jamás por él viajero con el anhelo con que nosotros miramos á Jiguaní. Al penetrar en él, sus primeras casas fueron tomadas á la carrera por nuestros soldados; que pedian agua con una voz que apenas podia percibirse, como si faltara en ella el aliento vital. Aquellas fáuces, que empezaban á pegarse como si tuvieran dentro de sí una cantidad de goma, comenzaron á refrescarse, observándose, sin embargo, el fenómeno de que, á pesar de ser tan enorme la cantidad de agua bebida por cada soldado, no se le apagaba la sed, habiendo algunos que la vomitaban, sin que por eso dejaran de terminar sus ardores.

Calcúlense las bajas que esto habria producido despues de los datos apuntados, y se tendrá una idea aproximada de la gente de nuestra columna que se vió obligada á pasar á los hospitales.

Los que pudimos continuar en operaciones sin hallar resentida la salud, marchamos en busca del enemigo, que de una manera séria no le encontramos sino en la Horqueta, jurisdiccion de Baya, el 5 de Mayo. Los insurrectos habian construido una empalizada en el camino, para que cuando es-

tuviéramos dentro de ella cerrarnos el paso y embestirnos á machete, é impedir que pudiera maniobrar nuestra caballería.

Nuestros soldados, conociendo esta intencion, saltaron aquella, destruyéndola y cargando de una manera tan brava al enemigo, que le obligaron á dejar el campo lleno de cadáveres, declarándose en una vergonzosa fuga.

Otra vez volvimos á San Luis, punto de concentracion que nos estaba destinado, saliendo el 24 de Mayo á consecuencia de habérsenos avisado que el enemigo estaba atacando á Remanganaguas, poblado distante de allí dos jornadas. A pesar de que el tiempo era en estremo lluvioso, la columna emprendió la marcha en aquella direccion sin temor al aguacero que despedian las nubes, que amagaban un nuevo diluvio. Los caminos se pusieron en un estado tal, que para atravesar cuatro leguas se emplearon catorce horas; y como la fuerza tuviera que aguardar la llegada de todas las fracciones de la columna, y esta no hiciera la jornada con una completa igualdad y precision, de aquí que en Palma Soriano y Remanganaguas tuviéramos que esperar unos por otros para marchar al frente del enemigo que se hallaba

en las ventas de Casanova, de las cuales nos separaba una etapa. Al tener noticia el enemigo de nuestra aproximidad destruyó el telégrafo de Baire, retirándose á este sitio, en el que le dimos alcance en el punto llamado Ahogaperros, distante un tiro de fusil del poblado de Baire. Aunque habiamos renovado recientemente las prendas de nuestro vestuario, era tal el estado en que nos hallábamos que los insurrectos nos creyeron de los suyos, causándoles por esta circunstancia un número de bajas (37 fueron muertos á machetazos) como no lo habíamos conseguido en acciones más empeñadas. Ocurrió aquí una circunstancia que merece referirse. Es la de que al propio tiempo que el enemigo nos consideraba insurrectos, los voluntarios de Baire, juzgándonos lo mismo, nos hacian fuego con valiente encarnecimiento, fuego que no se aplacó, hasta que nuestro comandante D. Luis Prats se destacó de nuestras filas agitando un pañuelo blanco en la punta de su espada para hacerles comprender su error.

Al llegar á aquel poblado, los voluntarios de Baire, viendo nuestras fachas, comprendian perfectamente el error por ellos cometido al hacer fuego sobre nuestras vanguar-

dias, aunque celebrando muchísimo su equivocacion, porque habiendo salido en busca del enemigo los habia obligado á penetrar en la poblacion juzgando al vernos á nosotros que los insurrectos iban á apoderarse de su propio domicilio.

Un dia permanecimos en Baire, tiempo, aunque corto, empleado en recobrar un momento de fuerza para perseverar en la cuotidiana lucha empeñada con el enemigo.

El 30 de Julio nos encontrábamos ya dispersando una fuerte partida enemiga, que con un nutrido fuego habia tratado de apoderarse del campamento de Villarú, recibiendo un duro escarmiento por su audaz propósito, al cual siguió el dia 31 otro ataque de no menor importancia, que tuvo para los rebeldes idéntico resultado.

En tanto habia llegado la estacion de las lluvias, en cuya época se hacía imposible toda operacion, y la circunstáncia de haber llegado de la Península 400 reemplazos destinados á nuestro batallon, fué causa de que regresáramos á San Luis para dedicarnos á la instruccion de aquellos reclutas, que venian á consagrar el esfuerzo de su brazo á la bandera española que tremolábamos en aquellos apartados países.

En cuanto á nosotros, confiósenos el mando de una compañía de libertos que se hallaba en el Aserradero, con objeto de practicar un camino desde aquel punto á Mayorí, estableciendo además en él una línea de fuertes.

Avezados como estábamos á las luchas diarias, á las emociones del combate, se nos hizo por demás monótona la vida que nos vimos precisados á emprender.

Respecto á temóres de ser atacados por el enemigo, no los teníamos, porque hasta el punto que ocupabámos no bajaban nunca partidas de entidad, y las que pudieran hacerlo eran generalmente de tan escasísima importancia, que no nos causaban miedo alguno.

Bien necesario nos era el descanso que estábamos disfrutando, aunque hubiéramos preferido las antiguas fatigas y zozobras. Nuestra vida se concrètaba á dar órdenes á los negros, para que adelantaran el trabajo que se nos tenia confiado, finalizando á los pocos meses (en Enero de 1874) la mision que á nosotros se nos encargara.

Al recibir órdenes, siendo otra vez destinados á nuestro antiguo batallon de Alba de Tormes, sentimos una alegria indescrip-

tible de correr nuevamente los peligros de nuestros compañeros de armas, compartiendo con ellos la gloria y las privaciones y miserias que son anejas á la vida militar en la guerra.

CAPÍTULO XV.

Temores que infundió la evacuacion de las Villas.—Fuerzas de la insurreccion en el Centro.—Debilidad de la línea del Júcaro.—Refuerzos que recibió.—Máximo Gomez.—Su persecucion.—Las Villas vuelven á ser invadidas.—Combinaciones.—Accion de los potreros de la Lima.—Máximo Gomez repasa el Zaza.—Retirada de Sanguili.—Los Chambas.—El cabecilla Máximo Gomez demanda refuerzos.—Pepe Gonzalez.—Contratiempos.—Preséntase comprometida la situacion de las Villas.—Amagos de incendio.—Carga del regimiento Pizarro.—Columna del brigadier Menduiña.—Situacion apurada de Máximo Gomez.

La debilidad que produjo en las Villas, como es natural, la desmembracion de su guarnicion al ser nombrado el general Portillo comandante general del departamento del Centro, quien llevó consigo á Puerto-Príncipe dos fuertes batallones de cazadores, dos compañías de guerrillas y un regimiento de caballería, causó sérios temores de que los insurrectos rompiesen la línea del Júcaro, penetrando en la jurisdiccion de las Villas, por cuyos tesoros agrícolas llegó el miedo hasta la alarma no sólo de aquellos habitantes sino hasta los mismos de la Habana, que veian amagados de incendio los

numerosísimos y ricos ingenios de tan estensas zonas.

Por otra parte, dominando, como dominaban casi por completo, los insurrectos el Centro, á consecuencia de la accion de las Guásimas, puesto que se habian abandonado la mayor parte de los puntos ocupados por los nuestros, y poseyendo aquellos 3.000 infantes y cerca de 1.000 caballos, nada más facil que rompiese una valla que podria detenerlos en detall, pero que tenia todas las probabilidades de ser arrollada por una avalancha, como la que podria embestirla. ¿Era dable que una línea militar, guarnecida por voluntarios movilizados, teniendo una série de fuertes, en su mayor parte defendidos por el exíguo número de 10 á 20 hombres, pudiera contener el paso á 800 infantes y 600 caballos, que mandaba el cabecilla Máximo Gomez, al efectuar su invasion?—Desde aquel instante, y á pesar de haberse reforzado la trocha, más que otra cosa, siguió siendo una línea imaginaria, distrayendo únicamente nuestras tropas de la persecucion incesante del enemigo, pues se habian situado sobre ella los batallones del Orden y de Antequera, el de Tarragona, tres de la Guardia civil, uno de milicias de color, otro de milicias de

bomberos de la Habana, seis compañías de ingenieros, 600 guerrilleros montados y 300 caballos de Guardia civil y milicias de Matanzas.

Al terminar el mes de Diciembre, una partida considerable de insurrectos practicó un movimiento desde Jimaguayú, hácia la trocha del Júcaro, disponiéndose por el general Figueroa que una columna, compuesta de dos batallones y 450 caballos, saliese á situarse á Magazabomba. Máximo Gomez se habia adelantado, hallándose ya sobre la trocha con 1.500 infantes y 800 caballos. Los puestos avanzados advirtieron al jefe de la línea del Júcaro la proximidad del enemigo, reconcentrando inmediatamente en Ciego de Avila una fuerza de 800 infantes y 400 caballos, sin llegar á tiempo de impedir que Máximo Gomez pasase la trocha por entre los fuertes 15 y 16 Sur, recibiendo una herida de escasísima consideracion por los disparos del fuerte número 16, que le causaron cuatro muertos.

Al dia siguiente de este suceso llegaba á Moron la columna de Puerto-Príncipe, la cual, unida á la del coronel Goicochea, jefe de la línea, siguió á los insurrectos hácia Hato viejo, donde Máximo Gomez habia

reunido sus fuerzas con las pequeñas partidas que se encontraban en las Villas, y que de improviso fueron engrosando con todos aquellos presentados que se apresuraron á volver al campo de la rebelion.

El brigadier Esponda perseguia al cabecilla, hostilizando su retaguardia en diversas ocasiones, sin que aquel quisiera aceptar el combate á que se le provocaba; en tanto que el brigadier Zea, reconcentrando las fuerzas que habia tenido á sus órdenes para perseguir las partidas insurrectas de las Villas, cubria la línea del Zara hasta Sancti-Spíritus, con el ánimo de impedir que los insurrectos pasasen al valle de Trinidad, resguardando al propio tiempo los ingenios de la jurisdiccion de Sancti-Spíritus.

Las Villas, que por un período, aunque breve, habian dejado de ser el campo de operaciones de los insurrectos, volvieron á sus antiguas faenas militares, y la autoridad superior de Cuba creyó del caso concentrar allí toda su atencion, con objeto de desembarazar una zona tan floreciente y rica de las devastaciones de un enemigo tan terco y porfiado.

Ordenóse, por lo tanto, el que se embarcaran trés batallones al mando del brigadier

Valera, con direccion al puerto de Zaza, desembarcando otro en San Juan de los Remedios, en cuyo punto se encontraria con uno del regimiento de milicias de la Habana, previniendo que dos batallones más del departamento Oriental se dirigieran á cubrir la jurisdiccion de Cienfuegos, y que dos batallones, una compañía de guerrillas y una batería salieran de Puerto-Príncipe para San Juan de los Remedios para formar con estas fuerzas una columna que, situándose en Cabaiguan cubriese las Villas occidentales; y tanto por dirigirse tambien á San Juan de los Remedios el resto del regimiento caballería de Pizarro que se hallaba en Puerto-Príncipe, como por haberlo verificado en Sagua el batallon de la Patria, que habia sido empleado en la guarnicion de la trocha del Este, desde la Enramada á Guáimaro, quedó casi por completo abandonada aquella línea.

Máximo Gomez continuaba siendo sin descanso perseguido por la columna del brigadier Esponda, consiguiendo, aprovechando los momentos que los nuestros empleaban para racionarse, penetrar en el poblado del Jíbaro, que incendió completamente, no sin que sus defensores agotaran sus muni-

ciones en la defensa hasta dejar franca la entrada al enemigo. El dia siguiente el brigadier Valera llegó al Jíbaro persiguiendo los insurrectos que se fraccionaron, y como se temiera que se introdujesen en las zonas de los ingenios, con objeto de quemarlos, órdenes superiores determinaron que el brigadier Esponda operase con su columna, teniendo por base el Iguara; que el brigadier Arias con la suya protegiera los ingenios de Sancti-Spíritus, cubriendo el Zaza inferior; que el coronel Cubas con dos batallones, dos piezas y alguna caballería en Cabaiguan se comunicase con el comandante general de la division y con el coronel Fortun, situado en Placetas con dos batallones, dos piezas y 300 caballos de voluntarios de Camajuaní; que el coronel Goicoechea continuase sobre la trocha del Júcaro con una corta columna en Ciego de Avila y otra en Moron, en tanto que la del brigadier Valera persiguiera el grueso de los insurrectos, situándose en Baez otra á las órdenes del coronel Bonilla, para cubrir las Villas occidentales que habian sido ya reforzadas con los batallones de Cárdenas y Alba de Tormes, 350 reemplazos de la Habana y alguna caballería de la Guardia civil.

Todas estas disposiciones fueron muy justamente tomadas y dieron los resultados más convenientes.

Máximo Gomez reconcentraba en Pozo Azul todas las fuerzas que del Centro habian pasado la trocha, abrigando el intento de llevar la guerra á las Villas occidentales y destruir los ingenios de Trinidad y San Juan de los Remedios.

El 28 de Enero (1874), al pasar el potrero la Lima fué atacado por la columna al mando del coronel Fortun, compuesta, como hemos dicho, de los batallones de Zaragoza y Barcelona, dos piezas de montaña y dos escuadrones de Camajuaní. Breve fué el combate, que duró dos horas; pero reñido y sangriento en sumo grado, alcanzando gran distincion los voluntarios de Camajuaní, que se portaron con la bravura y el empuje de tropa veterana y aguerrida. Los jefes de Zaragoza y Barcelona salieron gravemente heridos; pero gracias á la valentía de todos, el enemigo se pronunció en retirada, continuando su persecucion la columna del coronel Cubas, que llegó en aquellos instantes, y que los batió en las Pocitas, acentuándose más su huida, siendo de nuevo alcanzado por el coronel Bonilla, establecido en Baez,

á quien se dió aviso oportuno de su situacion.

Máximo Gomez, en vista de tan activa é incesante persecucion, retrocedió hácia Sancti-Spíritus, repasando el Zaza, sin que hubiera podido conseguir incendiar los ingenios de Remedios, ni introducir el grueso de sus fuerzas en las Villas occidentales, logrando sólo que Sanguilí, uno de sus cabecillas, se dirigiese con alguna de su caballería hácia el valle de Trinidad, á donde le llevaba el pensamiento de incendiar el valle, intento impedido por Bonilla y el batallon de Andalucía, teniendo, despues de haber perdido casi todos sus caballos, que buscar el amparo de los suyos que se encontraban hácia el Liguaney con Máximo Gomez. De suerte que sólo el cabecilla Pepe Gonzalez, que se destacó de la banda de aquel cabecilla al emprender éste su retirada, pudo penetrar en la jurisdiccion de Santa Clara.

El brigadier Valera, cuyas fuerzas dejamos ya enumeradas, continuaba tras de la pista de Máximo Gomez, que era rechazado en las Chambas por su corta guarnicion y la guerrilla local, retirándose á la vista de nuestras tropas que le dieron alcance, cayendo sobre él nuestra vanguardia y disper-

sándole despues de una hora de fuego. Los prisioneros que se le hicieron manifestaron que con el ataque de las Chambas y la persecucion que se les hiciera habian tenido más de 150 bajas, sin contar los muertos abandonados en el campo.

En vista de estos accidentes, Máximo Gomez no cesaba de enviar emisarios al Camagüey, pidiendo con urgencia la incorporacion de las fuerzas, por lo ménos, que le habian acompañado al paso de la trocha, y que no habia creido necesario llevar consigo para la consumacion de sus proyectos; consiguiendo el cabecilla Suarez atravesar la línea del Júcaro por cerca del fuerte número 16 Norte, llevando consigo una fuerza de unos 800 hombres, pertenecientes en su mayor número á la caballería que quedara en el Camagüey, reuniéndose con Máximo Gomez en el ingenio llamado la Crísis. En este mismo punto fué donde los atacó el coronel Vergel, que habia sustituido al brigadier Esponda, tomándoles todas sus posiciones y obligándoles á una retirada precipitada.

Desgraciadamente, si estos encuentros eran ventajosos para nuestras armas, tenian otros un carácter no tan halagüeño. Dijimos

ya que el cabecilla Pepe Gonzalez habia logrado penetrar en las Villas occidentales, consiguiendo allí, unido á las partidas de Trinidad y Santa Clara en el cafetal Gonzalez, derrotar una pequeña columna compuesta de dos compañías de artillería de á pié, una del batallon de Cárdenas, un escuadron de milicias de Guines y otro de movilizados. Aunque el número de los enemigos era mucho mayor que el nuestro no hubiera ocurrido con tanta fuerza este descalabro, si nuestra caballería de milicias, poco habituada á habérselas con grandes masas, no hubiera cedido el campo á la vista del enemigo, que acuchilló casi impunemente las compañías de artillería, salvándose sólo una parte de éstas y el resto de la columna por haberse retirado á Manacas. Ya tendremos ocasion de hablar, por impresiones propias, de este encuentro que nos fué tan costoso.

En cuanto á la situacion de las Villas occidentales, tras de la breve paz que habia disfrutado, vióse por un momento comprometida, como en más de una ocasion hemos tenido lugar de manifestar, porque sin caballería del ejército era dificilísimo evitar las correrías del cabecilla Pepe Gonzalez, que no llevaba otra mira que la de arrasar in-

genios en aquella jurisdiccion, llevando la destruccion tambien á la de Colon.

Las autoridades españolas, que veian esto, no podian ménos de apelar á toda clase de recursos y medios con objeto de impedir los planes del enemigo. Dispúsose, por lo tanto, que se movilizase el batallon de voluntarios de Alacranes, destinándole á guarnecer los ingénios de Cienfuegos; al propio tiempo que los regimientos de voluntarios de caballería de Colon y Guamutas saliesen á operaciones, y que el de Sagua, compuesto de seis escuadrones, se reuniera en Santo Domingo, movilizando un escuadron de cada uno, situándolos en Cartagena, San José de las Lajas y Santo Domingo.

Los insurrectos en algunas pequeñas partidas habian bajado á la parte de Arimao, en la jurisdiccion de Cienfuegos, presentándose Pepe Gonzalez con dos escuadrones de caballería en la parte de Ranchuelo, sobre el ferro-carril de Villaclara á Cienfuegos, con el propósito de quemar los ricos ingenios que sobre aquella zona se encuentran. Con objeto de rechazar las partidas insurrectas y apagar los incendios practicados por el enemigo, avisó nuestra primera autoridad por telégrafo al teniente gobernador de

Cienfuegos, disponiendo que al anochecer de aquel dia saliese en un tren especial una compañía de guerrilleros del Príncipe, únicas fuerzas disponibles en Santa Clara, previniéndoles de una manera terminante que atacaran á los insurrectos aquella misma noche, verificándolo así, logrando de esta manera apoderarse del ingenio de Yagua, que habia empezado á arder, y cortando despues los incendios de los ingenios Santa Rosa y Pelayo. Algunas horas más tarde las bandas de la insurreccion fueron bizarramente atacadas por un batallon, voluntarios de Guamutas y las guerrillas de San José de las Lajas, á las órdenes del esforzado coronel Herreros, que aunque no consiguió vencer á los enemigos por la superioridad de su número, les causó considerables bajas, llegando á las dos horas de ser rechazada esta fuerza en el Ranchuelo, el brigadier Armiñan, que batió en el ingenio Pedroso, á corta distancia de aquel poblado, á los insurrectos, dándoles una brillantísima carga de caballería por parte del regimiento Pizarro, que les condujo á una pronta retirada, causándoles más de 60 muertos, sin contar los numerosos heridos que condujeron al cafetal Gonzalez.

Formóse, á raiz de este importante encuentro, una columna de infantería y caballería, situándola en San Juan de las Yeras, con objeto de cubrir los más importantes ingenios de la jurisdiccion de Santa Clara, confiando su mando al brigadier Menduiña, al mismo tiempo que otras dos, una sobre el camino y otra en la Encrucijada, á las órdenes respectivamente del teniente coronel Martitegui y del comandante Zurbano, coincidiendo con la formacion de estas columnas la construccion de un fuerte para asegurar el paso sobre el rio Sagua, en el camino de hierro de Santá Clara, colocándose en todas las estaciones destacamentos de infantería y caballería que cubriesen los ingenios adyacentes á aquel ferro-carril, pudiendo en todo caso reconcentrarse rápidamente.

El coronel Bonilla, que con su columna y con la del teniente coronel D. Anselmo Fernandez Amieva, á quien tendremos ocasion de consagrar en esta narracion algunas líneas, penetró en el cafetal Gonzalez y batió y arrojó de él á los insurrectos, mandados por Pepe Gonzalez, con quien marchaban unidas las partidas de Carrillo y el negro Caoba, rechazando nuestra infantería

con gran serenidad y valor las cargas del enemigo, á quien obligó á retirarse precipitadamente, causándole bajas de mucha consideracion.

Como hemos sido actores en esta jornada, ya nos tocará ocasion de referirla bajo el punto de vista de nuestras propias impresiones.

La campaña presentábase, pues, en las Villas occidentales bajo un punto de vista poco lisonjero para la causa insurrecta, por lo cual las partidas se retiraron hácia Remedios completamente desanimadas.

Por consiguiente, Máximo Gomez se encontraba en peor situacion que antes que se le incorporasen las fuerzas de Suarez y en sus comunicaciones al titulado presidente de la república cubana, le encarecía la necesidad de que corriera á socorrerlo y reforzarlo con cuanta gente hubiera útil en el centro y parte de la que habia en el departamento Oriental.

Estas últimas frases son textuales de una correspondencia de aquel cabecilla, interceptada por el coronel Goicochea, y en ella se añadia que los españoles detrás de sus trincheras en Marroquin, Jíbaro, Chambas y Jicobea le habian hecho perder muchos y

buenos soldados; que la persecucion era incesante, rudos sus combates en campo abierto, muy numerosas sus bajas, y que era de absoluta necesidad el concurso de todas sus fuerzas para lograr el fin que se habia propuesto, declarando finalmente perdida su causa en Las Villas si no se le reforzaba con todas las fuerzas insurrectas de aquel departamento.

Para en el caso de que los socorros, con tanta insistencia pedidos por Máximo Gomez al Centro, llegasen á marchas forzadas, se dirigió sobre la línea del Júcaro la única columna de operaciones que se hallaba en aquel departamento, compuesta de los batallones Leon y Asturianos, 200 caballos del regimiento de Colon y dos piezas de artillería, con cuya fuerza podria hacerse frente á las aventuras que intentase Máximo Gomez, en el caso de que recibiese los refuerzos que reclamaba.

CAPÍTULO XVI.

Desengaños de Máximo Gomez.—Su herida.—Aglomeracion de fuerzas.—Hazañas del jefe insurrecto.—Actividad de nuestras columnas.—Máximo Gomez recibe refuerzos.—Descalabro de Manaquitas.—Accion de Barajagua.—Muerte de Pepé Gonzalez.—Retirada de esta partida.—Nuestra situacion y fuerzas.—Estado del departamento Central.

Grandes debieron ser las ilusiones y esperanzas llevadas por Máximo Gomez al territorio de Las Villas, fundándolas sin duda en que si Carrillo y Pancho Jimenez habian dado tanto que hacer con sus exíguas fuerzas y escasa nombradia, él que llevaba consigo los más afamados cabecillas y los insurrectos mejor armados y montados, podria proporcionar grandes ventajas á la causa de la rebelion.

Por otro lado no desconocia al penetrar en Las Villas capitaneando una gruesa partida, que dentro de aquella zona nuestro ejército tenia escasos batallones y escasa caballeria, dándole tiempo esta circunstancia para arrasar y quemar aquellas ricas y florecientes poblaciones, ya tan castigadas por la dura

mano de la guerra; pero desde el principio los acontecimientos se presentaban de una manera ménos benévola de la que sin duda se habia imaginado Máximo Gomez, por que al atravesar este la línea del Júcaro, franqueada sin percance alguno por Jimenez y Carrillo, una bala hería, aunque levemente, en el cuello al jefe superior de aquellos insurrectos.

La entrada de este jefe superior de la insurreccion en Las Villas fué el toque de alarma para nuestras tropas, y en tanto que los batallones del Camagüey (Aragon y Pizarro), los escuadrones de Pizarro y guerrillas del Centro se ponian sobre su pista, entraban por las Tunas de Zaza, por Remedios, por la trocha nuestros batallones del departamento Oriental y del Centro, reuniéndose en muy breves dias, 23 batallones en el territorio donde antes sólo existian 9, al propio tiempo que la mayor parte de nuestra caballería.

Asi que, juzgando que ocurriria lo que en las campañas del 73 y primeros meses del 74 en que nuestro ejército, compuesto de pequeñas columnas, se vió en ocasiones batido y destrozado por la preponderancia del número de los que le atacaban, sufrió terribles y

continuos desengaños, puesto que se halló perseguido desde el momento de atravesar la línea del Júcaro, sin lograr un momento de reposo, fraccionando con frecuencia su columna para rehuir los combates con nuestras tropas.

Sus únicas hazañas las cometia atacando los pequeños poblados guarnecidos por cortos destacamentos, que sirvieran como base para la ocupacion militar del territorio de Las Villas, y que sin duda hubieran sido levantados á no ser por los intereses que á su resguardo se confiaban. Entre otros sufrieron pues las depredaciones de este cabecilla Jibaro, Rio Grande y algunos otros más insignificantes; pero Marroquí, Jicotea, Arroyo-blanco, Iguara, Jatibonico, Guadalupe y Chambas, demostraron al enemigo que sus empresas no le eran fáciles sino allí donde la escasez de las bocas de los fusiles podian dejarle claro para penetrar.

Nada menos que fué batido Máximo Gomez tres veces en un solo dia, por tres de nuestras diversas columnas, todas en movimiento y persiguiéndole con una actividad y una inteligencia dignas del mayor elogio.

Ya hemos visto con qué insistencia reclamaba refuerzos; pues bien, al recibir al mes

de su invasion en Las Villas uno de 800 hombres á las órdenes de Suarez, el coronel Vergel le alcanza y le bate en el ingenio de la *Crisis*, causándole importantes bajas, y por entonces el único triunfo conquistado por Máximo Gomez consiste en derrotar una fuerte columna formada por el comandante general de las Villas Occidentales, columna sin condiciones por el personal que la componia para batirse con fuerzas superiores.

Del mismo modo que el jefe insurrecto no consigue hacer frente ventajosamente á nuestras tropas, tampoco logra sus criminales proyectos de quemar los ingenios de Remedios, Sancti-Spíritus, Trinidad y Sagua, logrando sólo incendiar los cañaverales de 18 á 20 ingenios y las fábricas de algunos en las jurisdicciones de Santa Clara y Cienfuegos; esto no sin ocurrir que los insurrectos que producian tales incendios fueran batidos en el mismo dia, dejando sobre el campo numerosos cadáveres y teniendo que emprender una precipitada retirada.

Tampoco merece quedar en olvido el alcance que á la partida del repetido cabecilla Máximo Gomez le dió una de nuestras columnas en el Cafetal Gonzalez donde aquel se habia retirado.

En aquel combate, que fué reñido como ninguno, fueron considerables las pérdidas del enemigo, contándose entre ellas la del cabecilla Pepe Gonzalez, uno de los que gozaban más reputacion en el campo insurrecto entre los que habian pasado la línea del Júcaro.

Mandaba en esta accion, conocida con el nombre de Barajagua, el coronel Bonilla, que tenia á sus órdenes al teniente coronel de Catalanes D. Anselmo Fernandez, á los comandantes D. Luis Prats y D. Esteban Orellana, que mandaban respectivamente medio batallon de cazadores de Alba de Tormes. A retaguardia de estas fuerzas un escuadron de caballería de Guardia civil y el del regimiento de la Reina.

Lo que los insurrectos llamaban su triunfo de Manaquitas, los tenia envalentonados, y en cuanto á nuestros jefes y soldados ardian en deseos de castigar á los que de una manera tan cruel habian caido sobre nuestras desprevenidas tropas en aquel sitio.

Largas y penosas habian sido las marchas de la columna de Bonilla para alcanzar á la partida insurrecta; pero al fin lo consiguió en la noche del 19 entre el sitio conocido con el nombre de Hoyo de Manicaragua y Barajagua.

Tomadas las precauciones necesarias, no se esperó más que amaneciese para cargar al enemigo, avanzando la primera compañía de Alba de Tormes en tanto que la cuarta se situaba en una altura sobre el flanco izquierdo, estendiendo sus primeras secciones en guerrilla, procurando que las reservas se colocasen á la mitad de la distancia para poder contrarrestar toda carga ó avance de la caballeria insurrecta. Como el enemigo habia elegido sus posiciones, que no podian dejar de ser más ventajosas que las nuestras, nos esperaba con tranquilidad haciendo esfuerzos para conducirnos hácia donde se encontraba el núcleo de sus masas.

Al observarse por el jefe de nuestra columna que los enemigos se hallaban dispuestos á aceptar el combate, dispuso sus fuerzas con tanta prontitud é inteligencia, que á la vez fueron atacados en toda su estension, por el comandante de cazadores de Alba de Tormes D. Esteban Orellana, al frente de tres compañias de su cuerpo; por el teniente coronel jefe del batallon de Catalanes, don Anselmo Fernandez y Amieba, que atacó el centro y por el comandante jefe de cazadores de Alba de Tormes, D. Luis Prast, que cargó con el resto de su batallon la de-

recha enemiga formando la caballeria de Cortés á retaguardia de nuestro costado derecho y la de la Guardia civil al izquierdo.

Ante nuestra actitud, comprendió el enemigo que iba á reñir un combate sério y decisivo, sin las asechanzas de la manigua y las sorpresas alevosas de otras ocasiones. Pero como ya hemos repetido, que le tenian envalentonado recientes y tristes sucesos para nuestras armas, avanzó con un denuedo tan poco comun en él, que se hizo preciso que nuestras fuerzas de la derecha recibieran con la bayoneta á sus escuadrones, rompiendo el fuego las guerrillas y apoyándolas las reservas. La circunstancia de que nuestro certero fuego produjo numerosas bajas en sus filas, fué causa de que principiaran á cejar, indicando su retirada á retaguardia de su grupo del centro, en vista de lo cual, con gran rapidez, nuestras fuerzas rompieron un vivo fuego por compañías, que ellos recibieron por el flanco á ménos de cien metros de distancia que originó su completa desorganizacion.

Las fuerzas del centro, compuesta del batallon voluntarios catalanes, avanzó con tanto denuedo, que, á pesar de haber intentado el enemigo contenerlas desde sus em-

boscadas, fué rechazado, dejando varios muertos y un crecido número de caballos en nuestro poder.

Distinguiéronse en este ataque, hasta el punto de ser victoreados por las tropas en lo más récio del combate, los 30 caballos de la contra-guerrilla de catalanes, por el valor, la serenidad y bizarría con que cargaron al enemigo.

Nuestra izquierda, compuesta únicamente de dos compañías, por no haberse incorporado la que conservó á la altura del flanco izquierdo, habia empeñado una desesperada lucha contra fuerzas muy superiores. Por consiguiente, la situacion del comandante Prats que las mandaba, era de lo más difícil y peligrosa; y á no ser por la oportuna llegada de la compañía que le faltaba, terrible hubiera sido su aprieto. Pero al incorporarse aquella, se dió en columna de combate, tocando la banda el paso de ataque, una brillante carga á la bayoneta. Por todas estas pruebas veían los insurrectos que tenian delante un enemigo que unia, á la serenidad y al valor, una sólida instruccion militar; por lo cual, despues de varias acometidas, todas infructuosas, se declaró en vergonzosa fuga por distintos rumbos, para

no presentarse en condiciones de poder ser cargados por nuestra caballería, ávida de castigar la rebeldía y los atentados de los partidarios de la insurreccion.

La victoria de nuestras armas, aunque no decisiva, ponia de manifiesto que si nuestros soldados podian ser macheteados por sorpresa, era difícil que los alcanzase el arma blanca del enemigo en una accion empeñada cara á cara.

En esta accion inauguraba su nombre de Alba de Tormes nuestro batallon, que con el de cazadores de España habia alcanzado láuros y nombre en Cuba, Bayamo, Holguin y las Túnas, y cuyo comandante señor Prats, que tanto habia trabajado en su organizacion, habia recogido el fruto de sus trabajos patrióticos y organizadores.

El enemigo dejó en el campo 29 muertos que no pudo retirar, más de 30 caballos, armas y municiones, pegando fuego en su retirada á todos los potreros, para evitar la persecucion y que estos cayeran en nuestro poder.

Por nuestra parte tuvimos dos soldados de Alba de Tormes muertos, heridos su primer jefe D. Luis Prats, siéndolo grave el teniente D. Eusebio Rebolledo y ocho sol-

dados del mismo cuerpo, y seis más del resto de la columna.

El señor coronel Bonilla fué desmontado, hiriéndole el caballo y muerto el de su ayudante capitan de cazadores de Alba de Tormes, así como el del teniente coronel Fernandez y el del ayudante del comandante Prats, siendo toda la plana mayor de los cuerpos y columna desmontada.

Tales y tan repetidos contratiempos hacen que el enemigo retroceda á la jurisdiccion de Sancti-Spíritus, siendo nuevamente alcanzado por el batallon de Baza, que hace más crítica y deplorable su situacion.

Por esta época era, pues, ventajosísimo el estado en que nos encontrábamos comparándolo con otros tiempos, y si se tiene en cuenta que teníamos sobre la línea militar del Júcaro:

3 batallones de la Guardia civil.
1 idem de Milicias de color.
8 compañías de guerrillas montadas.
9 idem de ingenieros y obreros de idem.
2 escuadrones de Guardia civil.

Y operando en Las Villas:

25 batallones del ejército.
10 escuadrones de caballería del ejército.
6 idem de Milicias.

2 idem de voluntarios movilizados.

10 guerrillas locales con 12 piezas de montaña, y que además podia disponer nuestra primera autoridad de los batallones de voluntarios de Cienfuegos, Santa Clara, Ságua, Sancti-Spíritus y Trinidad, 12 escuadrones de los de Camajuaní, seis de Sagua y dos de Cienfuegos; y de los 12 escuadrones de las jurisdicciones de Colon y de Cárdenas y dos batallones de voluntarios de la Habana que se habian movilizado, se comprenderá fácilmente la urgencia con que Máximo Gomez pedia nuevos refuerzos al Centro, que se quedaba casi sin insurrectos.

Tanto con estas fuerzas como con las de la línea del Este, abandonada en parte, con los refuerzos llegados de la Península y recibidos de Puerto-Rico podrian contarse en actitud de operar, al encargarse el conde de Valmaseda del mando superior de la Isla de Cuba, con 32.000 hombres, circunstancia á la cual debe añadirse como un contingente de no extraño valor el crecimiento moral conseguido con el laurel de cercanas victorias; y si bien Máximo Gomez recibia los refuerzos que solicitaba, aunque no tal vez en la cantidad que los hubiera deseado, no era ménos cierto que el departamento cen-

tral quedaba así casi sin insurrectos, y que nuestro comandante general pudiera recorrerlo en todas direcciones con pequeñas columnas, llegando allí donde hacía algunos meses no habian podido conseguirlo seis batallones con 400 caballos y cuatro piezas de montaña, que al encontrar al enemigo en las Guásimas tuvieron que replegarse sobre Puerto-Príncipe, apoyada por otra columna de más de dos batallones y 200 caballos.

CAPÍTULO XVII.

Apuntes biográficos del teniente coronel D. Luis Prast.—Sus servicios en Puerto-Rico.—Marcha á Cuba.—Su mando del batallon de España.—Acciones donde se distinguió.—Su carácter.—Sus condiciones.—Frases de Calisto García.—Su escuela militar.—Regresa á la península para asuntos de familia y vuelve á mandar el batallon de Alba de Tormes.

La herida que en Barajagua recibiera el comandante D. Luis Prast, jefe del batallon de cazadores de Alba de Tormes, le hizo retirarse á Cienfuegos, con el propósito de atender á su curacion.

Merece este pundonoroso, bravo y activo jefe, que le dediquemos una página de nuestro libro, porque bien digno es de un recuerdo quien como él ha trabajado con la espada y con la inteligencia en defensa de una causa que debe ser sagrada para todo español, la causa de la patria.

D. Luis Prast y Bandrajen hizo sus estudios en el colegio de infanteria de Toledo, embarcándose para Ultramar poco despues de haberlos terminado. La isla de Puerto-Rico fué en donde prestó, digámoslo así, sus

primeros servicios, captándose las simpatías y la estimacion de sus jefes, por la exactitud en el cumplimiento de sus deberes.

Los años reglamentarios de su permanencia en aquella colonia trascurrieron precisamente en los momentos en que empeñábamos una guerra con el imperio de Marruecos, de quien habíamos recibido graves ofensas.

Prast regresó pues á la madre patria, ávido de pasar el estrecho y unirse á sus compañeros de armas, que peleaban por la honra del pabellon español.

Por desgracia para sus nobles impulsos, la lucha estaba como terminada y sólo nos quedaba un ejército de ocupacion en Tetuan, marchando él de ayudante á las órdenes de aquel comandante general, que no tardó tampoco en regresar á la península.

Durante su permanencia en España desempeñó los destinos en la clase de capitan, ayudante de los generales de Granada y Sevilla, pasando despues á serlo del director de la Guardia civil hasta que en Diciembre del 67 marchó á las órdenes del capitan general de Puerto-Rico, de donde pasó al estallar la insurreccion á mandar una columna compuesta de 130 hombres contra

los insurrectos de Lares. Con esta ocasion empezó ya á demostrar sus condiciones de talento, sagacidad y energia, más necesarias allí que en ninguna parte por los hábitos y la manera de ser de aquellos enemigos. Debióse pues á sus esfuerzos la captura y muerte del cabecilla negro conocido con el nombre de Juan de la Cruz Urreti, dos veces fugado de presidio y que era temible por sus criminales fechorias. Tambien tuvo Prast una grandísima participacion en la captura de los insurrectos cabecillas Manuel Rojas, Manuel Cebollero, Clemente Millan y Rodolfo Echevarria, asi como en la verificada en la casa del mayordomo Lucas de los Reyes, de donde salió al reconocerla, un hombre que trepó con agilidad por el monte, quien al gritársele que hiciera alto, contestó que «Joaquin Parrilla» no se rendia, por lo que el capitan Prast le hizo fuego con el revolver causándole la muerte. Al registrársele se le encontró un cuchillo de monte, fuertemente sujeto á la mano y un pañuelo con sus iniciales.

Pacificado el territorio de la Isla, se le confió el puesto de secretario del Gobierno político y militar de Vieques, cuyo destino desempeñó hasta Marzo del 71.

Atenciones de índole esclusivamente de gobierno le hicieron permanecer en Puerto Rico más de lo que él hubiera deseado, puesto que empeñada en Cuba una lucha porfiada deseaba pasar á ella para combatir en defensa de nuestros derechos.

Realizolo así en 1873 llegando á la gran antilla española, precisamente en los momentos en que la guerra era más cruda y pertinaz. Como al salir de Puerto Rico era ya comandante se le confió el mando del batallon de cazadores de España, con el cual emprendió la campaña desde el primer momento.

Sus primeros cuidados fueron los de dar á la fuerza de cuyo mando se le encargaba, una organizacion á la par que una instruccion que nada dejara que desear, y aunque el batallon de cazadores de España habia llegado á sus manos con una mediana reputacion, sus primeros hechos de armas le dieron desde luego los timbres necesarios para ir asentando sobre ellos una honrosa distincion. Con él asistió á las acciones del Ciego de las Tunas, Montes de la Seca y Jaya, Horqueta y Ahogaperros, y á otros muchos encuentros que enaltecieron el nombre de este batallon. Por la primera de estas accio-

nes recibió el grado de teniente coronel, por la segunda la placa del mérito militar roja y por la última el empleo de teniente coronel.

Nos ha tocado servir á las órdenes del teniente coronel Prast, y aparte del cariño que el soldado profesa á sus jefes, cuando se reflejan en ellos las condiciones que deben adornarlos, hemos admirado en él la constante solicitud, los cuidados, la prevision que en todas ocasiones ha demostrado por el primero y el último de los que formaban en su columna. El teniente coronel Prast inspecciona en las marchas, en los campamentos, antes y despues de la batalla al soldado, y su preocupacion contínua es la de que nada le falte dentro de su esfera; y de este modo, perseverando por otra parte en la educacion del soldado, ha hecho de su batallon de España, despues cazadores de Alba de Tormes, un cuerpo que maniobra delante del enemigo con la serenidad y el aplomo que en una parada.

No es este un juicio apasionado; nada debemos al teniente coronel Prast, porque nada hemos hecho mas que lo que hemos creido el exacto cumplimiento de nuestros deberes militares; pero vamos á citar aquí en pro de nuestras aseveraciones un testigo de

mayor escepcion. Hablamos del cabecilla insurrecto Calisto Garcia, prisionero hoy en la ciudadela de Pamplona, que cayó en poder del teniente Oriza y con quien hemos tenido ocasion de hablar en Cuba.

—Desde que el batallon de España, nos decia, se consagró á mi persecucion no he gozado un momento de reposo, y he comprendido el valor y la inteligencia del jefe que le mandaba, teniendo desde luego el presentimiento de que algo desagradable me iba á ocurrir con él.

En efecto, las fuerzas del batallon de España no fueron las que le capturaron; pero en cambio le ocasionaron algunos contratiempos de nada escasa importancia; entre otros en Yaya, cuando Calisto García se creia victorioso, se encontró con una inesperada y ruda acometida de España, que puso en dispersion á sus 400 caballos, que sintieron el hierro de nuestras bayonetas.

El teniente coronel Prats, que como hemos dicho tiene tanta solicitud hácia el soldado, es por otra parte un digno heredero de los timbres ordenancistas y reglamentarios de su tio el Excmo. señor general Turon, de venerable memoria para el ejército español. No servirá mucho á sus órde-

nes el oficial que descuide en lo más mínimo sus obligaciones; puede contar con su amistad y su afecto el que sepa llenarlas manteniéndose siempre en su puesto.

Sabido es que en todos los cuerpos hay sus hablillas y murmuraciones. Antes de salir á campaña, decian los oficiales de él, veremos si sobre el campo de batalla es tan minucioso y metódico. Y cuando las balas silbaron sobre nuestras cabezas, Prats demostró al frente de su columna que era el mismo, que nada le afectaba, que su voz de mando tenia la misma serena vibracion, que su compostura no reflejaba ni por asomo el peligro de la lucha.

Tenemos la seguridad de que los dias más tristes y angustiosos para el teniente coronel Prats, han sido aquellos en que se ha visto precisado por la curacion de sus heridas á permanecer alejado del mando de su querido batallon, porque Prats quiere á sus soldados como el padre á sus hijos, y sus glorias le son á él tan caras como las suyas propias.

A los dos meses de ser herido en Barajagua, regresó al batallon que iba á formar parte de una columna mandada por el comandante general de las Villas, brigadier

Mendiuña, con el fin de desalojar las fuerzas insurrectas que se hallaban acampadas en la Sierra de Arimao, jurisdiccion de Cienfuegos; y como él era el jefe que mandaba el batallon en que nosotros servíamos, no habremos de ocuparnos aquí de él para no reproducir sucesos análogos.

El teniente coronel Prast sirvió durante todas las vicisitudes de la campaña á las órdenes de los brigadiederes Valera, Campillo, Esponda, Sabas Marin, Mendiuña, Arias Cea y coronel Bonilla, granjeándose con todos ellos la mayor estimacion y aprecio.

Durante su mando en la Sierra de Arimao y Yaguáramas, limpió todo aquel territorio de los insurrectos que pululaban en él, haciéndoles una persecucion sin tregua ni descanso, hasta el punto de que los enemigos temieran el batallon que mandaba como á uno de los más conocedores de sus tretas y astucias.

Al ocurrir la muerte del Excmo. señor general Turon, el teniente coronel Prast se vió precisado para el arreglo de asuntos de familia á regresar á la Península; pero su amor y cariño al batallon que mandaba hizo que interinamente se confiase su mando á otro jefe, llevando él el propósito de

proseguir la campaña al frente de las mismas tropas que en tantas ocasiones habia conducido á la victoria.

Como conocemos de cerca las condiciones de pericia, valor é inteligencia que adornan á tan entendido jefe, de celebrar es que haya sido breve su estancia en España, porque ninguno mejor que él puede, apreciando como él aprecia las prácticas y mañas de los insurrectos, ayudar de una manera eficaz en la obra emprendida por nuestras armas en aquellos dilatados países.

CAPÍTULO XVIII.

Desaloja el enemigo los potreros de Ranchuelo.—Consulta.—Decision de los nuestros.—Amagos de combate.—Accion de Palma Sola.—Sus resultados.—Contento que produce.—Auxilios á Baza.—Quema de campamentos.—Marcha á Villaclara.—Planes.—Victoria.—Toma de las posesiones enemigas.—Alba de Tormes queda acampado en ellas.—Obras de fortificacion.—Construccion de un poblado.—Reconocimientos.—Ensanche de nuestro círculo de accion.—Nos destacan á la Mandinga.

Como las constantes operaciones en que nos hallábamos era natural que mermasen nuestras filas, el 24 de Febrero salimos de Cienfuegos con 200 reemplazos para nutrir con ellos las compañías de nuestro batallon, que llevaba ya entónces el nombre de cazadores de Alba de Tormes.

Encontrámosle en Arimao, á cuyo punto habia ido á racionarse, y con él salimos al dia siguiente para Potrerillo y San Juan de los Yeras, á consecuencia de una confidencia en que se nos decia que Máximo Gomez se encontraba en el ingenio Pancho Vila, á una legua de distancia del último poblado, con el propósito de atacar este. Emprendimos,

pues, la marcha con toda celeridad, yendo á penetrar á Potrerillo y pasando por San Juan de los Yeras á las diez de la mañana siguiente. Aunque abrigábamos fundadas esperanzas de encontrarle en este sitio, ya no se hallaba en él y sí en el potrero Ranchuelo, próximo á María Rodriguez, distante unas tres leguas de donde nos hallábamos.

Como de los informes obtenidos allí supímos que la fuerza insurrecta ascendia á unos 1.400 hombres, y la nuestra era solamente de unas 700 plazas, el coronel Bonilla consultó con los jefes y oficiales si estaban dispuestos á trabar el combate á pesar de la diferencia numérica. Ni uno sólo manifestó temor, si no que por el contrario á una sola voz manifestaron todos su deseo de marchar contra el enemigo. Dispúsose, pues, atacarle en sus posiciones, y á las dos de la tarde nuestros soldados cayeron sobre el campamento insurrecto, abandonado cobardemente al apróximarse los exploradores. Nos apoderamos además de algunos caballos, de 17 reses que tenian muertas, y varias de ellas ya tasajeadas, y otras dispuestas para asarlas en hogueras que tenian encendidas. El enemigo practicó su retirada por delante del fuerte del María Rodriguez, con el que cam-

bió algunos disparos, y nosotros marchamos en su seguimiento sin que quisiera aceptar el combate, yendo á comer nuestro rancho á Saibabo en cuyo punto vivaqueamos.

Durante todo el mes de Marzo no ocurrió suceso alguno de importancia, á pesar de la incesante persecucion del enemigo, que huia siempre delante de nuestras bayonetas.

El 9 de Abril nos hallábamos en Santa Clara, á donde habíamos ido con el objeto de racionarnos, cuando se nos ordenó la salida á dos leguas de la poblacion con el fin de cortarle el paso á una fuerte partida, que habia sido batida por nuestras fuerzas en las inmediaciones de la Esperanza, á la cual encontramos en el potrero Dominguez.

El combate, que amenazaba ser rudo, duró sólo algunos minutos, porque los insurrectos abandonaron el campo, dejando en nuestro poder sus acémilas, algunas armas é infinidad de sombreros. Nuestra columna continuó su persecucion hasta muy avanzada la tarde, que se vió precisada á retroceder á Santa Clara, de donde procedia. Nuestra compañía, en tanto que la columna se ponia en marcha para Ranchuelo, se dirigia á las Cruces, que era donde se hallaba el cuartel

general, y al siguiente dia sobre las cuatro de la madrugada salíamos para el ingenio Divertido, próximo al cual, y en el punto llamado Palmasolo, habia sido cortada una columna enemiga, compuesta de más de 1.000 hombres, por dos regimientos de nuestra caballería y las guerrillas de las Villas.

Menos prácticos estos insurrectos que procedian del Camagüey que los habituados á hacer la guerra en las Villas, fueron cojidos entre dos fuegos por nuestros soldados, que sólo al arma blanca les causaron más de 100 muertos vistos, apoderándonos de toda su impedimenta, algunas armas, correspondencia, prisioneros y caballos. Esta victoria causó verdadera satisfaccion entre los nuestros, abatiendo el espíritu de los insurrectos. Tres dias despues de haber ocurrido, nos incorporábamos á nuestro batallon en Villa-Clara. A los pocos dias salíamos de allí conduciendo un convoy de 50 carretas para Manicaragua, con el objeto de abastecer dicho poblado y al batallon de cazadores de Baza que se hallaba sin raciones en la Siguanea. La circunstancia de hallarse obstruida la pendiente que hay desde Manicaragua á la Siguanea, hizo necesario que las provisiones se lleváran á lomo, llenando los sol-

dados sus morrales, cuando no pudieron ser cargadas de otra manera.

Como el punto donde se hallaba situado el batallon de Baza era estrátegico y muy comun que los insurrectos le tuviesen como cercado, necesitamos hacer varios viajes á Santa Clara hasta racionar la fuerza para dos meses, sin que á pesar de lo difícil de este suministro se nos causara estorbo alguno por los enemigos. Realizado este servicio volvimos á emprender de nuevo las operaciones por la Moza, Hoyo de Manicaragua, Barajagua, potrero del Francés y Loma del Vizcaino. Hasta en este último punto no trató el enemigo de hostilizar la columna con algunos disparos de fusil; pero despues de haberle desalojado de sus posiciones, quemamos sus campamentos, continuando nuestro batallon sus operaciones hasta Cumanayagua, en cuyo punto descansó la fuerza un dia. Como no habia vagar para aquella persecucion, al siguiente dia practicamos varios reconocimientos por los montes del Mamon, Lomas Grandes y Ojo de Agua, regresando á Villa-Clara cuando no pudimos rastrear al enemigo. En esta ciudad se ocupaba el comandante general de las Villas, brigadier Mendiuña, de organizar una co-

lumna fuerte de 1.500 hombres para caer con ella por distintos caminos sobre el punto denominado la Sierra, la cual se hallaba ocupada por una numerosa partida insurrecta.

En el plan trazado por el general tocóle al batallon en que teniamos la honra de servir embarcarse á bordo de tres goletas, que deberian ir remolcadas por otros tantos vapores, debiendo desembarcar en Gavilanes, á una legua próximamente de la Sierra, con el fin de caer muy de madrugada sobre el enemigo. Así lo hicimos, y apenas puesto nuestro pié en tierra procedimos á reconocer escrupulosamente todos los accidentes del terreno, llegando á acampar en la misma Sierra, abandonada por el enemigo la noche anterior. Adquirida allí noticia del paradero de los insurrectos, combinadas nuestras fuerzas, se propusieron al siguiente dia desalojarle de sus posiciones, á pesar de ser estas elegidas por él y poco menos que inexpugnables. Tocóle al batallon de Alba de Tormes atacar de frente al enemigo, que sabia que habíamos de tardar más de media hora en el ascenso de la loma que ocupaba, rompiendo contra nosotros un nutrido fuego, que no podiamos contestar por necesitar de las manos para no rodar al precipicio; pero cuando en

vista de lo pasivo de nuestra actitud se mostraban más y más animados á disputarnos el paso, el batallon del Orden los acometió por la espalda con descargas cerradas y una brillante carga á la bayoneta que los desbandó, arrojándose muchos al precipicio que tenian á sus plantas.

Los insurrectos tenian tal seguridad que no llegaríamos á tomar sus posiciones, que habian construido en ellas un campamento de más de 80 bohios, que arrasamos inmediatamente, apoderándonos de muchas provisiones é infinidad de ropas de las tiendas que los rebeldes habian quemado en el poblado de la Sierra. Toda la columna, verificado aquel hecho de armas, regresó al punto de partida, escepto el batallon cazadores de Alba de Tormes, que quedó acampado en en aquel sitio.

D. Luis Prats, su jefe, que comprendió desde luego su importancia, se ocupó en el primer momento, no sólo de trazar las obras de fortificacion necesarias para el resguardo de nuestras tropas, sino de la reconstruccion del poblado que habian incendiado los enemigos.

Por consiguiente, toda nuestra fuerza se dedicó á los trabajos del fuerte, que quedó

terminado en un breve plazo, trascurriendo los meses de Mayo y Junio tanto en esta clase de trabajos como del de barracones, casas y cobertizos, ocupándose despues en reconocimientos frecuentes por las cercanías del campamento, que dieron por resultado no sólo ahuyentar al enemigo sino que volvieran á sus casas las familias que andaban errantes por los bosques, temiendo los percances de la guerra.

Como los trabajos de fortificacion estaban terminados, podíamos dejar allí una sola compañía y estender las demás al radio de la esploracion; de este modo recorrimos las Moscas, rancho del capitan Hoyo Padilla, Mamoncillo y Tamarindo, en cuyo último punto una fuerza enemiga trató de defender su campamento, del que le desalojamos, dejando sobre el campo siete muertos, algunos caballos, ropas y otros efectos, sin más bajas por nuestra parte que la de un soldado muerto.

La posesion del punto que habíamos tomado al enemigo, y que nuestro teniente coronel habia tenido la prevision de fortificar, no podia dar mejores resultados, y las familias que habian huido á la manígua volvian al poblado, donde nuestras tropas

les prestaban la más completa proteccion.

Por lo general, despues de los reconocimientos que practicábamos diariamente, regresábamos á la Sierra, y cuando merced á la incansable y diaria tarea de buscar al enemigo, limpiamos de él todos aquellos contornos, nuestra columna procedió á ensanchar su círculo de accion, avanzando hasta los potreros del Francés y Vizcaino, destruyendo en ellos campamentos abandonados y talando todos los sitios que podian ser guarida de los rebeldes. Hasta en el cafetal de Pepe Gonzalez no pudimos dar con el enemigo, y aunque no nos opuso más que una resistencia muy débil, le causamos tres muertos, dejando en nuestro poder algunas armas, caballos y mulos.

Tambien cayeron en nuestro poder unas cuantas mujeres insurrectas; y como una de ellas era de la que hemos tenido ocasion de hablar en algun capítulo de este libro, no estrañará el lector que la consagremos algunas líneas.

Por lo demás, la columna, desde este pequeño encuentro del cafetal Pepe Gonzalez, regresó á la Sierra, ordenándosenos á nosotros que marcháramos destacados con 38 hombres, de aquellos que por las fatigas de

la campaña no se hallaban en actitud de marchar y contramarchar, al fuerte construido en el poblado de la Mandinga, á cuya defensa consagraremos uno de los capítulos venideros.

CAPÍTULO XIX.

El cafetal Gonzalez.—Nuestra sorpresa.—Luisa Gonzalez.—Su historia.—Nuestros consejos.—Su reincidencia.—Su casamiento con Pancho.—Franqueza é ingenuidad.—Separacion. —Despedida.—Noticias tristes.—Lectura de una carta que no habíamos recibido.

El cafetal Gonzalez donde habíamos penetrado, es un sitio hasta cierto punto célebre en la campaña de Cuba, porque en él se han reñido muchísimos encuentros, entre los insurrectos y las tropas españolas.

Al penetrar nosotros en él, nos apoderamos de un pequeño campamento situado en el punto conocido por la Loma del Ternero, en el cual encontramos como unas siete mujeres y algunos niños. Al observarlas nosotros no pudimos ménos de lanzar un grito de sorpresa al descubrir entre ellas á nuestra antigua amada, á Luisa, á quien habíamos dejado en Guinia de Miranda. Ella aparentó no reconocernos. Entonces, tomándola de la mano, la llamamos por su nombre.

—¿Cómo?—la dijimos—te has olvidado ya de nosotros.

Luisa nos miró entonces con alguna intencion, y de sus ojos brotaron dos gruesas lágrimas que nos enternecieron.

—Sí, me dijo, te he conocido desde el primer instante; pero el remordimiento de no haber procedido lealmente contigo me avergüenza.

—¿Luego piensas que debo estar quejoso de tí?

—Sin duda alguna. Tú me eras muy simpático, pero fatalmente yo debia estar donde estaban los mios.

—¿Es decir que te marchaste de nuevo á la insurreccion?

—Cierto es, porque nada debo ocultarte, y con objeto de que sepas todo lo que á mí hace referencia te lo c ontaré de una manera breve y sumaria. Poco despues de irte tú á la trocha, nos volvimos á la manígua ante las escitaciones reiteradas de nuestra familia, que nos llamaba anunciándonos el triunfo de nuestra causa, que siempre estaba próximo á llegar. Mi madre y yo obedecimos las órdenes de los nuestros, y apuramos nuevamente las mil penalidades que ya conocíamos. Dentro de mí se habia operado un cambio respecto á la cuestion de Pancho; estaba resuelta al sacrificio, si era preciso sa-

crificarse, y estos propósitos abrigaba en mi pecho al abandonar el techo paterno. Pancho habia sido gravemente herido en una de las acciones empeñadas con vosotros, y á los pocos dias tuve ocasion de verle tendido en la hamaca con la muerte reflejada en su semblante, que me pareció entonces más hermoso que nunca. Durante la curacion de sus heridas, que fué larga y penosa, Pancho no quería á nadie cerca de sí más que á mí, y como yo empezaba á sonreirle y á mirarle con la dulzura que engendra el afecto, estaba loco de amor y de felicidad.

—Sin tí,—me dijo un dia,—hubiera muerto sin remedio; pero tú eres como mi angel salvador que viene á infundirme nueva vida y nuevos alientos.

Mi padre y mi hermano que veian la acojida que yo dispensaba á Pancho me la pagaban con un cariño y un afecto estremados. Tu imágen se me representaba muchas veces en el sueño, y no podia dudar de tu amor, de tu nobleza y desinterés hácia mí; yo te amaba tambien; pero aquel amor ¿no era un amor maldito? ¿Me atrevería yo á declarárselo á mi padre, á mis amigos, á mis parientes?—Nunca. Por consiguiente, juzgué que no debias imprimir un sólo latido

á mi corazon, y resueltamente arranqué su imágen de él.

—Y nosotros, le dijimos, la tuya del nuestro, al imaginar que no profesabas á nuestra pátria la pasion con que la adoramos.

—Los dos procedíamos de igual manera. Si no amor, el trato engendró la estimacion, la estimacion la amistad, la amistad el cariño; ¿quién sabe, me dije, si el cariño puede inspirar el amor? Y pocos meses despues se realizó mi matrimonio con Pancho, dándole á él la felicidad y un dia de inmenso júbilo á mi familia que le tenia en mucho. Los cuidados de la hija tierna y de la hermana cariñosa se aumentaron con los de la esposa amante, y mi vida más que vida fué un infierno de perpétuas zozobras y ansiedades. Yo veia á los mios fugitivos; á los vuestros constantemente esforzados y valerosos; á los mios cayendo sobre vosotros por medio de la sorpresa y de la emboscada; á los vuestros penetrando en lo inestricable de los bosques con el ánimo de buscarnos en nuestras más ocultas guaridas, y muchas veces sentia deseos de levantar mi voz en el seno de mi familia para escitarla á la presentacion, y volver á la vida sosegada y tranquila de nuestros hogares. Confieso, sin embargo, que

no tuve nunca valor para esto, de suerte que acepté todas las horrorosas consecuencias que vendrian detrás de la existencia que arrastrábamos. ¡Cuántas veces pensaba yo que los azares de la campaña podian llevarte á tí á ser el matador de mi esposo, ó mi esposo el tuyo!

En tanto que Luisa hablaba, nosotros la contemplábamos de hito en hito. Todavía conservaba el brillo de sus grandes y rasgados ojos negros; todavía se conservaba abundante y sedosa su cabellera; pero pronto iba á ser madre, y en sus mejillas habia la demacracion natural de su estado y de los padecimientos sufridos en el campo.

—Yo celebro al encontrarte, nos dijo Luisa, que ningun contratiempo te haya sucedido, y con gusto veo que tus merecimientos te han abierto un porvenir en el ejército. En cuanto á mí soy todavía más desgraciada que lo era cuando me conociste por primera vez. Ayer tenia un esposo y un hermano; hoy no tengo ni esposo ni hermano.

—Cómo, le replicamos—¿han muerto?

—Sí, dijo Luisa lanzando un suspiro, los dos han sucumbido en la accion de Barajaugua, y mi padre se encuentra mal herido, segun mis últimas noticias.

—Hé ahí, le dijimos, á dónde los conduce su terquedad; á recibir una muerte sin gloria, porque las causas miserables no la tienen, y la bandera insurrecta no representa nada sério y digno de sacrificio.

Luisa inclinó la cabeza y no nos contestó, concretándose sólo á decir:

—Dios quiere lo que me pasa y sea todo por él.

—¿Qué es de tu madre? le preguntamos.

—Al lado de mi padre cumpliendo sus deberes de esposa.

—Es decir que tú te hallas próxima á ser madre de un niño huérfano.

—Desgraciadamente.

—No queremos exhortarte, no queremos darte consejos, porque lo hemos hecho en otra ocasion, y tú hiciste lo que mejor te ha parecido.

—Lo que he creido que me dictaba mi conciencia.

—Ya comprenderás que era puro el amor que encendiste en nuestro pecho.

—Sí que lo he comprendido.

—Y hoy que la casualidad hace que te encontremos nos inspira verdaderamente lástimas tu situacion, y no podemos menos de

preguntarte qué piensas hacer, si has de contestarnos con ingenuidad.

—Amigo mio, debo la verdad á tu noble proceder. Sé que me has amado, y nunca he mentido al contestarte que te habias granjeado todo mi afecto y estimacion; pero despues de la terrible cadena de sucesos que me han arrastrado, debo rodar hasta el último fondo del abismo.

—¿Pero ha de ser tan porfiada tu obcecacion que no has de salir de ella á pesar de la rudeza con que el cielo te avisa que la dejes?

—Ayer hubiera sido tiempo todavía; hoy es ya muy tarde.

—De modo que vas á querer tan mal á ese pedazo que ahora llevas en tus entrañas, que vas á esponerle á una muerte cierta en la vida agitada que has llevado hasta aquí.

Sentíamos pronunciar estas duras palabras, pero creíamos preciso hacer un esfuerzo para colocarla fuera de voragine, donde la veíamos colocada, y á pesar de que las circunstancias habian puesto una valla insuperable entre ella y nosotros, todavía sentíamos no sabemos qué influjo en su mirada sobre nuestro sér que nos causaba una sensacion imposible de definir. Y es que cuando

se ama por primera vez, el amor no se estingue por completo de nuestra vida, sino con la muerte.

—Ahora, nos dijo Luisa, se nos llevará al poblado, y del poblado buscaremos las filas insurrectas en cuanto tengamos ocasion y lugar para ello.

—Y tú ¡pobre niña! ¿imaginas por ventura que ese triunfo que os dicen que está próximo á conseguirse lo alcanzareis?

—¡Nunca! nos respondió Luisa meneando con abatimiento la cabeza; pero puesto que es preciso arrastrar una vida desesperada, arrastrémosla, y que no nos maldigan las personas que nos aman y que forman parte de nuestra familia.

—Está bien; puesto que nos inspiras una lástima grande, sólo te deseamos una muerte pronta para que consigas el reposo y la calma que no has de conseguir de otra manera. Si algo necesitas de nosotros estamos dispuestos á darte lo que podamos.

—Te lo agradezco en el alma, sintiendo que la fatalidad haya sido tan inexorable que haya separado dos corazones que acaso juntos hubieran podido ser dichosos.

Aquella tarde nos separamos de Luisa para verla á la mañana siguiente antes de que

la condujeran al poblado. La entrevista que con ella habíamos tenido nos habia afectado bastante, y comprendimos que no habia salvacion para aquella niña que en medio de todo era buena y se hallaba estraviada por el amor á la familia. Sabiendo como sabíamos sus propósitos de volver á la manígua, ¿tendríamos la desgracia de encontrarla? Pediamos á Dios que no la colocara en nuestro camino, porque nos habia hecho su presencia un efecto doloroso.

Al toque de diana corrimos á verla, con objeto de despedirnos de ella, quizá para siempre.

—Vengo, la dije, á estrecharte la mano y á suplicarte que pienses y medites mucho sobre tu resolucion.

—No hablemos de eso, nos contestó, ya sabes la firmeza de mis propósitos.

—Lo siento por tí y por tu hijo.

—Yo te lo agradezco; pero segura estoy, conociéndote como te conozco, que encuentras digno mi proceder

—Entonces no hablemos más sobre ese asunto; te deseo todo género de prosperidades... y pido á Dios que vele por tu vida.

Y cuando nosotros nos separábamos de aquella criatura, sus ojos se inundaron de

lágrimas, y apretamos el paso para no contagiarnos con aquel sentimiento.

Despues de esta escena, como á los quince ó veinte dias, supimos por las noticias que nos dió un práctico amigo nuestro, que Luisa al nacer la pobre criatura que llevaba en su seno habia espirado; y como sabíamos la determinacion que pensaba seguir, ingénuamente lo decimos, nos alegramos de aquella prematura muerte que le ahorraba una vida muy desdichada. Entre sus papeles se encontró una carta que debia dirigirnos desde Guinia de Miranda, y que no llegó á nuestras manos.

Hé aquí una copia:

«Te escribo esta carta á la cual no recibiré contestacion, porque estaré ya en la manígua. Al decirte que correspondia á tu amor, no te engañaba, pero como me daria vergüenza declarar que amaba á un soldado de los que persiguen á mi familia, y como no podria casarme contigo sin merecer la maldicion de los mios, he creido que un deber de conciencia me obligaba á decírtelo así, y á pedirte que me olvides como indigna de tu amor. Adios para siempre.»

Esta carta, síntesis de la conversacion que hemos tenido más tarde con Luisa, es el

único recuerdo que nos queda de aquellos amores muertos casi en el mismo instante de nacer.

Ahora, despues de este detalle, prosigamos nuestra narracion.

CAPÍTULO XX.

Situacion del fuerte de la Mandinga.—Instalacion.—Descripcion de las obras de defensa.—Lo que desde el primer instante se nos ocurrió.—Simpatías que se nos dispensaron.—Visitas de Concho y del Bachiller.—Ocasiones en que abandonábamos el nido.—Una sorpresa poco agradable.—Cincuenta para uno.—Rudeza del ataque.—Nuestros temores.—Salida del sargento Rodriguez.—Subordinacion de los insurrectos.—Una puntería certera.—Logran penetrar dos en el fuerte.—Retirada.—El amanecer. —Bajas.—Avanza la columna de Prats.—Orden del batallon.—Los catalanes.—Precauciones.

El fuerte de la Mandinga, á donde marchamos destinados con los 38 hombres que se nos habian confiado, se halla situado á ocho leguas de Cienfuegos, y el poblado que le dá su nombre y está á sus inmediaciones es tenencia de partido de Cumanayagua.

Todo aquel territorio se distingue por la riqueza pecuaria, y despues de las quemas de la Moza, el Hoyo, Barajagua, las Mocas y Tamarindo, era el punto avanzado que ocupaban nuestras tropas en direccion á las renombradas posiciones de Siguanea.

El dia 4 de Julio del año de 1875, á los ocho dias poco más ó ménos de salir de la

Sierra, recibíamos del capitan del regimiento de infantería del Rey el puesto que mandaba, y despues de enterarnos de una manera minuciosa de las obras de defensa que ofrecia el fuerte y las órdenes de la superioridad anexas al mismo, nos instalamos en aquel punto con nuestros 38 hombres.

Conviene que hagamos una ligera descripcion de este fuerte, que habia sido construido provisionalmente por las fuerzas que nosotros fuimos á relevar. Era un cuadrado paralelógramo, cuyas trincheras levantaban vara y cuarta, y remataban en un cubre-cabezas con aspillera corrida, y los fosos que las circundaban tendrían escasamente media vara de profundidad.

En dos de los ángulos opuestos habia dos tambores suficientes á contener cada uno de ellos 25 hombres, y el perímetro del fuerte necesitaba para ser defendido triple número de hombres de los que teníamos á nuestras órdenes. Comprendímoslo así desde el momento de penetrar en él, y ocurriósenos desde luego cortarle, pero no nos atrevimos á ejecutar desde luego nuestro proyecto porque la guarnicion necesitaba descanso, puesto que su salud era en su totalidad muy delicada. Lo que sí hicimos, previendo que

era un peligro para el fuerte, fué limpiar las altas yerbas que crecian á sus alrededores y talar todos los árboles que pudieran dificultar la inspeccion que era de todo punto necesaria, dados los medios débiles de defensa que poseíamos.

En el centro del fuerte se levantaba un cobertizo en el que teníamos todos la vivienda, y á manera de puente levadizo colocado, un tablon que daba entrada al fuerte por la única puerta que tenia.

El poblado se estendia en semi-círculo enfrente del fuerte, que era como su centinela avanzado.

No era necesario discurrir mucho para comprender la grave situacion en que nos encontrábamos, si á una gruesa partida de las que pululaban por aquellos alrededores le daba la gana de acometernos.

A los pocos dias de establecidos en aquella especie de nido de golondrina, ya conocíamos y contábamos con el afecto de muchos de los moradores de la Mandinga.

Muchas veces venia á visitarnos el honrado Concho, de quien todavía conservamos un grato recuerdo de amistad, y allí, tomando café, fumando algun veguero ó tocando la bandurria, pasábamos una gran parte de

esas deliciosas noches de los trópicos, muchas veces interrumpidas por falsas alarmas, originadas por los ladridos de los perros á las reses descarriadas, ó por ruidos estraños ó desconocidos.

Es lo cierto que nuesto temor no nos hizo salir un solo momento de aquella inocente fortificacion que no lleváramos el próposito de regresar á ella en seguida para calmar nuestra zozobra.

En vano Concho (en Cuba es muy comun en hombres llamarse Concepcion) nos invitaba para que pasáramos á su casa, invitacion que desoimos, á pesar de tener él dos hijas hermosas y amables en estremo. Las únicas veces que nos permitíamos estas distracciones era cuando llegaban á la Mandinga algunas de nuestras columnas, porque entonces sabíamos que nada habia que temer. En este caso ya se sabia, delante de la habitacion de Concho era donde tenian lugar las fiestas, porque se congregaban allí todas las muchachas del pueblo y se bailaba á destajo.

En cuanto al poblado le formaban unas 50 casas todas de guano, y sus habitantes se dedicaban á las labores del campo y á la cria de ganado, habitando allí los principales ha-

cendados del partido de Cumanayagua, ó los encargados por ellos para recoger el ganado y conducirlo á Cienfuegos.

Además del amigo Concepcion, de quien hemos tenido ocasion de hablar, volvimos á ver en la Mandinga á los Valladares, que habíamos conocido en época anterior en la capital del partido, y al humorístico y simpático D. Juan Bautista Perez (álias) el Bachiller, que solia vernos con mucha frecuencia y con quien pasábamos ratos de delicioso entretenimiento.

Una noche en que la luna acababa de ponerse, la una de la madrugada próximamente, habíamos ido, estando de servicio, á buscar la manta con objeto de envolvernos en ella para evitar el rocio. Llamónos la atencion este pequeño diálogo que percibimos al volver entre dos centinelas:

—Ferrer, ¿sabes que percibo como pisadas de gente que avanza?

Como el que hacía la pregunta era un soldado bisoño, el interpelado le contestó.

—Pues aplica el oido en tierra, que si son pisadas así lo percibirás mejor.

Efectivamente, asi lo hizo, y al ponerse en pié rápidamente echó el quién vive apuntando con la carabina.

La contestacion fué una descarga.

Teníamos encima al enemigo. ¿En qué número? Ibamos á saberlo. Nosotros lo primero que hicimos fué correr sobre la puerta para recojer la tabla que servia de puente, y en el momento de agacharnos para esta operacion las balas llovieron sobre nosotros, felizmente sin herirnos.

Los insurrectos, siguiendo su sistema, nos atacaban principalmente por el flanco izquierdo en medio del mayor vocerío, y nosotros, que temíamos que esta fuera una es-estratagema para llamarnos la atencion por un punto y acometernos por el otro, no hacíamos más que correr de uno al otro de los lados del paralelógramo con objeto de evitar una sorpresa.

Ocurridas las primeras descargas, pudieron penetrar en el fuerte, gracias á nuestra serenidad, sin ser muertos por los disparos de la guarnicion cuatro individuos, entre ellos el conocido allí con el apodo del Bachiller, que nos fueron grandemente útiles, si no para la defensa, para distribuir las municiones entre los soldados.

Nuestros temores no eran precisamente los que pudieran referirse á nuestra situacion. Presentíamos que los insurrectos prendie-

ran fuego al poblado, en lo que nos cabia una responsabilidad que estaba fuera, no sólo de nuestros deseos sino de nuestros medios. Así que cuando despues de una hora de fuego los insurrectos creyeron llegado el momento de dar el asalto, al ser valientemente rechazados por aquel puñado de soldados, ordenamos en alta voz al sargento Rodriguez que saliera con una seccion bayoneta armada á impedir que se corrieran al centro del poblado, lo que se ejecutó fielmente, haciendo al enemigo desde allí unas fuertes descargas que le impusieron miedo de penetrar en aquella parte.

En cuanto á nosotros, dimos órden al corneta que tocara alto el fuego, mandamos armar la bayoneta, y en esta actitud esperamos al enemigo que se preparaba á dar el segundo asalto.

Nunca olvidaremos el sonido ronco y destemplado del clarin que usaba el enemigo, que era secundado por un cornetin de órdenes, y las voces de mando que llegaban á nuestros oidos en los breves intervalos de silencio de aquella noche memorable para nuestra humilde y oscura historia militar.

—Capitan Rodriguez, decia uno, manda el jefe que vaya V. con 100 hombres so-

bre la puerta en tanto que yo ataco con 50 macheteros por retaguardia.

—Dígale V al jefe, que se vaya él con su abuela por la puerta, que botan mucha candela.

Como los fosos que rodeaban el fuerte eran muy poco profundos, y como su perímetro era demasiado grande para las 20 ó 24 personas que nos hallábamos dentro, y por otra parte la noche era profundamente oscura, temíamos que caso de ocurrir el asalto nosotros mismos nos causáramos unos á otros la muerte.

El asalto vino con el acostumbrado séquito de vocerio, y hasta escuchábamos el ruido de los palos que se daban á los negros, escitándolos á que penetraran sin temor en el recinto del fuerte.

—No tener miedo, les gritaban, que son movilizados.

Y como se habian rendido algunos fuertes, entre otros los de Barajagua, Arsinao y el Hoyo, guarnecidos por esta clase de fuerzas, hablándoles este lenguaje creian infundirles más valor.

Nunca hemos andado con la velocidad que aquella noche al recorrer los lados del fuerte, y tuvimos la fortuna inmensa de que

á los dos que penetraron en lo más rudo de la acometida dentro de él fueron instantáneamente conocidos y muertos, así como los pocos que lograron encaramarse sobre la trinchera. Quebrantados y rechazados en esta segunda acometida, se retiraron haciéndonos fuego, penetrando alguno de ellos en una casa con una mecha, y al tratar de dar fuego al alero, uno de nuestros soldados, con una punteria verdaderamente digna de premio, le atravesó la mano de un balazo, imposibilitándole de llevar á cabo su criminal accion; pero otro se encargó de secundarle, y la casa ardió, y sus resplandores, iluminando á los insurrectos, nos sirvieron grandemente para hacerle certeros disparos, así como tambien á la seccion que se hallaba en el centro del poblado.

Eran como las cuatro de la mañana, y todavía no se habia apagado por completo el fuego, porque los insurrectos se retiraban hostilizándonos y nosotros contestábamos con mucho más resultado á sus disparos.

Cuando el dia nos iluminó, pudimos juzgar el inminente riesgo que aquella noche habíamos corrido. Las trincheras estaban materialmente cubiertas de balazos, pero en la guarnicion, habíamos tenido la fortuna de

que solo un soldado resultase herido en un brazo.

La mayor parte de los vecinos de la Mandinga, unos se habian ocultado desde los primeros tiros en unas cañadas que existian cerca de allí, próximas á las casas, y otros á quienes de antemano teníamos ya prevenidos con el fin de evitarles desgracias, se tiraron de las camas y hamacas al suelo y permanecieron tendidos á lo largo, hasta que oyeron la animada diana que habíamos ordenado tocar al amanecer. Dijéronnos que al escuchar el vocerío de los insurrectos y que el fuerte dejaba de contestar á sus fuegos en algunos intervalos, creyeron que aquel habia caido en su poder. Así es, que se aproximaron con precauciones á él, admirándose de que hubiéramos salido ilesos de tan inminente peligro. Segun todos los informes que se nos dieron, la fuerza insurrecta por la que acabábamos de ser atacados, debia esceder de 600 hombres, la mitad á pié y la otra montada, y en una casa que se hallaba fuera del alcance de nuestros fusiles, se habian curado heridas á más de 35 insurrectos por dos médicos que venian en la partida.

En total, las bajas que les causamos en-

tre muertos y heridos, ascendió por datos fidedignos tomados á 58. Sólo entre los muertos que no pudieron recoger, se hallaban unos 23.

Para la primera acometida que nos dieron, y con objeto de que les marcaran la entrada del fuerte, traian dos prácticos vecinos de la Mandinga, á quienes á viva fuerza impusieron esta comision, que en lo duro del fuego consiguieron escabullirse. Este suceso, temido y esperado por nosotros, acabó de darnos una idea de los peligros que corríamos, si no completábamos las obras de fortificacion solo iniciadas, disminuyendo el perímetro del fuerte que no podíamos custodiar ni defender de modo alguno con tan escaso número de soldados.

A las seis y media de la mañana el centinela nos avisó, que por el camino de Cumanayagua se aproximaba una fuerza de 600 hombres. Era este nuestro batallon, que habia llegado la noche anterior á la cabecera del partido, custodiando un convoy de 50 carretas, lo cual le habia impedido venir en nuestro auxilio. Diónos las gracias á toda la guarnicion del fuerte el teniente coronel Prats, que mandaba la columna, y publicó en el mismo dia esta órden:

«El comportamiento del alferez D. Juan Escalera é individuos de la clase de tropa que guarnecen este destacamento la Mandinga, ha sido bueno para el nombre del batallon y digno del proverbial valor del soldado español en la defensa de este fuerte en la pasada noche, resistiendo los repetidos ataques del enemigo, ya con sus descargas, ya al arma blanca; y para satisfaccion de todos los que forman parte de la guarnicion, perteneciente á la cuarta compañia, se hace público en la órden de este dia, poniendo el hecho en el dominio del Excmo. señor general en jefe.—Vuestro comandante y primer jefe, Prats.»

A consecuencia de este hecho de armas se nos concedió el empleo de teniente, al sargento segundo Patricio Rodriguez Ramos grado de sargento primero, al corneta José Alcaraz Diaz, cruz roja del Mérito militar, al cabo segundo Bernardo Laguna Gonzalez grado de cabo primero, y á los soldados Manuel Martinez, Juan Perez, Miguel Calles Antonio Ferrer, Alfonso Gonzalez y Celestino Martinez, cruz roja del Mérito militar.

Al retirarse nuestro batallon ordenó su jefe que se quedaran allí diez hombres de refuerzo y dos cajas de municiones, empren-

diendo con su columna el camino de Cumanayagua. Poco tiempo habia trascurrido desde que emprendiera su marcha el batallon cazadores de Alba de Tormes cuando volvimos á ser llamados por el centinela, que nos avisaba que precisamente por el camino por donde hácia el amanecer se habian retirado los insurrectos que nos atacaran, se veian unos 50 caballos que avanzaban en guerrilla en direccion al poblado, en tanto que por los potreros y en son de ataque venia otra fuerza de á pie bastante numerosa. Juzgamos que rehecho el enemigo intentaba acometernos nuevamente, de suerte que suponíamos que ibamos á tener una segunda edicion de la noche, aunque por ser de dia y haber recibido un insignificante refuerzo, no nos causaba la alarma que acabábamos de pasar. Pero bien pronto se disiparon nuestras dudas, porque avanzó un ginete que nos participó que formaba parte de la columna de catalanes que la noche anterior habia pernoctado en el ingenio de la Teresa, donde se habia tenido noticia de la embestida de que habíamos sido objeto, poniéndose en marcha con toda prontitud con el buen deseo de auxiliarnos. El mayoral de aquel ingenio habia participado al teniente

coronel D. Anselmo Fernandez, que mandaba el batallon de catalanes, que la Mandinga debia haber sido tomada por los insurrectos, puesto que él habia visto desde una loma arder el poblado y cesar el fuego de fusileria. Como el aspecto de aquellos soldados era tan dado á ser confundido con los insurrectos, tomamos las oportunas precauciones hasta cerciorarnos de que eran lo que decian ser, y confirmado, nos vimos luego rodeados de aquellos valientes que inspeccionaban por sí mismos el sitio y los detalles donde habia tenido lugar el hecho tan felizmente terminado para nosotros.

Aprovechemos esta ocasion, para decir algo apropósito de este distinguido cuerpo que ha ilustrado su nombre con tan brillantes victorias, y de su antiguo jefe el teniente coronel, hoy coronel D. Anselmo Fernandez, cuyo pundonor, bravura é inteligencia, reconocen cuantos han tenido ocasion de tratarle.

CAPÍTULO XXI.

El teniente coronel de catalanes.—Dónde hizo sus primeros estudios.—Le hieren en Vad-Ras.—Va á Cuba de ayudante del general Pieltain.—Su carácter.—Desempeña el Gobierno de Guanabacoa.—Manda los catalanes.—Su bizarría.—Su inteligencia. — Una accion que presenciamos.—Unas frases de diálogo.—Mil insurrectos casi á tiro.—No nos atacan.—El teniente coronel Fernandez pasa á los Abreus.—Sus servicios allí.—Retírase por enfermo.

D. Anselmo Fernandez Quirós es hijo de Gijon, en Asturias, en cuyo instituto de Jovellanos hizo sus primeros estudios de matemáticas y lenguas, entrando poco despues en el colegio de infanteria de Toledo, entre cuyos alumnos se hizo notable por su aplicacion. Ya oficial, marchó como la mayor parte de nuestra juventud á pisar el suelo africano, cuando nuestros batallones pasearon en son de triunfo sus armas desde Ceuta hasta Vad-Ras. Tomó pues, parte en todas ó casi todas las gloriosas acciones que ilustraron nuestros timbres militares contemporáneos, y en Vad-Ras, última de las batallas reñidas, recibió cuando habia pasa-

do la hora del peligro, una herida en la mejilla, que no fué grave por la circunstancia de venir la bala ya fria. Terminada aquella gloriosa campaña, D. Anselmo Fernandez volvia de capitan á la madre pátria para consagrar sus estudios en los dias de quietud y de paz á la noble profesion que habia abrazado.

Como nuestro propósito no es el de escribir una biografía militar de este distinguido jefe, vamos sólo á trazar algunas líneas acerca de los servicios prestados por él al otro lado de los mares, donde se consagró con su fé, decision y patriotismo á servir la causa de su pátria.

Al ser nombrado capitan general de la isla de Cuba el Excmo. señor teniente general D. Cándido Pieltain, D. Anselmo Fernandez, que hacía años se encontraba á su lado en calidad de ayudante, marchó con él, ocupando aquel puesto de confianza.

Seguros estamos que nunca fué más difícil y crítica la situacion del teniente coronel Fernandez que en aquellas circunstancias, porque al lado de estas primeras autoridades se forma una atmósfera, corrompida por las camarillas y los cortesanos de todos los poderes, que asfixia y envenena á los que no

tienen un pulmon que se adapte á respirar y vivir con tal aire.

D. Anselmo Fernandez salió pues en breve á desempeñar el Gobierno de Guanabacoa, donde dejó recuerdos de probidad y de cariño, que no se olvidarán fácilmente; pero en aquellos dias de rebelion contra la autoridad nacional, el teniente coronel á que aludimos, que podia prestar más satisfactorios servicios en el campo de batalla, que gobernando una jurisdiccion, confiósele el mando del batallon voluntarios de catalanes, gente indómita, que necesitaba un jefe de las condiciones que resplandecian en el Sr. Fernandez; poseia además el catalan que habia aprendido durante los dias que permaneciera de guarnicion en los pueblos de Cataluña, y esta circunstancia le hacía más y más idóneo para este mando.

Los catalanes, que por tradicion conservan un espíritu tan ferviente de localidad, debieron celebrar esta eleccion, porque en pos de ella venian las mejores condiciones para el denuedo y la victoria.

Ya nos hemos ocupado de la valentia que mostró en Barajagua atacando el centro, donde le mataron el caballo, y lo mismo que en este sitio sus encuentros con el enemigo

en el tantas veces citado Cafetal de Pepe Gonzalez y en las lomas de Tamarindo y potreros del Francés y Vizcaino, enaltecen no sólo su valor sino su pericia militar.

Nosotros, cuando nos hallábamos destacados en la Mandinga, le veiamos pasar, despues de enterarse de la direccion de los insurrectos, en su búsca, regresando generalmente á aquel poblado para pernoctar.

No de su boca, sino de la de los oficiales ó de las clases oimos celebrar su bravura, más grande cuanto mayor y más dificil era su empresa.

Como conocíamos las madrigueras de los insurrectos, y que él los buscaba en ellas, sabíamos tambien que al regresar á la Mandinga de sus espediciones traeria consigo los tristes resultados del combate, es decir, los muertos. Un dia en que desde nuestras posiciones pudimos ver y hasta casi distinguir algunos detalles de un porfiado encuentro con los enemigos, que le disputaban el paso palmo á palmo, ordenamos á nuestros soldados que abrieran una zanja para dar sepultura en ella á los muertos que debería recojer sobre el campo de batalla. Durante cuatro horas por lo menos, oimos un fuego vivísimo y comprendimos que la accion debería

habernos sido favorable por las rojas llamas que se estendian por los aires, y que eran para nosotros un indicio seguro de que nuestros soldados habían dado fuego al campamento enemigo.

Al avanzar la guerrilla por la tarde nos enteró de lo sucedido aquel dia en que el teniente coronel debió su salvacion á un incidente fortuito, pues su reloj y la cartera de viaje le salvaron de una muerte segura, ocasionándole el balazo una fuerte contusion.

—Los soldados de mi columna vienen tan cansados, nos dijo al vernos, que quisiera que mandara V. á los de este destacamento que abrieran una zanja para sepultar los muertos que he recogido.

—Mi teniente coronel, le respondimos, la zanja está hecha, y mucho hubiéramos sentido que V. la ocupara, porque sabemos que ha corrido V. un grave riesgo.

—Cierto es, nos contestó; pero esos son percances del oficio.

La columna pernoctó allí aquella noche, continuando á la mañana siguiente su espedicion con el mismo brio y entereza.

Como habíamos tenido el cuidado de hacer una empalizada, en donde se habían enterrado los valientes que sucumbieron cum-

pliendo sus deberes de soldados españoles, el teniente coronel no pasaba una sola vez por aquel paraje que no visitara las tumbas de sus subordinados.

Tampoco dejaba de enterarse minuciosamente de cuanto hacía relacion al fuerte de la Mandinga, cuyas obras se emprendieron con gran actividad por los que le guarnecian para ponerle en condiciones de defensa. El foso que ya dijimos que tenia como media vara, se le dió la conveniente profundidad, elevando las trincheras y cubriéndole todo él. El perímetro que dijimos tenia una extension impropia de la escasísima guarnicion que le ocupaba, se le cortó, quedando reducido á unas dimensiones naturales.

Tomadas todas estas precauciones nuestros temores habian desaparecido. Así es que cuando algunos dias despues del asalto que habíamos sufrido divisamos una numerosa partida insurrecta, compuesta de unos 1.000 hombres, cuyos toques de corneta percibíamos perfectamente, mandamos que la nuestra tocara aires nacionales con objeto de atraerlos por si nos creian distraidos y consagrados á la algazara, para hacerles nutridos disparos cuando se encontraran al alcance de las bocas de nuestros fusiles; pero

á pesar de que la partida permaneció muy cerca del fuerte como una media hora, al cabo de ella emprendió su camino, sin que intentara absolutamente nada contra nosotros.

Nuestros soldados se hallaban tan satisfechos de su obra de fortificacion que hasta vieron con pena que se les escapaba el momento de probarla.

—¡Qué lástima, decíamos nosotros viendo las columnas de polvo que levantaban á su paso, que no apareciera ahora de improviso el jefe de los voluntarios catalanes!

Por lo que á nosotros toca cuidamos de enviar propios á las inmediaciones para dar el aviso á las columnas que pudieran encontrarse en ellas, con el fin de que vinieran á buscarlos, y á los puestos para que estuvieran con vigilancia y prevenidos por si el enemigo intentaba algun golpe de mano contra los poblados.

Cuando pocos dias despues pasó por allí, como siempre en busca del enemigo, el citado teniente coronel, se apesadumbró que las circunstancias no le hubieran hecho aprovechar aquella ocasion de batir en campo abierto á un enemigo que gusta como los cobardes de pelear en las sombras y á traicion.

Como única recompensa por los brillantes hechos de armas llevados á cabo por este distinguido jefe militar, se le concedió el empleo de coronel, por la accion en que habia recibido la contusion de que nos hemos ocupado.

Pero si por la parte de Cumanayagua pululaban partidas insurrectas, era preciso perseguirlas incesantemente, y á las que se hallaban casi exclusivamente consagrados tanto el batallon de cazadores de Alba de Tormes como el de Leon, como el de voluntarios catalanes. La circunstancia de haberse corrido algunas partidas hácia los Abreus, territorio rico y que necesitaba ser muy vigilado por encontrarse en él bastantes ingénios, fué causa de que la autoridad superior pensara en el coronel D. Anselmo Fernandez para confiarle el mando de aquella zona, conociendo como conocia sus condiciones de inteligencia y valor, en cuyo punto permaneció hasta fin de Octubre de 1875.

La naturaleza más vigorosa no puede resistir sin desfallecer ó quebrantarse, las fatigas de la lucha en aquellos países tan contrarios á nuestras condiciones de clima y manera de ser; y como es natural su salud

tenia que resentirse y serle necesario el descanso. Poco antes de que nosotros nos embarcáramos para la Península tuvimos el gusto de saludarle en la Habana, donde permaneció algunos dias, yendo despues á reponerse á Cárdenas, y á estas horas no sabemos si emprendió nuevamente las fatigas de la campaña ó si, como nosotros, ha regresado á la patria porque no le hayan permitido sus dolencias consagrarse como él deseara á la causa de toda su vida, que es la causa de España.

Como quiera que sea, donde esté el coronel D. Anselmo Fernandez Quirós tiene la patria un jefe entendido y un español valiente, digno de toda estimacion y simpatía.

CAPÍTULO XXII.

Salimos de la Mandinga.—Ida á Cienfuegos.—Tristeza.—Marcha á la Habana.—Ligerezas.—Los voluntarios.—Un recuerdo.—Felipe Alonso.—Necesidad de regresar á la Península.—Astúrias en la Habana.—Despedida.—Interrogaciones.

La salud que hasta entonces habíamos disfrutado en los siete años que llevábamos de residencia en Cuba, en aquella trabajosa vida militar, empezó á resentírsenos en la Mandinga. Perdimos el apetito y nos asaltaron unas calenturas que postraban nuestras fuerzas, colocándonos en una situacion crítica. A consecuencia de esto pedimos al jefe del batallon nuestro relevo, y marchamos á Cienfuegos con objeto de ponernos en cura, una vez allí.

Con pena abandonamos aquel fuerte, en donde habíamos corrido peligros, y á los soldados que compartieran con nosotros las glorias y fatigas de aquel destacamento, y despues de un breve viaje, nos hallamos por fin en Cienfuegos dispuestos á hacer toda clase de esfuerzos para recobrar la salud y volver á las vicisitudes de la campaña.

Allí, como en la mayor parte de las zonas de la Isla de Cuba, teníamos compañeros de armas que veiamos salir todos los dias á buscar al enemigo para batirle y escarmentarle donde quiera que se encontrase.

¡Qué triste era nuestra situacion, y cómo se aumentaba nuestro malestar al ver que no podíamos tomar parte en sus empresas, y compartir con ellos como otras tantas veces, los triunfos y las penalidades de la guerra!

Obtenido despues de un reconocimiento facultativo un mes de licencia para atender á nuestra curacion, determinamos pasar á la Habana, donde teníamos un hermano y por consiguiente las atenciones y cuidados de la familia que nos faltaban allí.

Variamos pues de domicilio, y nos dirigimos á la capital de la Isla para ver de conseguir lo que nos fué imposible alcanzar durante los dias que permanecimos en Cienfuegos.

Tan habituados nos hallábamos á la vida del campamento, que se nos hacía insoportable la de la ciudad.

¡De qué modo tan ligero se comenta en los círculos de esta populosa ciudad mercantil lo que hace referencia á la guerra!

Cierto es que todos hablan movidos por los mejores deseos patrióticos; pero ¡qué de inconveniencias! ¡qué de críticas sin fundamento alguno! En la Habana, todos son generales, todos entienden la manera de acabar con los insurrectos y toda la torpeza es de los jefes y oficiales que mandan, y muchas veces hasta de los pobres soldados que obedecen. Pero hagamos cumplida justicia á los habitantes de la Habana, porque si puede achacársele alguna intemperancia é inconveniencia no es menos cierto que resplandece en ellos un alto sentimiento patriótico que los hace dignos del mayor encomio. Todo español en la Habana es voluntario, y por poca aficion que se tenga á las armas, arrancan un elogio aquellos batallones compuestos de todo género de industriales, que marchan con una bizarria y una desenvoltura digna de los más aguerridos ejércitos.

Mucho se ha hablado de los voluntarios de Cuba, y á nuestro juicio se han propalado contra ellos calumnias que tienen que ser despreciables para todo el que ame nuestro pabellon y tenga una sola gota de sangre española en sus venas.

Acaso en alguna ocasion hubo exageracion de patriotismo en la conducta de los vo-

luntarios, pero ¡feliz mil veces el país cuyas equivocaciones nacen al calor de la idea y del entusiasmo de la patria!

El voluntario cubano es un español honrado, que no empuña el fusil sino cuando cree amagada su patria de algun peligro, y la Habana en estos tiempos de trastorno y de rebeliones no ha necesitado un sólo soldado para conservar en ella la más perfecta calma.

Una de las cosas que primero hicimos al volver á la Habana fué visitar la tumba para nosotros sagrada de un valiente español; la tumba de D. Gonzalo Castañon.

Éramos muy niños y habíamos tenido el gusto de conocerle en nuestra casa de Astúrias. Uníale á nuestro hermano mayor una amistad íntima y solian pasar juntos algunas temporadas. Los dos tenian unas mismas aficiones, y recordamos que ambos, con la colaboracion del tambien prematuramente muerto D. Antonio Arango, fundaron en Oviedo un periódico literario titulado *La Tradicion*, que desapareció al marchar ellos á Madrid.

Gonzalo Castañon era entonces, como lo fué durante su breve vida, sumamente espansivo.

¡Cuántas veces nos ha tenido sobre sus rodillas refiriéndonos cuentos y anédoctas inventadas por él, que oíamos con el interés con que los niños escuchan todas estas cosas!

Al acaecer su asesinato en Cayo-Hueso estábamos en campaña y no pudimos menos de sentir muy amargamente la pérdida de aquel jóven, cuyo carácter romancesco le hubiera hecho adquirir una universal reputacion de aprecio.

En la Habana se hallaba el que habia tenido el triste privilegio de que muriera en sus brazos, nuestro querido paisano D. Felipe Alonso, quien despues de haber hecho toda clase de esfuerzos de amistad para impedir que Castañon demandara á sus traidores asesinos una reparacion á sus ofensas, le siguió hasta aquel punto corriendo sus propios azares.

Felipe Alonso, lugar teniente de Gonzalo Castañon, como hablando de él decia cariñosamente un amigo suyo, es una persona que merece la estimacion y el aprecio de cuantos tienen el gusto de tratarle. Entregado desde muy niño al comercio, dos ó tres veces ha visto realizada una modesta fortuna, y dos ó tres veces ha tenido que volver á trabajar de nuevo con el primer ímpetu.

El patriotismo y la abnegacion que resplandecen en sus condiciones de carácter hicieron que en la Habana se le designara para comandante de uno de los batallones de voluntarios, cargo que siendo honroso le obliga á los dispendios que trae consigo el mando de esta naturaleza.

Nuestro hermano Evaristo, que le ha conocido en Madrid, al ver que trata con afectuosa confianza á cuantos han pisado la Isla de Cuba de esta ó de la otra posicion, igual del comercio que de la milicia, le llama por esta manifiesta popularidad el *Garibaldi de la Habana.*

Pero nuestra dolencia no acababa de desaparecer, y antes por el contrario se agravaba. Vimos á nuestro médico que acabó por decirnos que nos era de todo punto necesario regresar á la madre patria para recuperar las fuerzas perdidas.

En vista de esto hicimos nuestra gestion oficial, y se nos concedió la oportuna licencia para volver á la Península.

Como la guerra continuaba aquí empeñada en el Nórte, abrigamos la esperanza de que si teníamos la fortuna de curarnos podíamos prestar aquí servicios de análoga naturaleza á los que prestábamos allá.

Para un asturiano estar en la Habana es casi hallarse en su propio país, y al volver de campaña fueron innumerables las visitas que hicimos, todas á paisanos nuestros que nos recibian con los brazos abiertos, felicitándonos por encontrarnos vivos despues de una ausencia tan larga. Pero nos veian enfermos, y comprendian en nuestra fisonomía que sólo los aires de la patria podrían restaurarnos y darnos los alientos y las fuerzas que estaban como casi estinguidas en nosotros.

Por ellos acabamos de tener un pleno conocimiento de la dispersion que las guerras y las enfermedades habian ocasionado en nuestro provincial batallon de Covadonga.

¡Feliz tú, nos decian todos aquellos industriales, que vas á regresar á Astúrias y á recibir los abrazos de toda tu familia y de tus amigos!

Y la mayor parte de nuestras conversaciones se circunscribian, agotada brevemente la materia, sobre todo otro asunto, á hablar de Astúrias, de su cielo caprichoso, de sus paisajes, de sus costumbres sencillas y patriarcales. Porque la idea del hogar y de la familia alienta á todo asturiano que reside fuera de su país; y si trabaja, y si se mul-

tiplica y si economiza, es para regresar entre los suyos y espirar allí donde ha nacido.

Si nos hubiéramos mostrado condescendientes y benévolos, nos hubieran abrumado con la comision de mil y un encargos. El uno nos suplicaba que lleváramos unos cajones de tabaco, el otro unos pañuelos de seda, quién alguna alhaja, quién algun dinero.

Pero al negarnos nos disculpábamos con nuestro estado de suyo delicado y que no nos permitia ocuparnos de atencion alguna.

Se acercaba, pues, el momento de despedirnos acaso para siempre de aquella tierra, en que no habíamos gozado un sólo momento de reposo; y cuando pensábamos en los sérios peligros que habíamos corrido, en los multiplicados combates en los cuales habíamos sido actores, no podia ménos de hacérsenos casi incomprensible que hubiéramos librado la vida en aquella série de peripecias. Habíamos llegado allí de soldados y salíamos de tenientes con distinciones honoríficas. No podíamos quejarnos.

El militar en la guerra contrae vínculos y afecciones que tienen mucho de familia, y al dar el adios á aquella tierra dejábamos en ella gran número de amigos y compañe-

ros que nos inspiraban un fraternal cariño.

¿La lucha empeñada en Cuba, se prolongaria hasta el punto de que pudiéramos volver á ser actores en ella? Era esta una de las preguntas que sin querer nos hacíamos y que no nos atrevíamos á contestar.

Hoy mismo, cuando pensamos en la insurreccion de la Isla, no podemos darnos cuenta exacta, con los datos que poseemos, ni de su estension ni de su intensidad. Lo que no nos cabe duda es que serán impotentes los esfuerzos de los que han tremolado en ella la bandera rebelde para recabar sus torcidos propósitos; pero si no alcanza la independencia á que aspiran, conseguirán segar la flor de nuestra juventud que vaya allí á espirar, buscándolos en sus guaridas de entre la Manigua.

Dispusimos, pues, todo lo necesario para la larga navegacion que teníamos que emprender, y saltamos en la lancha que habria de conducirnos al vapor, llevando en el alma la pena de dejar allí muchas personas queridas.

CAPÍTULO XXIII.

En marcha.—Adios á Cuba.—Dispersion.—Alegrias.—Cambios.—Esperanzas.—El brigadier Ampudia.—Vida de á bordo.—Un entierro en alta mar.—Una tempestad.—Ansiedad.—Entramos en la Coruña.—Otra vez en marcha.—Santander.—Desembarco.

Al fin nos embarcamos. Ibamos á dejar la Isla de Cuba, y á pesar del cúmulo de contratiempos de todo género que habíamos tenido durante el largo período de siete años que habíamos permanecido en ella, al abandonarla, al dar un adios á sus costas, sentíamos como una pena que llenaba de tristeza el alma, recordando sin quererlo aquellos versos de un poeta:

> Que hasta el bandido
> cuando la cárcel deja
> graba un recuerdo
> en la nudosa reja,
> que do pasa la vida,
> y vida juvenil, siempre hay memorias
> de bellos dìas y pasadas glorias.

El vapor que debia conducirnos á la madre patria se llamaba *Isla de Cuba*, y su

casco gentil se balanceaba en la bahia, mostrando ya con su bandera izada que pronto se haria al mar.

Cuando montamos en su espacioso puente vimos ya sobre él unos cuantos de los compañeros que deberian hacer la larga travesía con nosotros.

Mientras que levábamos el ancla para ponernos en franquía, arrimados á la borda mirábamos melancólicamente los contornos de aquella tierra tan regada por nuestro propio sudor y por la sangre de tantos y tantos de nuestros compatriotas.

¿Qué era de la mayor parte de los que conmigo habian desembarcado en la Habana, llevando la mente llena de esperanzas nobles y generosas? Muchos, casi todos habian sucumbido ó fuera segada su existencia por el hierro del enemigo, ó por las enfermedades de aquel clima insalubre, siempre sublevado contra la aclimatacion de los que penetran en él desde las latitudes de Europa.

El cañon de leva retumbó, y en seguida el *Isla de Cuba* empezó á marcar sobre el cristal terso de las aguas esa raya que se llama estela.

La animacion que se muestra en los primeros momentos á bordo de un buque no

tarda en cambiarse por el más completo desasosiego. El mareo empieza á causar sus efectos, y son pocos los estómagos privilegiados que no le rinden tributo, *cambiando la peseta* como se dice vulgarmente.

Como tenemos la fortuna de no marearnos, nos encontramos sin tener casi á quien dirigir la palabra, distrayéndonos sólo con ver perderse la tierra en lontananza, viendo lucir en las primeras horas de la noche los cambios del faro de la Habana, especie de estrella intermitente que se iba debilitando más y más de minuto en minuto.

¡Regresar á España! ¡pisar nuestra tierra natal, abrazar á los miembros de nuestras familias, estrechar las manos de nuestros amigos de la infancia! He ahí lo que nos parecia un sueño, pero un sueño delicioso, que nos estremecia de placer. Ibamos enfermos, quebrantados, y á cada revolucion del hélice parecia que cobrábamos fuerzas y alientos vitales.

¡Cuántos trastornos, cuántas peripecias, cuántos cambios se habian celebrado en nuestra patria despues de nuestra salida! Al Gobierno provisional en que la habíamos dejado, habia sucedido el Gobierno ejecutivo; al Gobierno ejecutivo, la regencia del duque

de la Torre; á la regencia del duque de la Torre, la monarquía de D. Amadeo de Saboya; á la monarquía de D. Amadeo de Saboya, la República; á la República, la monarquía de D. Alfonso de Borbon; cambios fantasmagóricos de que nosotros ni tiempo habíamos tenido de apercibirnos, llevando sólo la idea ingénita de España en el alma, por cuya integridad vertíamos la sangre y soportábamos la pesadumbre de todas las fatigas.

Halagábanos la idea, si teníamos la fortuna de reponernos recobrando la salud, correr al Norte, donde se batia con las armas en la mano la causa de la libertad, porque al volver á nuestra España en tan azarosas circunstancias, siendo soldados como somos, bien podríamos decir aquello del romancero:

Mis arreos son las armas,
Mi descanso el pelear.

Y cuando en el trascurso del viaje veíamos que el estado en que nos encontrábamos se iba haciendo mejor á medida que nos acercábamos á las costas de la Península, nuestras esperanzas germinaban con el pensamiento de ser útiles á la causa santa defendida tan heróicamente en nuestras provincias del Norte.

A los pocos dias de emprendida la navegacion fueron ya apareciendo sobre la cubierta algunos de aquellos á quienes el mareo obligara á retirarse á sus camarotes, viéndose en sus demacradas y pálidas fisonomías los efectos de esa enfermedad que, sin ser grave, abate y postra de tal modo; verdad es que cuando ha desaparecido el mareo, á manera de reaccion se despierta un apetito, merced al cual no tardan en recuperarse las perdidas fuerzas.

Entre los pasajeros militares que conducia el *Isla de Cuba*, se hallaba el brigadier Ampudia, comandante general que habia sido del departamento Central.

El brigadier Ampudia, durante su mando en aquella zona, conquistó un nombre, muy estimable entre nuestros compatriotas, tanto por lo acertado de sus disposiciones como por la franqueza y simpatía de su carácter. Acompañábanle dos de sus hijos, y en cuanto al resto del pasaje se componia de unos 50, además de los 16 ó 18 militares que veníamos allí.

La vida de á bordo es como la de una casa de vecindad que tuviera un patio comun para su recreo: los camarotes son los cuartos; la cubierta el patio. En ella se reu-

nen todos los viajeros, que cuentan sus impresiones, formándose corros, y cada uno acude allí donde le llaman sus simpatías ó sus relaciones; y como el calor es grande y la vida en la cámara insoportable, claro es que no se baja á ella más que para comer ó para las necesidades del reposo.

Aunque no dejaban de ir entre nosotros personas en bastante mal estado de salud, tan sólo tuvimos que lamentar una defuncion en los pasajeros de cámara. Fué esta la de una señora viuda de un sargento primero de la Guardia civil, que regresaba á España en compañía de una hija de tres años.

Tristes son los entierros; pero es más triste ver dar sepultura á un cadáver en el fondo de las aguas. No teníamos vínculo alguno con aquella mujer; apenas de vista la conocíamos; mas cuando la vimos resbalar sobre la tabla en que se la coloca para lanzarla al mar, envuelta en un blanco sudario, poniéndole á los pies algunos hierros para que se sumerja inmediatamente, en tanto que el sacerdote pronuncia algunas oraciones, y la tripulacion y pasajeros que asisten se arrodillan sobre la cubierta, sentimos una impresion de tristeza nueva en

nuestro ánimo, aunque tan probada ya por el infortunio. Aquella pobre señora dejaba una inocente niña sola y huérfana, é inmediatamente se organizó entre el pasaje una suscricion para atender á sus necesidades, encargándose de ella el capitan del *Isla de Cuba*, con una solicitud verdaderamente paternal.

En cuanto á nosotros, procurábamos hacer todo lo agradable que podiamos la vida monótona de á bordo, consagrando unos ratos á la conversacion, otros á la lectura y otros á jugar al tresillo y al ajedrez.

A la altura de las islas Terceras la calma con que veníamos haciendo la navegacion fué sériamente interrumpida. El cielo se encapotó cubriéndose de negras y espesas nubes, y el viento se hizo tan impetuoso, que silbaba entre las jarcias de una manera horripilante. Gracias á que llevábamos á proa cincuenta y tantos marineros de la Armada que volvían con sus licencias, pudieron zafarse las velas, porque el ciclon que nos cojió vino tan de improviso que no habíamos tenido tiempo de recojerlas todas. El *Isla de Cuba* perdió casi toda su obra muerta, resultando 7 marineros heridos á causa de lo dificil y peligroso de las maniobras. Los balances eran

formidables y el estrépito que causaba la vajilla al romperse, los baldes de zinc al rodar de uno al otro lado, las maletas y los bultos de los pasajeros que perdian su nivel, aumentaba el miedo y la consternacion de todos los que no se hallan habituados á esta clase de escenas. Añádase á esto que se percibian mezclados á todos estos ruidos el llanto y las plegarias de las mujeres que venian á bordo, el lloro de los niños y las imprecaciones de los que ocultaban su temor con la blasfemia ó la baladronada. Pero á medida que fué viniendo el dia, la tempestad se calmaba, desapareciendo con ella los sérios peligros que segun supimos despues por los oficiales de á bordo nos habian envuelto. Cuando la mar recobró su calma, cuando pudieron hasta los más tímidos aparecer sobre la cubierta, la confiánza reanimó todos los semblantes ansiosos de tender su mirada sobre las costas de la amada península.

¡Qué de preguntas! No se echaba una sola vez la corredera, que no se manifestaran deseos de saber cuándo llegaríamos á descubrir la tierra de España.

Por fin á los 18 dias de haber salido de la Habana nos encontrábamos al frente de la Coruña, en cuyo puerto deberíamos entrar

para dejar la correspondencia y algunas mercancías, siguiendo luego el viaje á Santander, último punto de nuestra escala. Amanecia y estábamos prontos, provistos ya del práctico, para entrar en la bahía de la más importante de nuestras ciudades gallegas. Sobre nuestra izquierda veíamos el Ferrol, y más cerca la peña conocida con el nombre de la Marola, echando á poco rato el ancla casi al frente del castillo de San Anton.

Aunque deberíamos permanecer allí muy pocas horas teníamos grandes deseos de poner el pié en tierra firme, y seguidos de algunos compañeros tomamos una lancha y desembarcamos en la Pescadería.

No conocíamos la ciudad de la Coruña, pero es una poblacion de un aspecto muy agradable, escepcion sea hecha de los mendigos que le acosan á uno incesantemente, y que tiene el riesgo de que sean su escolta constante si llevado de la caridad derrama entre ellos algunas monedas. Despues de dar un paseo al *tum tum* por la poblacion, recalamos en una fonda con objeto de almorzar en ella, porque el trato del vapor, aunque escelente, nos tenia ya sumamente cansados. Llevamos con nosotros á almorzar, y para despedirnos de él, al que habia sido du-

rante un período de cuatro ó cinco años nuestro asistente, persona que aunque tan humilde merece aquí un recuerdo nuestro por la honradez y el esmero con que nos ha servido, compartiendo con nosotros peligros y privaciones de que estamos seguros conservará un recuerdo imperecedero mientras viva. Cuando él emprendia el camino de Betanzos, su pueblo natal, nosotros volvíamos á meternos en una lancha que nos condujo al *Isla de Cuba.* A las cuatro de la tarde zarpábamos, pues, y pronto íbamos á tener ocasion de dejar definitivamente el estrecho camarote del vapor.

Cuando la campana de á bordo nos llamaba al almuerzo se divisaba ya el Sardinero y las farolas que marcan la entrada de aquel puerto, de suerte que al terminarse se estaba procediendo al ancleo. El movimiento que se efectúa entre los viajeros al entrar en el puerto de arribo es indescriptible. Por lo general los buques se ven invadidos no sólo por los que vienen á esperar ó á informarse de personas queridas ó conocidas, sino de los encargados de los hoteles, casas de huéspedes, sastrerías, etc., etc.; con todo lo que se arma un barullo y una batahola infernales. Los más impacientes se apresuran

á buscar sus equipajes y recoger todos sus bártulos para marcharse á tierra. Por lo que á nosotros toca fuimos de los últimos, sin haber adquirido compromiso de ir á una fonda determinada, á pesar de las impertinencias de los encargados de los hoteles, que nos rodeaban.

A la una de la tarde desembarcamos, pues, en tierra, llevando nuestro equipaje á la Aduana, que aparte de algunos tabacos que traíamos nos fué despachado en seguida.

Gracias al cielo nos hallábamos ya en la madre patria y cercanos al suelo que nos había visto nacer.

---

caras de lo que aquí se acostumbra á pagar la mayoría de las prendas.

Así fué que un capote ruso militar nos salió por la mitad más de lo que se acostumbra á pagar por él, y todas las demás prendas á este tenor.

Permanecimos, como es natural, algunos dias en esta ciudad, tanto para comprar los efectos que necesitamos, cuanto para conseguir algun descanso, porque tambien cansan las largas navegaciones.

No conociendo á nadie, como no conocíamos en Santander, nuestra permanencia allí era de lo más libre y desembarazada. Generalmente nos levantábamos tarde y no salíamos hasta despues de almorzar, para meternos en alguno de sus cafés, de donde partíamos para correr la poblacion y sus alrededores.

Preciso es que digamos aquí una cosa que pudiera ser advertencia muy útil para aquellos de nuestros compatriotas residentes en Cuba que desembarquen en Santander.

Habíamos conocido en la Habana una persona de dudosos antecedentes, á quien vimos casi inmediatamente de haber desembarcado del *Isla de Cuba*. Citámosle para la fonda donde residíamos, y acudió puntualmente á

á la cita. Copio aquí este diálogo por juzgarle de alguna importancia como un aviso que prevenga á los incautos.

—Galopin, te he citado aquí,—le dije,—porque sabiendo tú que te conozco á fondo quiero que me digas con entera verdad qué aventuras te traen por esta tierra.

—Ya sabe V.,—me replicó,—que á V. no puedo ni debo ocultarle la verdad. Estoy establecido en Madrid, pero como es preciso vivir, todas las espediciones de los vapores hacemos un viaje á aquí para ganarnos la vida.

—¿Entónces, por lo visto, estás asociado?

—Claro está que lo estoy, no sólo por los que vienen conmigo, sino por los tenderos é industriales de Santander.

—Es decir que tú sirves de gancho.....

—Así es,—me contestó con ingenuidad.—Como uno conoce la Isla de Cuba, donde ha residido mucho tiempo, y los precios de los géneros y las necesidades y la posicion de los que vienen, ejercemos el lícito comercio de la oferta.....

—Y estafais á los inocentes que se ponen en vuestras manos.

Hícele entonces una reseña minuciosa y personal de cuantas personas nos interesa-

ban, previniéndole que sería duramente castigado si abusaba de su buena fé. Diónos palabra de complacernos; pero al dia siguiente supimos con alguna estrañeza que á un compañero nuestro le habian aligerado el portamonedas, dejándole materialmente sin una peseta; de esta clase de industria no nos habia hablado el prójimo á quien hacemos referencia; pero á habérnoslo encontrado le hubiera costado muy cara su reticencia.

En la fonda donde residíamos existian dos niñas que nos llamaron la atencion, precisamente por ser tipos de una belleza completamente ajena á los sitios donde el sol lo fecunda y lo vivifica todo con sus rayos.

Descrita la una, casi lo está la otra, porque parecian dos gemelas en su parte física, por más que en la moral diferian grandemente. Ambas eran de mediana estatura, de mórbidas á la par que esbeltas formas, de facciones que aunque un tanto abultadas poseían, gracias á la frescura de la tez, un poderoso encanto. Sus ojos grandes, rasgados, azules como el azul de las aguas cuando son profundas, miraban tan dulce y melancólicamente que era imposible resistir sus destellos.

Una se llamaba Nieves; la otra se llamaba Aurora.

Nieves parecia de un carácter jovial, aturdido, franco, espansivo.

Aurora, era como el crepúsculo: indecisa, vaga, silenciosa.

A los pocos momentos de estar instalados en la fonda, Nieves se habia enterado de nuestra profesion, de nuestro estado, de nuestra naturaleza, de nuestra familia. Sabíamos por ella que el Rey Amadeo habia estado en el Sardinero, que era buen mozo, que le gustaban las chicas, que montaba perfectamente á caballo y que habia tenido en aquel puerto una aventura amorosa, que ella misma se encargó de referirnos, con una mezcla de malicia é inocencia á un tiempo mismo.

En cuanto á Aurora, pareciéndose como hemos dicho muchísimo á su hermana, le llevaba la ventaja de tener una cabellera más rica y abundante.

Hablaba poco, teniendo con frecuencia en los lábios, rosados como las cerezas, una sonrisa de una espresion melancólica y dulce.

Un compañero nuestro que se hallaba con nosotros se enamoró perdidamente de Aurora, y éramos, como era natural que fuése-

mos, los confidentes íntimos de aquella pasion.

Eduardo,—este era el nombre del amigo á quien nos referimos,—no sabia más que hablarnos de la belleza de Aurora, de su carácter, de su modestia, de su sencillez. Por él habíamos aplazado nuestra salida de Santander, porque aquella mujer le embelesaba.

Un dia entró en nuestra habitacion con la alegria con que pudiera haber penetrado si le hubiese tocado el premio gordo de la lotería.

—Vengo,—nos dijo,—lleno de felicidad.

—¿Qué es ello?—le replicamos.

—Que Aurora me ama, que he tenido la ventura de escucharlo de sus propios lábios.

—Pero bien; tú eres ya un hombre, y lo que acabas de decirme me parece de alguna grávedad.

—Es cierto; lo has adivinado, porque tocándome en breve ascender á capitan pienso casarme con esa niña.

—Muy ligero, y por consiguiente muy imperfecto, es el juicio que yo puedo formar sobre esa chica; pero si las apariencias no me engañan la juzgo digna de ser tu esposa.

Eduardo no salia de la fonda. Estaba como fascinado al lado de Aurora, ni más ni mé-

nos que el adolescente cuando siente abrasada su alma por los primeros rayos del amor. Nieves, cuando nosotros nos acercábamos, lanzaba miradas significativas sobre los amantes, y hacía desesperados esfuerzos para envolvernos á nosotros en las redes de sus ojos. Pero si bien es cierto que su hermosa figura y angelical donaire no dejaban de hacernos impresion; tenia tales condiciones de ligereza y aturdimiento en su carácter, que nos prevenian.

—V.,—nos dijo un dia,—es incapaz de amar y morirá en el celibato.

—Acaba V. de decir,—le contestamos,—dos cosas, que son la una verdad y falsa la otra. No soy incapaz de amar; pero tampoco me creo capaz de consumar el matrimonio. Y vea V., yo que sin jactancia he sentido pocas veces dentro de mí el miedo, se me crispan los cabellos sólo al pensar que podrian echarme al cuello esa pesada coyunda.

—Bien,—contestó,—eso es que no ha sentido V. nunca una verdadera pasion de amor, porque entonces eso que ahora le asusta sería su más vivo y ardiente deseo.

—Podrá ser; pero desde ahora me reputo desgraciado si llega una mujer á ofuscarme el entendimiento de tal manera, que me hi-

ciera atentar contra mi libertad é independencia.

Nieves pareció como arrojarnos una mirada desesperada con el bellísimo azul de sus rasgados ojos, y la conversacion penetró despues en el terreno de las bromas y chanzonetas, del que solíamos salir pocas veces.

Estábamos provistos de lo necesario, descansados y con grandes deseos de visitar los sitios de nuestra provincia que nos eran tan queridos y abrazar á los nuestros; y por consiguiente, esta vez no accedimos á las repetidas instancias de Eduardo para que prolongáramos nuestra estancia en Santander.

—Eduardo, no insista V., V. permanece aquí, porque hay algo que le retiene, que le interesa; y su amigo quizá, si tiene ese algo, sea en donde tiene tanto interés en ir.

—Efectivamente, allí, en mi provincia, en el pueblo donde me he criado tengo mi familia á quien amo mucho, tengo mis amigos de la infancia, tengo todos los recuerdos que se refieren á la adolescencia, y que están embellecidos por la distancia del tiempo, y nada más. Conque vea V. si es bastante.

Tomamos billete para embarcarnos en uno de los vaporcitos que hacen la travesía entre Santander y Gijon, y al dia siguiente,

despues de estrechar á nuestro amigo y de despedirnos de aquella familia, que más que dueños de una fonda nos habian tratado con gran finura y amabilidad, nos dirijimos á bordo del *María,* que zarpó en seguida del puerto.

Si se esceptúa las horas que tuvimos de temporal á la altura de las islas Terceras, cuando regresábamos de Cuba, fué mucho más incómoda la breve navegacion que nos tocó en el vaporcito á que aludimos. Cuando despues de una noche de un movimiento imponderable nos levantamos de nuestra litera con objeto de subir á ver las costas asturianas, nos encontramos que estábamos próximos á Santander, á donde volvíamos de arribada.

Al aparecer en la fonda de donde nos habíamos despedido el dia anterior causamos una alegre sorpresa.

—¡V. por aquí! esclamaron todos al recibirnos. Contéles el caso y lo sucedido, y juzgaban que el tiempo les daba la razon cuando me escitaban á que me quedara.

—Mañana mismo,—les respondí,—la emprendo por tierra.

—Pues hará V. muy mal, porque el camino es infernal, y raro es el viaje en que

no se cuenten algunos vuelcos y otras averías.

—Así conoceré las peripecias por tierra como conozco ya las del mar.

Tomamos, pues, el billete de diligencias hasta Llanes, y al dia siguiente la emprendimos por el camino de hierro hasta Torrelavega.

Pero los contratiempos y las aventuras de este viaje necesitan un capítulo aparte.

CAPITULO XXV.

El interior de una diligencia.—Libaciones.—Alegría.—Preguntas.—El camino.—Peligros.—Llanes.—Promesas que no se cumplieron.—Otra vez en camino.—La iglesia de la Pola de Siero.—Recuerdos.—Nos conocen.—Llegada al Berron.—Campos de batalla de la niñez.—Impresiones.—Sorpresa.—Nuestra familia.

Al cuarto de hora de empezar á rodar la diligencia que seguia desde Torrelavega el camino de Llanes, ya teníamos una idea bastante exacta de los viajeros que con nosotros debian efectuar aquella pequeña y peligrosa travesía. Componíanse de cinco personas que acudian á la feria de aquel concejo con objeto de comprar ganados, y aunque rústicos y ordinarios, no por eso dejaban de tener algunas salidas que no dejaban de hacernos gracia. Marchaban provistos de una abundante bota, que así como algunos trozos de jamon y cecina pusieron á nuestra disposicion, compartiendo nosotros con ellos lo que llevábamos, con lo cual parecia aquello una mesa redonda.

Como el tiempo era frio todavía, abunda

ban las libaciones; y el humo de los cigarros y la atmósfera creada por seis personas en un recinto estrecho, que iba además completamente cerrado con los cristales de la diligencia, nos hacía encontrar aquello un tanto confortable. Algunos de los que iban allí eran paisanos nuestros, de nuestra propia provincia; y lo que para otro hubiera sido muy desagradable nos hacía á nosotros, durante tantos años alejados de nuestra tierra, un efecto indescriptible. Aludimos á los cantos que se empezaron cuando el vino retozaba dentro de las cabezas de nuestros campechanos compañeros.

Hasta el mayoral, á cuyas manos de vez en cuando pasaba la bota, se permitia desde el pescante unir su aguardentoso acento á las canciones del coche, interrumpiéndose para arrear al tiro, con esas interjecciones peculiares á la gente del látigo.

A los cánticos sucedian las conversaciones más animadas, y al saberse allí que nosotros regresábamos de la Habana llovian una de preguntas que ciertamente nos hubieran aterrado, si hubiéramos estado en el caso de poder contestarlas.

—V. no puede ménos de haber conocido á Jorje Remedios, un chico que iba de

voluntario en el batallon de Covadonga.

—Pues no le conozco.

—Sí, hombre, sí, con seguridad que le conoce V., bajo, rechoncho, sanote, con una mancha en la frente, que iba de cabo segundo.....

—No le conozco.

—Es que no le recuerda V. Era el mejor jugador de bolos que habia en el Infiesto, y su familia no sabe nada de él desde hace tres años.

Por aquel silencio comprendimos que la persona por quien se nos preguntaba con seguridad no pertenecia al mundo de los vivos.

—Y diga V., ¿tampoco ha conocido á un chico que está en una peletería de la calle de la Muralla?

Ante esta pregunta no pudimos ménos de sonreirnos, sonrisa que fué así interpretada por nuestro interrogante.

—Vamos, á ese chico lo conoce V. Es hijo de la tia Medera, y se porta admirablemente con su madre, á quien le manda doce duros todos los meses.

—En efecto, es un escelente hijo; pero no le conozco.

Y como el turbion de preguntas amagaba envolvernos, y como nos era mucho más

agradable oirlos cantar, ó referir anécdotas y cuentecillos de nuestra tierra, creimos conveniente dirigirles las siguientes palabras:

—Es inútil que nos hagan Vds. preguntas de ese género, porque durante el tiempo de nuestra permanencia en Cuba, las atenciones de la campaña nos han tenido alejados de todo centro, y siempre en las confluencias de la manígua, buscando los enemigos de la integridad de España.

Y con esto no volvieron á molestarnos.

El camino, á medida que se avanza en direccion á Llanes, se va haciendo cada vez más detestable, y en ocasiones sobre los flancos de una vereda estrecha y pedregosa se ven unos abismos que infunden al ánimo verdadero pavor. Los viajeros durante un largo trayecto se encuentran con la prevencion de que bajen del carruaje por temor á un vuelco, prevencion que los prudentes y los tímidos aceptan desde luego saliéndose de la diligencia. Como cualquiera comprenderá estas salidas son insoportables para quien como nosotros marchaba todavía en un estado delicado de salud. De manera que á la segunda ó tercera vez de estas órdenes de salida, nos negamos á efectuarlo,

previniéndole al mayoral que viese que quedábamos allí para pedirle estrecha cuenta de su comportamiento.

El vuelco esperado vino, aunque por fortuna no nos ocasionó más que alguna ligera contusion. Al salir del carruaje vimos todo lo detestable del camino y la imposibilidad absoluta de atravesarle sin esta clase de contingencias.

Desalojada la vaca de los equipajes, y con el esfuerzo de todos los viajeros pusimos convenientemente la diligencia para que volviera á emprender su ruta, y finalmente despues de recorrer tan trabajosamente aquel camino, en que los baches eran el accidente ménos notable, pudimos llegar á Llanes.

Llanes es una villa que aunque pequeña no deja de ser agradable y pintoresca, circuyéndola, ménos por la parte del mar, elevadas montañas que cierran el horizonte con sus empinadas crestas.

Nos alojamos en el parador donde tocaba la diligencia, esperando permanecer allí dos ó tres dias para dar algun reposo á nuestros asendereados y molidos huesos. Como no conocíamos á nadie, nuestra ocupacion era la de correr sus calles y penetrar en las tiendas con pretesto de comprar algo, allí donde

quiera que viéramos el semblante de una jóven.

Las emigraciones que ya al Mediodía de España, ya á las repúblicas hispano-americanas y á Cuba efectúa toda la juventud de aquellos contornos, hace que todos los hombres, si son jóvenes, tengan un gran recibimiento de afabilidad y dulzura por parte de las niñas de Llanes, que son muchas y muy graciosas por cierto.

—Siento,—le decíamos á una morena con quien tuvimos la fortuna de hablar algunos momentos,—pasar tan rápidamente por esta villa, porque nos agrada el trato de las personas qué hay en ella.

—Están cerca, — nos respondió, — los carnavales y puede V. venir á pasarlos aquí. Verá V. qué animacion hay en ellos, y acaso encuentre algo digno de su atencion.

Prometimos no echar en olvido su consejo, y ya reparados nos dispusimos á cruzar las pocas leguas que nos faltaban hasta llegar á nuestra villa natal.

Todavía, sin embargo, nos quedaban algunos trozos de mal camino hasta Rivadesella; pero este era el último trago, porque desde Rivadesella hasta el Berron es una carre-

tera magnífica, donde no teníamos tropiezo alguno.

Habiendo salido de Llanes á las nueve de la noche, al amanecer estábamos ya en el Infiesto, y por consiguiente puede decirse á las puertas de nuestra casa, de la cual no nos separaban más que seis á siete leguas.

Tomamos chocolate en aquella villa asombrada por la montaña á cuyo pié se asienta, volviendo á encajonarnos poco despues.

¡Qué magnífico era el camino que recorríamos! A ambas orillas se levantan los castaños desnudos entonces de hojas, y cuyas copas deben sombrear y embellecer aquello grandemente.

El primer pueblo conocido que encontramos fué Nava, que empezaba á despertar en nosotros recuerdos de la infancia. Cerca de allí, en Buyeres, está la casa de baños que tambien conocíamos y los sitios que hemos recorrido algunos veranos con la escopeta al hombro entregados al divertimiento de la caza.

A medida que el coche rodaba ¡qué de memorias, qué de recuerdos de otros dias, penosos unos, alegres y felices los otros!

Al penetrar en la carretera de Villaviciosa, ya no tendíamos la vista á sitio alguno

que no nos fuera conocido, y cuando desde lo alto de la venta llamada de la Uña divisamos las pardas torres de la iglesia de la Pola de Siero, todos los peligros, todas las vicisitudes, todos los contratiempos que habíamos corrido nos parecian quiméricos y forjados por nuestra fantasía, puesto que estábamos allí, en los mismos lugares que habíamos corrido de niños.

El coche se detuvo un momento en la Pola para cambiar el tiro, y nosotros como la mayor parte de los viajeros se bajaron para estirar las piernas y tomar un refigerio; nosotros fuimos uno de tantos, y al servírsenos una copa de vino, observamos que se nos miraba con alguna atencion.

—V. debe ser de la familia de los Escaleras,—nos dijo una señora que se hallaba allí dentro del mostrador.

Como teníamos el propósito de sorprender á nuestra familia no nos pareció oportuno descubrirnos, y aunque conocíamos que la que nos interrogaba era parienta nuestra, le contestamos negativamente.

El coche volvió á partir, y á los 20 minutos estábamos ya en el Berron, punto en el que debíamos quedar.

Desembarcamos nuestro equipaje, condu-

ciéndole desde allí por medio de un mozo hasta Noreña, que dista del Berron poco más de un kilómetro.

Nunca el amante se ha estasiado tanto contemplando á su amada, como nosotros nos deleitábamos mirando aquel conjunto de alegres y pintorescas casas que hablaban tan elocuentemente á nuestro corazon. Sobre nuestra derecha estaban los famosos montes de la Mariscala, teatro de nuestras antiguas proezas en las guerras púnicas entre Noreña y la Pola, dos pueblos infantilmente enemigos. En ellos habíamos corrido los primeros riesgos de la guerra, cayendo prisioneros de nuestros adversarios, que sea dicho en honor de la verdad nos trataron muy cortés é hidalgamente

Más abajo veíamos el estenso prado del Payaron, donde nos hemos dedicado con tanta alegría á los juegos de la infancia; más allá el puente de la Campanica, y las Campas y el palacio de Miraflores, antigua y venerada vivienda del sábio economista don Alvaro Flores Estrada; en tanto que destacándose sobre la meseta de Noreña enseñaba sus muros cuadrados la torre del Reloj, terror de los niños, y el palacio de *Domeneudo,* y su vistosa y blanca glorieta.

Esto por lo que respecta al mundo esterno.

¡Qué horizontes tan vastos y estensos se nos abrian en lo tocante á la vida íntima y de la familia!

Ibamos á sorprender á una hermana nuestra, á la única que tenemos, cuando hacía algunos años que nada sabia de nosotros; cuando, dado caso de que supiera que viviésemos, nós creia infinitamente alejados.

Algunos vecinos de Noreña al vernos pasar vestidos de uniforme no nos conocian, porque además no habian vuelto á vernos desde niños; y por consiguiente, llegamos conservando el incógnito hasta la antigua casa donde habíamos nacido.

Pasamos recado á nuestra hermana para que se le dijese que un caballero quería hablar con ella, pero apenas nos divisó se arrojó en nuestros brazos reconociéndonos con el instinto de la sangre; renuncio á pintar esta escena de familia, así como las que sucedieron despues al aparecer mi cuñado, mis sobrinos, primos y amigos.

Desde aquel momento, como veníamos débiles y todavía enfermos, la familia en masa nos prodigaba sus cuidados y atenciones, y sea dicho con verdad, nuestro decai-

miento, tanto físico como moral, iba dia por dia desapareciendo, y la orfandad á que las circunstancias nos obligaran durante el curso de algunos años, la cobrábamos en aquellos momentos con grandes réditos.

CAPÍTULO XXVI.

El capitan Rodriguez.—Recuerdo triste.—El miércoles de Ceniza.—Entierro de Cárlos Chapa.—La oracion fúnebre.—Memorias de otros dias.—La sidra.—La vida en Noreña.—La salud que vuelve.—Bromas de café.—Visita á la Pola de Siero.—Encuentro con un voluntario.—Recuerdos de Cuba.—Un paseo á Oviedo y Gijon.—Bienestar.—Destino á cuerpo.

Uno de los primeros que en Noreña corrió á abrazarnos fué un amigo cariñoso de nuestra infancia, que habia tenido un hermano capitan de infantería en la Isla de Cuba.

—Cuéntame,—nos dijo despues de saludarnos con la efusion de la primera amistad,—todo lo que hága relacion á la muerte de mi pobre hermano. No conozco más que el hecho fatal, y quiero averiguar hasta sus más pequeños detalles.

Manuel Rodriguez, que servia en el batallon de Antequera, habia muerto efectivamente en la accion de Alta gracia, y su cadáver, que no habia podido ser retirado, fué bárbaramente mutilado por los enemigos, que se cebaron en él porque yacia inerte y sin vida.

—Puesto que así lo deseas te contaré lo que he visto por mí mismo, y que habiéndome sido doloroso á mí el presenciarlo te ha de ser á tí cruel el escucharlo de mis lábios.

Y mi amigo se recogió para escucharme como el que vá á oir palabras llenas de una uncion religiosa y sagrada.

—Tu hermano, que mandaba una compañia destacada en la Yaya, salió con el fin de esperar un convoy que venia con raciones para su destacamento y algunos otros. Cuando le aguardaban vióse su compañía de improviso atacada por una columna rebelde compuesta de más de 400 hombres. No habia camino para retroceder, y tu hermano con la valentía que acostumbraba, resistió la acometida de los rebeldes. Y la única víctima que cayó allí por su denuedo y arrojo fué él, y al perderle, la compañía se retiró, aunque con órden perfecto.

A las pocas horas pasamos nosotros por allí y vimos sus restos palpitantes todavia, y el recuerdo de horror que llevamos en el alma es imposible de describir, sabiendo, como sabíamos, que pertenecia á un leal amigo nuestro.

El hermano que nos escuchaba no perdia una modulacion de nuestros lábios, y se re-

flejaba en su semblante la reconcentrada ira que sentia hácia los autores de aquella profanacion.

—Soy ya viejo,—nos dijo,—pero siento tales impulsos de marchar de voluntario á Cuba, que muchas veces se lo digo á mi mujer.

—No hagas tal,—le respondimos.—España tiene allí muchos valientes hijos que vengan esos y muchos otros ultrajes que reciben los que acudieron á aquella tierra á sostener incólume el pabellon castellano.

Esta fué la parte triste de aquella conversacion que giró, al marchar el que la habia promovido, en otros círculos más agradables y risueños.

Al llegar nosotros, la guerra del Norte estaba como concluida; y Noreña, que es una villa de tradiciones y costumbres liberales por escelencia, se preparaba á celebrar la terminacion de la guerra con toda clase de regocijos.

El miércoles de Ceniza, en vez del entierro de la sardina, se dispuso el de *Cárlos Chapa,* como el pueblo en su lenguaje pintoresco llamaba al ridículo pretendiente que aspiraba nada menos que á sentarse en el trono de España, manejando el cetro despó-

tico del siglo xvi, en el último tercio del décimo noveno.

Aquel dia fué para nosotros de un regocijo verdaderamente nuevo y estraño. Las personas más caracterizadas y sérias del pueblo se ostentaban en la plaza grotescamente adornadas, dando á la ceremonia fúnebre con los más risibles ademanes un carácter bufonesco y de sainete. Hubo tambien su oracion fúnebre pronunciada por un jóven con mucho gracejo y no falta de verdad. Recordamos que dijo para concluir: «no sé si Cárlos Chapa intentará en los años venideros alguna empresa parecida á la que pronto va á terminar; pero yo en nombre de España le auguro todos los años una ceremonia semejante á la que estamos celebrando en estos momentos.»

Por dias conocíamos que iba mejorando el estado de nuestra salud.

Especialmente los dias de fiesta se celebraban todos con bailes al son del tambor y de la gaita, que hacíamos venir espresamente para recrearnos contemplando cómo se divertian todas las chicas que habíamos dejado hechas unas niñas, y que aparecian ya como unas verdaderas mujeres.

Otra de nuestras diversiones era acudir á

los lagares donde se espende la sidra, bebida que sale del zumo de la manzana y á que todos nuestros paisanos muestran grande aficion. A medida que cobrábamos fuerzas se ensanchaba nuestro círculo de accion para dar grandes paseos por aquellos pintorescos alrededores, unas veces con la escopeta al hombro y otras veces en compañía de jóvenes del pueblo.

Noreña, á pesar de ser un pueblo reducidísimo, cuyo vecindario no pasa de mil seiscientas personas, tiene tres cafés, donde se pasa el rato muy agradablemente, ya jugando, ya conversando con los concurrentes, todos amables y condescendientes por regla general. Despues de comer acudíamos allí, de donde salíamos bien para marchar en direccion á Arrabalde, ya para dirigirnos al Berron, sitio un tiempo tan frecuentado hasta que no se inauguró el camino de hierro hoy en esplotacion desde Gijon á la Pola de Lena.

A la vez que nuestra salud se reponia veíamos disminuir las probabilidades de que continuara la guerra en el Norte, de suerte que felizmente, por una parte, veíamos desvanecerse las ilusiones que nosotros habíamos traido á la Península.

Generalmente se nos daban en el café las bromas á propósito de la terminacion de la campaña de la guerra civil.

Un dia entramos, y fuimos recibidos por nuestros amigos con las risotadas que les inspiraba el júbilo con que sabian la noticia de la paz.

—Ya no hay carlistas,—nos dijeron,—ó los que hay manejan velas de cera en vez de fusiles Remington. La paz es ya un hecho.

—Lo siento por mí,—les contesté,—y me alegro por España.

Y me hicieron beber con ellos en celebracion de tan fausta nueva.

Cerca de Noreña existe un pueblo.

Ya lo hemos dicho, la Pola de Siero, de donde nosotros somos naturales, que difiere esencialmente de las creencias políticas que forman el ideal de aquel en donde nos hallábamos.

Teníamos que visitar en él parientes allegados, y como es tan breve la distancia que los separa—media legua—apenas nos vimos descansados del viaje, pasamos á visitarle.

Terminadas nuestras visitas salimos á curiosear por la poblacion. Estábamos entretenidos contemplando una hermosa pareja

que en el lenguaje del país discreteaba amorosamente, cuando se nos acercó un desconocido preguntándonos:

—¿Ha servido V. en Cuba?

—De allí venimos,—le contestamos.

—¿No me recuerda V.?

—No señor, pero eso no tiene nada de estraño, por que somos pésimos fisonomistas.

—Pues en una ocasion tuve el gusto de convidar á V. á almorzar.

—Eso sí que me estraña, porque no aceptamos convites sino de personas á quienes conocemos bien.

—En efecto, yo le convidé á V.; pero usted se empeñó en pagar.

—¿Y dónde me conoció V.?

—En Ranchuelo.

—Ahora caigo: V. era el dueño de un almacen de víveres en donde almorzamos unos cuantos soldados y nosotros que marchábamos á Potrerillo á incorporarnos á la columna. ¿Y hace mucho tiempo que regresó usted de América?

—Un año. Los temores me hicieron realizar y levantar el campo para venir á mi país.

A seguida de esto hablamos de la insurreccion y de cuanto atañe á la permanen-

cia de los peninsulares en la Isla de Cuba.

Quedábanos todavia por visitar á un pariente nuestro á quien tenemos muchas símpatias y afecto. Es todavia jóven, y aunque le caracteriza una gran rudeza posee condiciones y cualidades de gran estima.

A pesar de ser hijo de la Pola de Siero, donde las ideas del carlismo se beben en el seno de las madres, Pedro (Pericon se le llama vulgarmente) es úna persona ardiente, aunque muy sensato liberal.

Apresurámonos á ir á estrecharle la mano con la seguridad de causarle íntima satisfaccion y alegria.

—Hace media hora, nos dijo, que te busco por todas partes.

—Es que no queríamos verte hasta no consagrarte todas las horas que permanezca en la Pola.

En tanto que tomábamos café y charlábamos amigablemente, nos invitó con empeño á que asistiéramos á las fiestas que dentro de poco deberian efectuarse allí, para solemnizar la paz.

—¡Fiestas en la Pola, para solemnizar la Paz!—no pudimos ménos de exclamar.

—Si,—nos dijo sonriendo.—Seremos una docena de indivíduos que nos reiremos de

esa caterva de gaznápiros que soñaban aquí con que Cárlos VII triunfase del ejército liberal.

Prometímosle engrosar la docena á que se referían y poco despues emprendimos el camino de Noreña.

Destinados como estábamos á cuerpo, no nos quedaban mas que pocos dias de residencia en Asturias y queríamos consagrarlos á visitar la ciudad de Alfonso el Casto y la industriosa y comercial villa de Gijon.

En Oviedo éramos casi extranjeros, y por eso el tiempo que permanecimos en esta poblacion se nos hizo un tanto aburrido. Emprendímosla por consiguiente para la villa, cuna del famoso Jovellanos, donde apenas pusimos la planta quedamos admirados con sus progresos y embellecimiento.

Sin embargo, Gijon hasta que no llega la temporada de baños, se presenta sin vida y animacion para el forastero.

La mayor parte del dia lo pasábamos en la punta llamada de Liquerica, viendo el espectáculo de la entrada y salida de buques, porque Gijon es uno de los puertos del cantábrico de más movimiento.

Los deberes de la milicia nos llamaban

á ocupar nuestro puesto, y dando un adios á todos aquellos sitios y personas de nuestro personal cariño, regresamos á Noreña para poner en órden nuestro equipaje con objeto de emprender la marcha.

Al entrar en Noreña, aunque ligeramente repuestos, llevábamos todavía las señales impresas en el rostro de los padecimientos y las fatigas sufridas en la larga y penosa campaña de Cuba. Al salir, nuestra mirada se hallaba ya animada con el fuego de la vida, habiéndonos servido de panacea los placeres y las atenciones de la familia, á quienes sin duda debíamos nuestro completo restablecimiento y curacion.

CAPÍTULO XXVII.

Nueva espedicion.—Consejos.—Caractéres de la guerra en Cuba.—Peligros de la cobardía.—Estratagemas.—Nuestros propósitos.—Una cosa bien sentida pero mal cantada.—Un saludo á nuestros compañeros de armas.

En el instante en que terminamos esta narracion se organizan para marchar á la Isla de Cuba 30.000 hombres de nuestro ejército, que es de suponer han de dar un gran impulso á la campaña, acabando con aquella tenaz rebelion. Y decimos que habrá de terminarse, por más que conociendo la índole de aquellos insurrectos no nos hagamos ilusiones acerca de la completa pacificacion, porque si se trata de las depredaciones y de las correrías que á manera de salteadores puedan efectuar en la soledad, esas no acabarán tan fácilmente, dada la naturaleza de aquel país y de sus pobladores.

El soldado español, siempre exuberante de valor y de sufrimiento, necesita, al habérselas con aquel enemigo taimado y cobarde, una perspicacia que nunca le será bastantemente recomendada.

Como en el discurso de este libro hemos tenido ocasion de decir, la guerra en Cuba difiere esencialmente de la de otros países, circunscribiéndose á emboscadas, á sorpresas y á estratagemas de todo género para engañar al adversario. Por consiguiente, nunca son escasas ni exageradas todas las precauciones que se tomen; y en campaña no debe nunca el soldado separarse del campamento ó de los destacamentos, porque una dolorosa esperiencia lo ha enseñado, se esponen á ser macheteades por aquel sigiloso enemigo que nos espia en todas ocasiones. En apoyo de lo que aseveramos podríamos citar aquí multitud de ejemplos que callamos por innecesarios.

Es muy raro que los insurrectos acepten combate en campo abierto; y si le aceptan, con seguridad puede decirse que para cada uno de los nuestros hay 10 de ellos, y sin embargo, á pesar de la diferencia numérica, cuando el propósito de avanzar ha sido firme y resuelto, ni una vez siquiera se ha mantenido indecisa la victoria entre ellos y nosotros, porque siempre los hemos arrollado.

Pero ¡ay del jefe que se sobrecoja y crea que ordenadamente puede retirarse y evitar

el choque, porque caerán sobre él como avalanchas las fuerzas enemigas y no podrá impedir el destrozo de su columna! Casi todos nuestros desastres en Cuba tienen este orígen, y lealmente creemos que es preferible mil veces recibir la muerte avanzando, para lo cual hay muchísimas ménos probabilidades, que ser víctimas del machete de los insurrectos al emprender una retirada; y por regla general juzgamos mucho más peligroso sobrecogerse que tener alientos de valor y bizarría en frente del enemigo. Buen testigo es de lo que decimos el desastre de Manaquitas, y al lado de este algunos, aunque no muchos, que pudiéramos citar, tales como el del teniente coronel Abril, el de la columna del de la misma clase Portal, y el del coronel D. Angel Gomez Dieguez.

Como el foco, digámoslo así, de la rebelion se compone de negros y chinos, claro está que no hay que pedirles un valor que ni pertenece á la raza mongólica ni china, supliéndolo con toda clase de ardides y asechanzas. Recordamos en este momento una accion; la de la Yaya. Manteníamos un fuego muy vivo con unos insurrectos emboscados entre lo espeso de unos árboles, y observábamos que las espirales del humo salian de

las copas tan enteritas como si no hubieran atravesado aun espacio alguno. Comprendimos, pues, que los que nos hacian el fuego estaban encaramados en ellas, y que por consiguiente nuestros disparos iban dirigidos muy bajos y no les hacíamos daño alguno. En vista de esto penetramos en el bosque, haciendo fuego sobre lo alto, y limpiamos á los insurrectos que se escabullian de árbol en árbol, de la misma manera que si fueran monos ó gatos monteses.

Es tambien precisò no aturdirse ni dejarse imponer con el vocerío con que acometen, y que termina prontamente con el frio silencio de la punta de nuestras bayonetas. En cuanto al criollo, especialmente si es de los que sirven en armas á la insurreccion y cae prisionero, importa mucho no dar crédito ni asenso á sus palabras, generalmente intencionadas y torcidas; por más que aparezcan con carácter de ingénuas y cordiales.

Esto mismo hemos observado por lo que hace relacion á las mujeres de aquel país, cuyos informes tienen constantemente la tendencia de engañarnos ó desorientarnos.

El episodio de Luisa Gonzalez que hemos intercalado en nuestro libro no viene, de modo alguno, fuera de propósito, y si en él

se vé que aquella jóven nos tenia en alguna estima y procedia de la manera que procedió, ¿cómo se portarán las demás?

Sépalo el soldado para su conveniencia y gobierno.

Tenemos miedo de que nuestra salud vuelva á resentirse, y por eso no hemos pedido voluntariamente el pase al ejército de operaciones en la gran Antilla española; pero con envidia veremos zarpar de nuestros puertos esta nueva espedicion, á quien si le esperan ciertamente los peligros de la aclimatacion en aquella mortífera tierra, no es ménos cierto que van á conquistar glorias y laurales, que debe agradecerles y premiarles la pátria.

Si á pesar de nuestros augurios estuviese escrito que la guerra de la Isla de Cuba hubiera de prolongarse, no dejaremos de volver allí á combatir por la integridad de España. Porque la lucha podrá prolongarse, pero lo que no puede variar es el éxito, es decir, que los rebeldes cubanos son impotentes para traer consigo la soñada y loca separacion de la metrópoli.

No aquí sino en Cuba, en esas horas de desvelo de los campamentos, hemos escrito en verso esto mismo que ahora decimos en

prosa. Insertamos aquí esta composicion, no por lo que tenga de poética, sino por lo que hay en ella de patriótico.

¡Cuba! suelo que el sol baña
Con ardientes resplandores;
Tú serás tierra de España,
Pese al dolo y á la saña
De cobardes y traidores.

—

No en vano te vió Colon
En las sombras de su mente
Como ignorado florón,
Sacando de la abyeccion,
De la barbarie, á tu gente.

—

No en vano cubrió tus senos
Próvida la patria mia,
De pobladores serenos,
Que apuraron tus venenos
Con esfuerzo y valentia.

—

Hoy la sangre que circunda
Por las venas, es la nuestra;
Y lo que llamas coyunda
Es la soberbia infecunda
Que el hijo maldito muestra.

—

En balde buscas guarida
Contra el pendon castellano
En la manigua escondida......

En balde fraguas su herida
Como el traidor y el villano.

—

En balde incendias y matas
De sangre y robos sedienta
—Tus ocupaciones gratas—
El huracan que desatas
Ha de ser tu eterna afrenta.

—

Pues mi pátria que te dió
La existencia, por sus soles,
Isla de Cuba, juró
Que has de ser suya, ó sinó
No habrá en España españoles.

—

Abate, pues, esa estrella
Que tu bandera engalana,
Que no amanece con ella;
Más grande, gloriosa y bella,
Que esa bandera, es la hispana.

—

Si guardas alguna gloria
A su sombra la alcanzaste,
Porque es su historia, tu historia,
Y si pierdes su memoria
Hasta de existir dejaste.

—

¡Cuba! suelo que el sol baña
Con ardientes resplandores,
Tú serás tierra de España,
Pese al dolo y á la saña
De cobardes y traidores.

Vamos á terminar. Pedimos perdon á aquellos de nuestros lectores que hayan tenido paciencia de recorrer las páginas de este libro, por las incorrecciones que en él abundan y acaso por la manera desdichada, sin plan y sin concierto con que tal vez hemos desarrollado nuestro trabajo. Meros soldados, no hemos podido dar á lo que referimos el colorido del arte militar, ni á nuestra modesta obra otro carácter que el de una sencilla narracion. Terminámosla, sin embargo, no con la satisfaccion y el orgullo legítimo del que hace una cosa loable, sino con el sentimiento del que conoce su propia valia y escasos merecimientos.

Concluyamos aquí enviando nuestro cordial saludo á nuestros antiguos compañeros de armas, con quienes si es verdad que hemos corrido fatigas y atravesado peligros, tambien es cierto que hemos disfrutado las mayores alegrias que resultan del cumplimiento del deber.

FIN.

ÍNDICE.

OBRAS DE VENTA.

COLECCION DE CUENTOS POR CÁRLOS RUBIO.—UN tomo en 8.°, se vende al precio de 4 rs.

CAMPAÑA DE CUBA (1869 Á 1875).—RECUERDOS DE un soldado; por D. Juan V. Escalera. Precio: 10 rs.

EXÁMEN HISTÓRICO-FORAL DE LA CONSTITUCION aragonesa, por D. Manuel Lasala.—Esta interesante obra, im portantísimo trabajo del escritor aragonés Sr. Lasala, consta de tres tomos en 8.° francés, y se vende al precio de 50 rs.

VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO DIOS HOMbre, maestro y redentor del mundo, escrita en el año 1600 por el muy reverendo Fr. Fernando de Valverde, natural de Lima, de la órden de Ermitaños de N. P. S. Agustin, aprobada por la censura eclesiástica.—Esta preciosa joya del siglo XVII se vende á los precios siguientes: encuadernada en rústica, 40 rs.; en holandesa, 47, y en pasta, 50.

LOS JESUITAS TALES COMO SON, Ó IDEA SUCINTA del orígen, gobierno y escesos de la compañía de Jesús, con un resúmen de sus relajadas y perniciosas opiniones morales, por L. A. B.—Este interesante tomito se vende á 6 rs. en Madrid y 7 en provincias, franco de porte.

ATLAS SISTEMÁTICO DE HISTORIA NATURAL PARA uso de las escuelas y de las familias, escrito en aleman por Traugot Bromme, traducido por D. Juan Ruiz del Cerro.—Se vende esta obra á los precios siguientes: encuadernada en rústica, 50 rs. en Madrid y 56 en provincias, franco de porte; en tela, 60 y 66 rs. respectivamente.

CUADRO SINÓPTICO DE LOS ARANCELES JUDICIAles para lo criminal y ley provisional de Enjuiciamiento —Comentada con más de 150 notas por C. Teran y Puyol. Edicion de bolsillo, y aparte los Aranceles judiciales Precio del libro y el cuadro, 6 rs. en Madrid y 7 en provincias; los Aranceles solos, 2 rs.

MANUAL DE PRÁCTICA CRIMINAL.—OBSERVACIOnes para la formacion de los sumarios de causas criminales, por D. Mariano Ayuso. Su precio 14 rs. en Madrid y 16 en provincias, franco de porte.

Se venden en la imprenta de los Sres. Rojas, Tudescos, 34, principal, Madrid, donde podrán dirijirse los pedidos, y en las principales librerías.